

*Universidad Nacional de Rosario*

*Facultad de Humanidades y Artes*

*Tesis de Maestría Poder y Sociedad desde la Problemática del Género*

*Directora: Dra. Laura Pasquali*

***Cuando **M**ujer ya no se escribe con  
**M** de Madre.***

***Un estudio acerca de mujeres  
profesionales que deciden no ejercer  
la maternidad***

*Maestranda: Corsetti, Tania Fabrina*

*- 2021-*

## **Agradecimientos**

A las mujeres trabajadoras profesionales que conforman esta investigación, por compartir tan generosamente sus experiencias.

A mis compañeras de la Maestría, que con militancia, ternura y alegría hicieron que este espacio de formación académica se sienta Hogar.

A las docentes de la Maestría, por sus saberes e incansables luchas para construir un mundo más justo para las mujeres.

A mi directora de tesis, por la paciencia, dedicación y profesionalismo con que me guió y acompañó durante todo el proceso de la investigación.

A mi mamá, que a través de su experiencia de ser trabajadora asalariada y madre me enseñó, a muy temprana edad, que el mundo del trabajo es un terreno hostil para nosotras, las mujeres.

## Índice

### **Capítulo 1- Iniciando el proceso de trabajo**

Presentación de la investigación.....003

### **Capítulo 2- Explorando el terreno**

Una revisión de los antecedentes de investigación.....010

### **Capítulo 3- Construyendo cimientos**

El entramado teórico de la investigación.....022

3.1- Maternidad.....022

3.2- Trabajo.....031

3.3- La elección de no ser madre.....041

3.4- Identidad.....049

### **Capítulo 4- Diseñando el proceso de trabajo**

Consideraciones metodológicas.....057

### **Capítulo 5- Ajustando la lente**

Contexto socio-económico de investigación.....068

### **Capítulo 6- Escuchando, hablando, significando**

Un análisis interpretativo del registro de campo.....072

6.1- Representaciones sobre trabajo profesional.....072

6.2- Representaciones sobre la maternidad.....092

6.3- La decisión de no ser madre.....108

6.4- Mujeres profesionales no madres: Construyendo una nueva  
identidad femenina.....130

### **Capítulo 7- Concluyendo el proceso de trabajo**

Consideraciones y recomendaciones finales.....149

### **Capítulo 8- Inventario de materiales**

Referencias bibliográficas.....157

## Capítulo 1- Iniciando el proceso de trabajo: Presentación de la Investigación

Desde el inicio de la actividad del trabajo y, por tanto de la humanidad, las mujeres han trabajado. Sin embargo, las características, modalidades, funciones, identidades y las valoraciones sociales del trabajo de las mujeres han sido muy diferentes a las de los varones. Así, lo que podríamos denominar división sexual del trabajo, siguiendo a Bourdieu (2010), estaría inscripto en el origen mismo de la humanidad, en la división sexual del mundo y, fundamentalmente de los cuerpos, de acuerdo con los principios de una visión mítica del mundo arraigada en la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres. Hablamos de aquel modelo que prescribió dos tipos de actividades con la consiguiente segregación sexual: el trabajo productivo y de valoración social propio de los varones; y el trabajo reproductivo, doméstico y subordinado, prescripto para las mujeres.

Luego, con el avance del capitalismo, este modelo primario de división sexual del trabajo logró ser significativamente funcional a los requerimientos del nuevo orden social capitalista: las mujeres serían las encargadas de la reproducción de los obreros, y por tanto, las encargadas "invisibles" de la reproducción del capital. De modo que fue en este período donde la organización del trabajo se inscribió con fuerza en un orden social basado en un modelo de familia de "padre proveedor-madre cuidadora". Dicho ordenamiento condujo a que el trabajo productivo, en tanto fuente de sentido para la construcción de identidades personales y sociales como para la articulación de vínculos, remita fundamentalmente al mundo masculino. Mientras que la familia y el hogar se constituyeron en el referente sociocultural principal de las mujeres, institucionalizándose la maternidad como locus privilegiado de la identidad femenina.

Y si bien, como mencionamos anteriormente, las mujeres siempre se las han arreglado para trabajar y, por tanto, para transgredir este orden sociocultural, político y económico, será a partir de mediados del siglo XX, luego de la segunda guerra mundial y durante la aplicación de políticas keynesianas, cuando irrumpirán masivamente en el espacio público. En lo que refiere a Argentina, la incorporación de mujeres al mercado de trabajo formal se intensificará a partir de la década del '60, vinculado a diferentes factores entre los que se destacan cambios de las pautas de fecundidad, el acceso a la educación y el crecimiento del sector servicios. Además, por primera vez en la milenaria historia del trabajo femenino, nos encontramos con mujeres que eligen no dedicarse exclusivamente a las tareas domésticas y de cuidado para trabajar fuera del hogar. Elección que estaría dando cuenta de un cambio en la significación del trabajo. Para estas mujeres, el trabajo ya no está asimilado al *tripalium* de otrora, sino que vendría a representar un medio de realización y de desarrollo personal. Significado que se intensifica aún

más cuando algunas de ellas, en su mayoría pertenecientes a los sectores medios de la sociedad argentina, logran acceder a la Universidad, dando surgimiento a una nueva figura social: *la mujer profesional*.

Estos cambios condujeron a convertir el trabajo productivo, y principalmente el profesional, en un espacio para la construcción de identidades personales y colectivas significativo para las mujeres, a la vez que ha tendido a debilitar a la familia como referente exclusivo de la identidad femenina. Sin embargo, ello no las desligó de su rol tradicional familiar, en tanto su incorporación al mundo del trabajo productivo no fue acompañado por transformaciones estructurales en el ámbito familiar ni en el laboral. Por el contrario, se observa que las pautas de asignación de funciones domésticas y de cuidado se flexibilizaron sólo en escasa medida, a la vez que el mundo del trabajo productivo siguió organizándose a partir de aquel orden social moderno que concebía los modos de producción y reproducción como compartimentos estancos, dicotómicos y segregados sexualmente, a partir de un sujeto varón productor a tiempo completo que contará con una mujer ama de casa y madre, también a tiempo completo. En otras palabras, para ingresar al mercado laboral las mujeres se cargaron dos trabajos encima.

La doble jornada laboral hace referencia, precisamente, a esta carga que soportan mayoritariamente las mujeres quiénes, además del empleo, asumen tareas domésticas y de cuidado de manera casi exclusiva. Y es precisamente esta carga extra de trabajo la que actuará como un condicionante central en las decisiones que las mujeres deberán tomar para acceder, permanecer y desarrollarse en el mercado laboral, colocándolas en un claro lugar de inequidad con respecto a sus compañeros varones. Además, la ideología de la domesticidad no sólo sobrecarga de trabajo a las mujeres sino también estructura su morfología al imponer un "techo de cristal" que dificulta el acceso a puestos de decisión y conducción como así también el desarrollo de una carrera profesional. Y esto no sólo se debe a discriminaciones que tienen lugar en las organizaciones laborales, sino también, y fundamentalmente, al hecho de que el trabajo no remunerado deja a la mujer en una situación de pobreza de tiempo para el trabajo remunerado.

Estas tensiones entre el trabajo productivo y el trabajo reproductivo no hacen más que poner de relieve la contradicción inherente al orden capitalista entre la producción económica y la reproducción social (Carrasco, 2001; Esteban, 2006). Sin embargo, y como observa Fraser (2020), dicha contradicción adquiere en el capitalismo financiarizado y globalizar del momento actual, una nueva intensidad. En tanto promueve la desinversión estatal y empresarial del bienestar social, atrae a las mujeres al mercado laboral e intensifica el ritmo y las jornadas

laborales, termina externalizando los cuidados a las familias, al tiempo que reduce la capacidad de éstas para encargarse de ellos.

Con todo, se observa que la participación de las mujeres en el trabajo productivo y profesional ha aumentado considerablemente y que esto no ha sido acompañado por una participación equitativa de los varones en el trabajo de cuidados. Por su parte, el sector empresarial, sindical y estatal muy poco han aportado al respecto. De lo que se sigue que son las mujeres quienes de manera individual asumen la tarea de intentar "conciliar" ambos mundos, soportando el peso de un impuesto reproductivo que, en el actual contexto de flexibilización laboral, no deja de ascender.

Por otra parte, esta dificultad de ejercer la maternidad y el trabajo profesional en simultaneidad también se evidencia en diversos estudios sobre dinámicas poblacionales que muestran que a nivel mundial son cada vez más las mujeres de sectores medios y altos que están postergando la decisión de ser madres fundamentalmente por motivos profesionales y educativos. El nivel de estudios alcanzado y los ingresos percibidos guardan relación con la constitución de estas nuevas subjetividades femeninas, donde la realización personal ya no queda reducida a casarse y tener hijxs, sino que se antepone otras metas, como el estudio, el desarrollo profesional y el sostenimiento de un determinado estilo de vida (Cortazar Rodríguez, 2016).

A la par de este fenómeno, en Argentina también está teniendo lugar otra tendencia social incipiente, pero en ascenso, que consiste en que algunas mujeres ya no sólo postergan la maternidad, sino que directamente no optan por ella. Los datos del Observatorio Latinoamericano de Censos de Población van en este sentido: en Argentina la proporción de mujeres al final de su etapa reproductiva (40-44 años) y de nivel educativo alto, que no tenían hijxs era del 14,6 % para el 2010; porcentaje que seguramente aumentará en el próximo censo.

De este modo, la existencia de mujeres que deciden no ser madres en un contexto laboral donde el conflicto entre el trabajo reproductivo –producto del ejercicio de la maternidad- y el trabajo productivo adquieren una intensidad como nunca antes en la historia del capitalismo, nos condujo a la construcción de la presente investigación. Más concretamente nuestra problemática refiere a la incidencia del desarrollo y trabajo profesional en la decisión de no ejercer maternidades, y su relación con los procesos identitarios que construyen mujeres trabajadoras profesionales de la ciudad de Rosario.

Por otro lado, para abordar la "no maternidad" como proyecto de vida fue necesario realizar un arduo trabajo teórico y socio-histórico de la institución de la maternidad, que incluyó un proceso de explicitación de supuestos básicos subyacentes y problematización

permanente acerca de la misma. De hecho, uno de los primeros interrogantes con que iniciamos la investigación refirió a si se "elige" no ser madre o se "renuncia" a ello. Esta pregunta fue central dado que refiere al lugar que ocupa la maternidad en las biografías femeninas. Pues si bien se trata de una institución que nada o poco tiene que ver con la naturaleza y, por tanto, tampoco hay nada del orden natural que funde el "ser mujer" con el "ser madre", lo cierto es que la maternidad sigue constituyendo uno de los mandatos culturales más fuertes de nuestra sociedad y el binomio "mujer-madre" uno de los más difíciles de romper.

En este sentido, también nos preguntamos de qué modo esta institución que, operando como un mito social (Fernández, 1994), forma parte de la subjetividad femenina y se hace carne a modo de *habitus* (Bourdieu y Waqquant, 2005), ha sido transgredido por estas mujeres. Al tiempo que el desarrollo y el trabajo profesional como una de las máximas aspiraciones femeninas también puede leerse como una transgresión a la tradicional división sexual del trabajo, de los cuerpos y del mundo ¿Se trata de mujeres excepcionales que desafían los mandatos sociales?, ¿o podríamos pensar en algunas transformaciones socioculturales que estarían habilitando la constitución de nuevas identidades femeninas?

Al respecto consideramos pertinente advertir que la construcción del sí mismo en la contemporaneidad tiene lugar en un contexto de destradicionalización (Stecher, Godoy y Díaz, 2005). Y si bien esto no significa que la construcción identitaria se realice en ausencia de tradiciones u orientaciones sociales para la acción, sí implica que éstas son cambiantes, muchas veces contradictorias y asumidas por las personas como opciones más que como obligaciones.

A esto se le suma la incidencia que los feminismos vienen teniendo en el plano cultural, tanto a nivel global como local. Concretamente, en nuestro país es innegable que la lucha por el aborto legal, seguro y gratuito, ha visibilizado y politizado, quizá como nunca antes, la maternidad. La proclama "La maternidad será deseada o no será", trasciende el tema del aborto e invita a pensar otras cuestiones como el deseo y la elección de ser madres, la posibilidad de pensarse como mujeres sin más, la ruptura con los mandatos patriarcales. En otras palabras, el contexto actual podría habilitar la construcción de otras identidades femeninas que no respondan a los mandatos tradicionales y donde la posibilidad de ser mujer sin ser madre sea una opción.

Es en este contexto donde tiene lugar la presente investigación, cuyo campo refiere a mujeres de diferentes profesiones, de entre 35 y 45 años de edad, que residen en la ciudad de Rosario y ejercen su profesión a través de diversas modalidades de trabajo –desde cuentapropistas a empleadas del Estado- y en diferentes organizaciones laborales de la ciudad y zonas aledañas. La elección de este período etario responde al supuesto de que a los 35 años de

edad la mayoría de las mujeres hemos reflexionado acerca de la decisión de ser o no ser madres, en tanto comienza a transitarse el último tramo de edad reproductiva (Garrido y Sacco, 2018). Mientras que el límite superior permite referirnos a un grupo de mujeres que, más allá de las singularidades, fueron construyendo su identidad de género en un mismo contexto sociocultural.

Desde una perspectiva relacional, procesual y constructivista de la identidad entendemos que las mujeres en estudio construyen modos innovadores de pensar, sentir y vivir, distanciándose de la identidad femenina tradicional, donde esta vez el desarrollo y trabajo profesional ocupa un lugar central. Por otro lado, a partir de lo expuesto observamos que el escenario actual de la segunda década del S. XXI constituye un terreno hostil para el trabajo profesional de las mujeres que ejercen maternidades. En razón de esto en la presente investigación partimos de la hipótesis de que la maternidad -y los trabajos de cuidados que implica- constituye un obstáculo para el desarrollo profesional, y la ardua tarea de conciliar ambos mundos no se perfila como una opción para algunas mujeres profesionales.

En términos generales, nuestro objetivo es describir y analizar la incidencia que el desarrollo y el ejercicio del trabajo profesional tienen sobre la decisión de no ejercer maternidades, así como en los procesos de construcción identitaria de mujeres trabajadoras profesionales de la ciudad de Rosario. Específicamente nos proponemos, en primer lugar, describir y analizar las representaciones que estas mujeres construyen sobre la maternidad y el trabajo profesional. Segundo, indagar en los condicionantes que llevan a la decisión de no ejercer maternidades. Tercero, preguntarnos por el modo en que el contexto sociocultural actual opera como facilitador y/o obstaculizador en la decisión de no ser madres y, en este escenario, analizar cómo influye el desarrollo y trabajo profesional en dicha elección. Por último, y a partir de los elementos mencionados, caracterizar el modo en que estas mujeres construyen su identidad de género.

Para alcanzar tales objetivos, a fin de dar textura y profundidad a nuestra problemática de estudio, nos basamos en una perspectiva metodológica que, fundada en la interacción permanente teoría y trabajo de campo, se apoya en el principio epistemológico feminista según el cual dar autoridad epistémica a las mujeres en tanto sujetas de investigación implica reconocer que ellas experimentan muchos hechos que desde “su” perspectiva requieren explicación (Harding, 1998). En otras palabras, el presente estudio se realiza desde la perspectiva de las propias *experiencias* de las mujeres. En este sentido, la estrategia metodológica que configuró el trabajo de campo, que comienza en 2019 y termina en el mes de marzo del 2020, consistió en entrevistas abiertas y no estructuradas. Estrategia que, a nuestro

entender, es la más apropiada para acceder al modo en que estas mujeres dan significado a sus experiencias de ejercer el trabajo profesional y no el maternal.

Por su parte, la construcción del entramado conceptual necesario para la comprensión de estos significados, constituyó una de las tareas centrales en la presente investigación. Fue a partir de la teoría y mirada antropológica que fuimos integrando -no sin conflictos- diferentes aportes teóricos y disciplinares de los Seminarios que forman parte del Plan de Estudio de la Maestría en "Poder y Sociedad desde la Problemática del Género". Tanto los del área teórico-metodológica que han cuestionado y tensionado el saber y quehacer antropológico "neutral" al género, como aquellos que han permeado con una perspectiva de género los aspectos más específicos de nuestra problemática de estudio.

Al respecto quisiéramos destacar que abordar el complejo mundo del trabajo desde la *perspectiva de género*, esto es, a partir de las interpretaciones que cada grupo social hace de las diferencias sexuales, los roles sociales atribuidos en razón de este género, y las relaciones establecidas culturalmente entre ellos con el propósito de transformar dichas relaciones, en tanto devienen en relaciones de subordinación y opresión que vivimos las mujeres (Maffía, 2007), constituye una opción no sólo teórica, sino también política.

Es precisamente por ello que necesitamos avanzar en esta dimensión, en tanto la participación en el mundo del trabajo remunerado puede ser vista como un proceso de carácter emancipador para las mujeres. Y esto al menos por dos motivos. En primer lugar, por la potencialidad del trabajo productivo de favorecer la autonomía económica y, por tanto, la construcción de relaciones laborales, familiares y sociales más equitativas. Segundo, por la posibilidad de constituirse en soporte cultural a partir del cual las mujeres podamos crear el mundo y a nosotras mismas.

Por otra parte si, como sostiene Marcela Lagarde (2004), la maternidad está y ha estado fuertemente condicionada por los hombres y los Estados patriarcales, interrumpir la asociación entre mujeres y maternidad es indispensable para el progreso del género. De allí que, desmaternalizar a la mujer y maternalizar a la sociedad, como así también profesionalizar a la mujer y despatriarcalizar el mundo laboral, constituye hoy uno de los retos más apremiantes para la construcción de una sociedad más humana y más justa donde la libertad sea el horizonte al que todos y todas podamos llegar.

Desde un posicionamiento teórico-político crítico a los saberes androcéntricos y, por tanto, abogando por una reinterpretación de los saberes científicos desde la perspectiva de género y del aporte que desde ella pueda hacerse para la emancipación de las mujeres, daremos cuenta a continuación de un trabajo de investigación que constituye la Tesis de Maestría en

“Poder y Sociedad desde la Problemática del Género” de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Investigación que refiere, a entender de María Cecilia De Souza Minayo (2004), a una actitud y una práctica teórica de constante búsqueda que define un proceso intrínsecamente inacabado y permanente, una actividad de aproximación sucesiva de la realidad que nunca se agota, pero que por su naturaleza transformativa y emancipatoria pretende dar batalla en el propio seno del campo científico, donde se juegan las limitaciones y contradicciones más amplias de la ciencia, los intereses específicos de la sociedad y las “cuestiones consagradas” en cada época histórica.

## Capítulo 2- Explorando el terreno: Una revisión de los antecedentes de investigación

La búsqueda y revisión de los antecedentes de investigación constituye una propuesta metodológica que tiene por finalidad brindar un panorama del estado de la problemática de estudio. Es decir, cómo se viene abordando, con qué metodologías, a qué se ha llegado, qué aspectos están sin trabajar, etc. Como expresa Achilli (2002), los antecedentes permiten dar cuenta de lo que ya se sabe sobre determinado campo problemático y, en tal sentido, posibilita identificar los aportes al conocimiento realizados por otras investigaciones, los referentes teóricos que han guiado a las mismas, las perspectivas metodológicas utilizadas. Al mismo tiempo que se identifican los conocimientos acumulados también permite ubicar los vacíos o aquellos campos de una problemática que aún no han sido trabajados. Por tanto, la organización de la revisión de esta bibliografía -o estado de la cuestión- nos ayuda a justificar/fundamentar el recorte del problema y la orientación teórico-metodológica con que se desarrollará la investigación.

A continuación realizaremos un breve recorrido por diversas investigaciones, tanto nacionales como internacionales, que, desde diferentes perspectivas, disciplinas, metodologías, problemáticas e intereses, contribuyen a arrojar luz acerca del estado actual de *la incidencia del trabajo y desarrollo profesional en la decisión de no ejercer maternidades y su relación con las identidades que construyen estas mujeres*.

Una de las líneas de investigación más desarrollada es la que refiere a la **relación entre el trabajo productivo y el ejercicio de la maternidad**. La conflictividad entre el trabajo productivo y reproductivo es abordada por Solé y Parrela en "«Nuevas» expresiones de la maternidad. Las madres con carreras profesionales «exitosas»" (2004) de la Universidad Autónoma de Barcelona. Con una metodología cualitativa y aplicando la técnica de grupos focales, la investigación analiza los factores materiales (barreras profesionales a la promoción) e ideológicos (ideología de los roles familiares, constructos de la maternidad) que condicionan la vivencia de la maternidad de las mujeres con actividades profesionales altamente exigentes. Los resultados muestran que si bien las prácticas cotidianas se encaminan hacia formas de maternidad compartida y menos presencial, el peso del imaginario de la "maternidad intensiva" sigue generando frustración y ambivalencia en unas mujeres que no están dispuestas a ver menguar su carrera profesional, pero a las que, al mismo tiempo, les gustaría poder dedicar mayor atención a sus hijxs. Por otro lado, la dificultad para conciliar el trabajo productivo con el reproductivo estaría dada al menos por dos factores: una organización laboral que no se

adapta a las dinámicas familiares y vidas personales y la falta de corresponsabilidad masculina en la esfera doméstica. Además, en algunos discursos aparece la asociación de la maternidad con la "renuncia" o el aplazamiento de sus expectativas profesionales (no llegan, por ejemplo, a ser catedráticas).

A idénticos resultados llegan Álvarez y Gómez del Instituto de Psicología de la Universidad del Valle, Colombia (2011), quienes además destacan la incidencia que el conflicto trabajo-familia tiene en la salud mental de las mujeres profesionales estudiadas: al agotamiento físico producto de la sobrecarga e interacción paralela de ambos trabajos, se le suman cambios significativos en el estado de ánimo e insatisfacción personal por no cumplir con las exigencias del mundo laboral profesional.

En Argentina también contamos con una serie de estudios de corte cualitativo que dan cuenta de la relación conflictiva entre el ejercicio profesional y el ejercicio de maternidades. Investigaciones realizadas sobre mujeres profesionales con y sin hijxs de la ciudad de Luján, Buenos Aires (Manni, 2010) y de la ciudad de Buenos Aires (Zicabo, 2013a) muestran que: en primer lugar, el uso del tiempo se constituye en uno de los ejes de desigualdades entre hombres y mujeres; segundo, la búsqueda de formas que permiten a estas mujeres conjugar desarrollo laboral/profesional con sus roles familiares es fundamentalmente una estrategia de índole privada; y tercero, la incidencia negativa que este proceso tiene en la salud mental, dado que la gran autoexigencia para cumplir, y con excelencia, con los múltiples roles-familiares, sociales, profesionales- producen en las mujeres agobio, sobrecargas, contradicciones y hasta sentimientos de culpa.

Por su parte, en una investigación realizada por la antropóloga Castilla (2009) sobre profesionales madres de la ciudad de La Plata, Buenos Aires, se observa que a pesar de los cambios producidos en el campo de la educación, el empleo, el ciclo familiar y el sistema jurídico, la maternidad continua constituyendo el eje central de las trayectorias biográficas de estas mujeres. Si bien sienten la necesidad de contar con una vida profesional propia y una presencia en el ámbito público, planifican su proyecto de vida en torno a la familia. Aunque ponen en duda el tipo de organización laboral y social que las sobrecarga de actividades, a la vez que cuestionan el rol casi pasivo de sus parejas en el trabajo doméstico.

Además, y en consonancia con gran parte de los antecedentes consultados, en el estudio realizado por Zicabo (2013a) se observa que aquellas mujeres que ejercen la maternidad, lo hicieron a edades avanzadas dado que así como persisten mandatos hacia la maternidad, también actúan nuevas presiones sociales hacia su postergación: exigencias vinculadas a la carrera laboral, la competencia profesional y la formación permanente. Por otra parte, si bien

actualmente el ejercicio de la paternidad ha experimentado cambios en comparación al modelo de padre tradicional, la investigación da cuenta que los “nuevos” padres han asumido sólo la parte más dulce y lúdica del trabajo reproductivo, mientras que son las mujeres las que siguen haciéndose responsables de manera exclusiva de la carga mental que implica la crianza.

En resumen, a partir de la bibliografía consultada observamos que el ejercicio profesional y maternal –aunque actualmente distanciado del tipo “intensivo”- implica actividades difíciles de compatibilizar. Esta relación conflictiva entre el trabajo profesional y la maternidad estaría dado por diversos condicionantes, entre los que se destacan la falta de corresponsabilidad masculina en el trabajo reproductivo, la vigencia del mandato de maternidad full time y una organización laboral diseñada al margen y en tensión con la reproducción de la vida. Este modelo social genera una serie de consecuencias en las vidas de las mujeres profesionales que van desde agotamiento físico y mental, pasando por sentimientos de culpa por no sentirse “buenas” madres, hasta insatisfacciones, fundamentalmente en el plano profesional, por no poder cumplir con las exigencias laborales. Con respecto a esto último, algunas investigaciones advierten sobre la necesidad de producir transformaciones en la organización laboral a fin de que el trabajo productivo y el trabajo reproductivo dejen de entenderse como esferas dicotómicas y mutuamente excluyentes en las vidas de las mujeres.

De este modo, la relación conflictiva entre los procesos de producción y los de reproducción configura un escenario laboral profesional que en la región y en Argentina deviene poco favorable para el ejercicio de la maternidad. De allí que nos preguntamos acerca del modo en que esta situación influye en la decisión de no ser madres.

Atendiendo al peso que ha tenido la maternidad en la constitución de la feminidad y, por tanto, de la complejidad de la decisión de no ser madre, es que indagamos en una segunda línea de investigación. Línea que, enfocada en la deconstrucción del binomio “madre-mujer”, tiene precisamente por finalidad conocer **los procesos que han llevado a mujeres profesionales a decidir no ejercer la maternidad**. Debido a la cantidad y diversidad de aspectos que cada investigación aborda, hemos optado por presentarlas en función de los aportes que realizan a las diferentes dimensiones de nuestra problemática de estudio: las representaciones que mujeres profesionales no madres construyen sobre la maternidad; los significados que adquiere el trabajo profesional; los motivos que las llevaron a tomar la decisión de no ejercer la maternidad junto a las experiencias y presiones sociales a las que han estado sujetas por no cumplir con el destino materno; y, finalmente, los elementos que adquieren sentido en la construcción identitaria de estas mujeres trabajadoras profesionales no madres.

### Representaciones sobre la maternidad

Investigaciones realizadas en diferentes ciudades del estado mexicano revelan una diversidad de significados que mujeres profesionales no madres asignan a la maternidad. Entre ellas, la realizada por Castañeda- Rentería (2015) muestra que, para la mayoría de las mujeres estudiadas de la ciudad de Guadalajara, la maternidad es una gran responsabilidad, que traería cambios en sus estilos de vida y en sus rutinas y ritmo de trabajo. Dicha responsabilidad es explicada en base a lo que el conocimiento científico (médico, psicológico, pedagógico, entre otros) dice sobre lo que se necesita para vivir una niñez feliz y saludable. Sin embargo, la autora observa que pese a no tener hijxs, algunas llevan a cabo prácticas maternas, es decir, prácticas relacionadas con el cuidado de otrxs, ya sea parientes, estudiantes, pacientes y hasta mascotas.

Por su parte, Gómez Cruz y Tena Guerrero (2018) observan que aquellas mujeres que se percibieron como feministas o cercanas al feminismo entienden a la maternidad no sólo como una construcción social, sino como un asunto político en el que las mujeres son quienes tienen el derecho a decidir si quieren o no ser madres. De este modo, la maternidad es llevada al plano del derecho, en tanto la no maternidad es pensada como el derecho a decir "no quiero tener hijxs". En este sentido, las autoras concluyen que al abordar las formas en que trabajadoras no madres resisten los discursos y prácticas sociales maternalistas se contribuye a la desnaturalización, despatologización, resignificación y politización de la no maternidad, lo que facilita el desmantelamiento del binomio "mujer-madre".

Por su parte, en Argentina y desde el campo de la Psicología, Cipollone (2015) advierte sobre la vigencia de la maternidad *full time* en mujeres profesionales que eligen no ser madres.

De este modo, a partir de los antecedentes consultados, se observa que si bien las profesionales estudiadas entienden a la maternidad como una construcción social y, en los sectores más politizados, como un tema de derechos, dicha construcción refiere al modelo de maternidad intensiva. En este sentido resulta llamativo que a pesar de las transformaciones culturales, económicas y políticas, continúe vigente una forma de maternaje que se legitimó hace más de un siglo y que refiere, siguiendo a Hays (1998), a aquella actividad de crianza por parte de madres individuales, centrada en las necesidades de sus hijxs, sin precio y con métodos determinados por expertos, a la vez que implica una atención costosa, intensiva y altamente afectuosa que no deja tiempo ni energía para otro tipo de actividades "extra-maternas".

### Representaciones sobre el trabajo profesional

Iniciamos este recorrido con una serie de investigaciones sobre profesionales madres que daban cuenta de la relación conflictiva entre el ejercicio de la maternidad y el ejercicio profesional. Sin embargo, algunos antecedentes muestran que dicha relación se acerca más a la incompatibilidad en el caso de mujeres que optan por la no maternidad y para quienes el trabajo profesional tiene un lugar central en sus vidas.

En este sentido, del estudio realizado por Zicavo en Argentina (2013b) se desprende que para las profesionales no madres estudiadas el trabajo significa no sólo una importante fuente de ingresos para ellas y/o sus parejas, sino una fuente de satisfacción que compete libidinalmente con asumir las obligaciones y responsabilidades que implicaría tener hijxs.

En la investigación anteriormente mencionada de Castañeda- Rentería (2015) el sentido que tiene el trabajo en la vida de estas mujeres profesionales es prioritario, puesto que prácticamente organiza el estilo de vida y la dota de sentido. A resultados similares llega Quiroz López (2012) cuando realiza un estudio biográfico sobre profesionales con carreras laborales exitosas de la ciudad de Santiago de Chile y advierte que para ellas el desarrollo profesional constituye el principal proyecto de vida.

De este modo, según los antecedentes consultados el trabajo profesional es central en las biografías estudiadas en tanto constituye su sustento económico, organiza los tiempos y espacios cotidianos y se construye como la principal fuente de sentido para la vida misma. Además, este gran espacio material- en términos de tiempo y energía- y simbólico que ocupa el trabajo profesional pareciera no dejar lugar para el trabajo de matenar.

### La decisión de no ser madre.

En consonancia con lo que venimos desarrollando, buena parte de las investigaciones destacan el lugar significativo que ocupa el *desarrollo profesional* en el proceso de decidir no ejercer la maternidad. Así lo muestra Zicavo (2013b) cuando observa que ante la inversión temporal cada vez mayor que exigen los proyectos de estudio, inserción y desarrollo laboral en Argentina, el proyecto de descendencia queda descartado para las mujeres de estudio.

Por su parte, Chacón Onetto y Tapia Ladino (2017) identificaron los factores que motivaron la decisión de no tener hijxs en profesionales chilenas. Los resultados muestran que la autonomía, es decir, la posibilidad de decidir sobre sus vidas y definir sus proyectos personales que, en el caso de las mujeres del estudio se orientan a la consecución de estudios de posgrado y a la consolidación de sus carreras, constituye el principal elemento que orientó tal decisión.

También en Chile, Quiroz López (2012) concluye que la elección de no ejercer la maternidad constituye una estrategia para el desarrollo de las carreras profesionales. Las presiones sociales y familiares no han incidido en su elección. No describen dudas, cuestionamientos, ni temores, sino que por el contrario la decisión responde a su fuerte convicción de que la maternidad no es compatible con el desarrollo profesional.

Es importante advertir que este último aspecto no es compartido por el resto de las investigaciones, en las cuales tanto las presiones sociales así como los períodos de dudas, reflexiones y hasta cambios de posturas, fueron una constante a lo largo del proceso de decisión. Si bien esto podría entenderse como un residuo del ideal maternal, otra lectura posible es la que realiza Zicavo (2013b) al ver allí una novedad, en tanto las mujeres están habilitadas para interrogarse al respecto, decidir y actuar en consecuencia.

Otro de los elementos que suele estar presente a la hora de decidir ser o no ser madre tiene que ver con la *situación sexo-afectiva* de la mujer. Al respecto, Castañeda- Rentería (2015), observa que según el discurso científico, entre las condiciones económicas y emocionales requeridas para ejercer una buena maternidad se encontraría la de contar con una pareja adecuada para ser el padre de sus hijxs. Condición que en la vida de las mujeres mexicanas estudiadas no se ha cumplido.

Sin embargo, vivir una relación sexo-afectiva estable no parece ser determinante. Al menos así lo muestran otras investigaciones consultadas, entre ellas la que realiza Zicavo (2013b), quien observa que gran parte de las mujeres que estudia están en pareja. De hecho la decisión de no tener hijxs es una de las tantas cosas que comparten con sus compañeros. Si antes la pareja era el medio para formar una familia -en sentido tradicional, esto es con hijxs- hoy ha cobrado otro lugar en la sociedad y en las biografías de las personas, pudiendo ser un fin en sí mismo como proyecto de vida.

En el estudio realizado por Ávila González (2003), también entran en juego aspectos relacionados con *vivencias familiares experimentadas en la infancia*: relaciones conflictivas con sus madres o familiares femeninos más cercanos, pero también con padres y hermanxs, separaciones de sus padres, y en algunas historias de vida aparece la enfermedad de sus madres con la concomitante obligación de desempeñar tempranamente las labores maternas de cuidado y atención a sus hermanxs, como una experiencia que las marcó para alejarse de esta responsabilidad.

Otro tipo de investigaciones abordan la no maternidad, no como producto de una decisión personal, sino como resultado de una serie de aspectos estructurales. En esta línea se inscribe el estudio realizado por González y Jurado Guerrero (2006) donde se abordan los

factores que llevaron a un incremento de mujeres que no tienen hijos en países de economías desarrolladas como Italia, Alemania Occidental, España y Francia, en el período entre 1994 y 2001. Partiendo del supuesto de que el contexto de gran incertidumbre laboral constituye una de las razones de este descenso de maternidades, se concluye que las *políticas públicas referidas al trabajo y al cuidado* influyen en la posibilidad, más que en la elección, de ser madres. Pues, en países donde hay más apoyo a las trabajadoras madres -como Francia- las mujeres optan por la maternidad, mientras que en aquellos donde las políticas estatales no favorecen la conciliación entre el trabajo productivo y el ejercicio de la maternidad— como Italia, España y Alemania Occidental- se tiende a posponer la maternidad y, muchas veces y sin proponérselo, no se llega a ella. Dichas políticas referirían principalmente a ofrecer empleos estables y de relativamente alta remuneración que permitan conciliar las esferas productivas y reproductivas.

Las restricciones económicas y la ausencia de redes institucionales para el cuidado infantil también fueron relevadas para Argentina por Cipollone (2015). En este contexto, la desigual carga afectiva y de trabajo doméstico en la *división sexual del trabajo* y la vigencia del *modelo de maternidad intensiva* constituyen factores de peso en la elección de no ser madres. En este sentido, la autora advierte que las profesionales que eligen no tener hijos tal vez no estarían reaccionando “contra” la maternidad, sino contra la inequidad aún imperante entre los géneros, que implica, fundamentalmente, la desigualdad en la asignación de los cuidados que exige la infancia.

Cortazar Rodríguez (2016) interpretó los significados de la decisión de no tener hijos de mujeres latinoamericanas con alta escolarización aunque, muchas de ellas, con ingresos económicos inciertos. Los resultados dan cuenta que algunas mujeres no desean tener hijos porque entienden su propio contexto como difícil: falta de empleo, insuficientes ingresos, violencia en la sociedad; o porque desean hacer otras cosas: militancia política, emprender proyectos profesionales, realizar estudios de posgrado o establecer sus propios negocios. Otras, y como ya mencionamos anteriormente, debido a vivencias experimentadas en la infancia. También están aquellas mujeres que ven con desagrado el tipo de vida que llevan hermanas y amigas con hijos, donde destacan las grandes presiones sufridas en los ámbitos laborales. En función de estos resultados el autor concluye que la decisión de no tener hijos no responde a una única causa, sino que se debe a una serie de factores estructurales, contextos familiares y experiencias de vida. Sin embargo, lo común en todas ellas refiere a la búsqueda y mantenimiento de un estilo de vida que les es propio y con el que se sienten cómodas, de modo que no desean sacrificar actividades y tareas que consideran agradables – viajes, vacaciones,

etc.-, y, además, les brindan autonomía, tales como estudiar y trabajar. De modo que si "los hijos te cambian la vida", ellas prefieren que las suyas sigan tal cual están.

En resumen, y para nuestra problemática de estudio, la decisión de no ser madre parece responder a una serie de condicionantes entre los que se destacan la prioridad del desarrollo y trabajo profesional en una sociedad carente de políticas públicas referidas al trabajo y cuidado, donde las tareas de reproducción siguen recayendo en las mujeres, sumado a la vigencia del modelo de maternidad intensiva que exige no sólo desplegar una serie de actitudes y capacidades de crianza, sino también una dedicación full time, en detrimento de la autonomía y de la construcción de una vida propia. Aunque con menor incidencia, la situación sexo-afectiva y vivencias familiares infantiles también podrían estar presentes en la decisión de algunas mujeres.

### Identidades femeninas

La incorporación masiva al mercado laboral y la apertura del mundo profesional a las mujeres condujo a convertir el trabajo productivo en un espacio para la construcción de identidades personales y colectivas significativo para las mujeres, a la vez que ha tendido a debilitar lo doméstico como referente exclusivo de la identidad femenina, aunque siga siendo prioridad.

Para la década de los 80 contamos con una investigación realizada por Mónica García Frinchaboy (1985) sobre profesionales egresadas de la Universidad Católica Argentina de la ciudad de Buenos Aires. La misma tuvo entre sus objetivos analizar el impacto que el ejercicio profesional tuvo en relación a la mujer misma, a partir de la comparación entre mujeres con hijxs que continuaron con el trabajo profesional con aquellas que renunciaron a él. La autora observó que el mayor impacto refirió a la creación de un espacio autónomo y al reconocimiento de intereses propios. En contraposición, quienes renunciaron a su profesión presentaron gran dificultad para definir un lugar y tiempo propios dentro de la estructura familiar. Además, éstas últimas manifestaron una fuerte incompatibilidad entre las exigencias domésticas y las profesionales. Ello no quiere decir que para las mujeres-madres que ejercen su profesión dicho conflicto no estuviera presente. Por el contrario, aceptaron el desafío que significa intentar un camino nuevo con ausencia de modelos, vivieron la tensión de pertenecer a dos mundos al mismo tiempo y desarrollaron un papel de avanzada dentro de este período, que la autora entiende, de transición y de cambio.

Con respecto al momento actual, toda la bibliografía consultada acuerda en que el trabajo remunerado y el "ser profesional" constituyen un referente importante en la

construcción y definición de las identidades de género (Castilla, 2009). Así lo muestran las profesionales estudiadas por Chacon Onetto y Tapia (2017) al asumirse como mujeres independientes económicamente y empoderadas en el uso del propio sueldo, de sus cuerpos, etc., valores que ellas mismas expresaron como cruciales, tanto en su constitución individual como en sus relaciones sociales. Por tanto, el trabajo, y más aún si es profesional, ocupa hoy un lugar central en las construcciones identitarias de muchas mujeres, una centralidad que también viene dada por el potencial emancipador que posee la independencia económica.

Por su parte, Castañeda- Rentería (2015) observa que para muchas mujeres el trabajo profesional les ha permitido distinguirse del modelo femenino tradicional, referenciado en no pocas ocasiones por sus madres. Son mujeres a las cuales les gusta distinguirse de “las otras” mujeres esposas, madres y cuyas vidas transcurren en el espacio doméstico. Por el contrario, es desde lo público que ellas organizan, construyen y experimentan lo privado, lo doméstico, lo íntimo, es decir, el tiempo y el espacio para sí.

Sin embargo la construcción de identidades femeninas apartadas del binomio “mujer-madre” es un proceso cargado de incertidumbres, dudas, elaboración de justificaciones y estrategias para resistir a los mandatos maternos. En este sentido, un aspecto que aparece en gran parte de los antecedentes refiere a la presencia de sentimientos de culpa o expresiones como “soy egoísta”, “sólo pienso en mí”. Sentires y discursos que estarían dando cuenta de la tensión constante que viven las mujeres profesionales insertas en una sociedad donde las ideas de corte patriarcal sobre lo que deben hacer y cómo deben ser las mujeres siguen vigentes.

Más allá de estos discursos hegemónicos, lo cierto es que en Argentina, según el Observatorio Latinoamericano de Censos de Población (OLAC), la proporción de mujeres de alto nivel educativo sin hijos, al final de su etapa reproductiva (40-44 años) era del 14.6 % en 2010. Es, en parte, a partir de este hecho que contradice el supuesto teórico psicoanalítico que ubica a la maternidad como condición indispensable para la constitución de la feminidad, que Cipollone (2015) se propone indagar sobre la feminidad en tiempos de replanteamientos de identidades, sexualidades y derechos. Específicamente la hipótesis que motoriza su investigación refiere a que “las mujeres han mutado su Ideal del Yo en lo que respecta a su ser mujer, surgiendo nuevos deseos que van tomando lugar en su subjetividad, entre los cuales la maternidad ha perdido su atractivo tradicional para algunas de ellas. Las posibilidades que les otorga este nuevo posicionamiento, al constituirse como “sujetas”, adueñándose de su autonomía, les hace temer la pérdida de la misma por causa del ejercicio de la maternidad, y la entrega afectiva y psíquica que ésta supone (...) La centralidad del ideal maternal merma en el sistema de ideales del Yo, lo cual no excluye la presencia de motivaciones conflictuales” (p. 2).

Así como en la modernidad surge la familia nuclear y la construcción del ideal maternal como ideal privilegiado constitutivo de la subjetividad femenina, la autora se pregunta entonces por la posibilidad que en tiempos postmodernos tenga lugar una mutación en el psiquismo femenino y, con ello, la construcción de nuevas identidades femeninas que logren romper el binomio "mujer-madre".

De este modo se va construyendo otra forma de ser mujer que se aleja del modelo femenino moderno. Y esto no sólo por su carácter de "no madres", sino también por el hecho de apropiarse de atributos que otrora eran exclusivos de la masculinidad. Así, por ejemplo, autonomía e independencia caracterizan a las mujeres estudiadas por Cortazar Rodríguez (2017), en tanto constituyen elementos indispensables para la construcción de un proyecto de vida centrado en sí mismas y no ya en otras personas.

Otra de las investigaciones que dan cuenta del distanciamiento con las identidades tradicionales es la realizada por Quiroz López (2012). Las profesionales chilenas estudiadas rompen radicalmente con el modelo de ser, pensar y actuar que se espera de las mujeres, tanto en el ámbito laboral como en el privado. En el mundo del trabajo productivo ellas no ocupan cargos de baja jerarquía, ni son afectuosas ni sensibles, por el contrario han construido sus trayectorias profesionales bajo la lógica de la racionalidad y la funcionalidad. Creen profundamente en la meritocracia. Y este paradigma que privilegia la individualidad impregna también su vida privada, en tanto construyen vínculos sociales basados en la no dependencia, la libertad y la funcionalidad. Rompiendo con el rol comunal femenino, estas mujeres construyen su biografía a través de un rol auto-centrado: no están dispuestas a postergar nada de sus vidas en pos de otras personas, ya sean familiares, amigxs o parejas. Además, el hecho de que prefieran invertir su tiempo libre en actividades individuales más que de sociabilización estaría hablando de una suerte de mutación del espacio privado femenino, que ya no es leído como un espacio para compartir, sino como un espacio de intimidad. A entender de la investigadora, se trataría de un proceso de individualización radical, donde la racionalización, la lógica de productividad y de funcionalidad impregnaría la vida toda de las sujetas postmodernas.

Algo similar ocurre con algunas profesionales del ámbito científico rosarino que Figueroa aborda en su tesis "Mujeres e investigadoras. Experiencias femeninas en el espacio científico rosarino a finales del siglo XX" (2016). Uno de los resultados a los que llega refiere al carácter patriarcal del quehacer científico en tanto está construido sobre principios atribuidos a la masculinidad: objetividad, racionalidad, orden, competitividad, individualidad, *full time*. Sólo unas pocas mujeres, las que ofrecieron su vida a la investigación y reprodujeron los

valores del patriarcado, accedieron a posiciones de prestigio y poder en las instituciones científicas. Mujeres que, además, no tuvieron hijxs.

Se advierte entonces que, por un lado, aquellas trabajadoras que logran desarrollarse exitosamente en sus carreras profesionales deben adaptarse a la lógica patriarcal del trabajo productivo, donde el ejercicio de la maternidad no es la mejor opción. Y, por otro lado, en algunas biografías esta lógica de la productividad y la eficiencia pareciera impregnar todas las dimensiones de la vida, incluido el ámbito privado. De modo que para ser mujeres profesionales exitosas no sólo deben romper con el binomio "mujer- madre", sino que también deben construirse como mujeres a partir de caracteres, valores y actitudes que tradicionalmente fueron consideradas masculinas y que además se enmarcan y cobran sentido en la matriz de racionalidad del capitalismo actual (Zangaro, 2010).

Por otra parte, si bien en la presente investigación nos centramos en la maternidad y el trabajo profesional en tanto pilares a partir de los cuales ir construyendo la identidad femenina, otros estudios muestran que en dicha construcción también entran en juego otros elementos. En este sentido, Zicavo (2013b) encontró una suerte de "demanda de ocio", esto es un conjunto de actividades tales como vacaciones, viajes, entretenimientos y consumos de diverso orden que las mujeres de su estudio demandan para sí y a las que no están dispuestas a renunciar en pos de la maternidad.

A partir de lo expuesto observamos que desde la tesis de la teoría económica feminista que sostiene que los procesos de producción no pueden estudiarse al margen de los procesos de reproducción (Beechy, 1994), un importante número de investigaciones de la región han puesto de manifiesto que la conciliación entre el trabajo profesional y el reproductivo continua estando a cargo de las mujeres. Situación con importantes repercusiones tanto en el desarrollo profesional como en el bienestar físico y mental de las trabajadoras. Sin embargo, la construcción del presente estado de la cuestión nos alerta sobre el hecho de que la producción académica sobre el sentido inverso de dicha relación, esto es, sobre la incidencia que los procesos de producción tienen en los de reproducción no es significativa.

Aún así, relacionando los aportes de aquellas investigaciones que parcialmente tocan nuestro objeto de estudio, fundamentalmente provenientes de México y, para nuestro país, de Provincia y Ciudad de Buenos Aires, se advierte que el desarrollo profesional sería uno de los condicionantes en la decisión de no ser madres. Todo esto cobra sentido si atendemos al contexto sociocultural donde se insertan las profesionales y las organizaciones laborales, en tanto, y más allá de las grandes transformaciones culturales, la maternidad sigue estando

asociada al modelo de maternidad intensiva y los espacios laborales continúan organizados al margen y en tensión con la reproducción de la vida. Sin embargo, dentro de estas continuidades los antecedentes dan cuenta de una novedad. Pues hoy son cada vez más las mujeres que, desafiando el binomio "Mujer-Madre", deciden no ejercer la maternidad. De allí que en la presente investigación también nos preguntamos acerca de la relación entre las nuevas identidades femeninas y los procesos socioculturales y económicos donde se inscriben.

La relación que construimos entre estos aportes da cuenta que hasta el momento no hemos encontrado antecedentes regionales, nacionales, ni locales que aborden nuestra problemática de estudio. Sin embargo, esta suerte de "vacío" lejos de desanimarnos, enriquece el interés no sólo social sino también académico de la presente investigación, al tiempo que exige un arduo trabajo de construcción teórica que la direcciona. Aspecto que se desarrollará en el siguiente capítulo.

### Capítulo 3- Construyendo cimientos: El entramado teórico de la investigación

Los referentes teóricos o conceptuales aluden, siguiendo a Elena Achilli (2002), al cuerpo conceptual que permite iluminar, recortar y dar sentido a la problemática a investigar. Tales referentes, con los que se construye determinada “direccionalidad conceptual”, orientan el proceso de investigación. Y si bien, la tendencia en la etnografía es la de encontrar y conservar las categorías sociales, es decir, las designaciones de las propias personas a las acciones que realizan, es siempre desde las categorías teóricas que se ven y se incorporan las sociales como significativas para el análisis (Rockwell, 1987).

De modo que a continuación se presentan aquellos conceptos y categorías que consideramos pertinentes para abordar la problemática de estudio: Maternidad, Trabajo, La elección de no ser madre e Identidad. A partir de la interacción con el trabajo de campo se fueron delineando nuevos aspectos o categorías que le dieron profundidad y direccionalidad al cuerpo conceptual. Además, la complejidad y la transversalidad que caracteriza a los estudios de género, incluido al que aquí se presenta, requirió dialogar con diversas disciplinas, como la Historia, la Sociología y la Psicología, a fin construir un andamiaje teórico interdisciplinar que nos permita analizar *la incidencia del desarrollo y ejercicio del trabajo profesional en la decisión de no ejercer maternidades, y su relación con los procesos identitarios que construyen mujeres profesionales de la ciudad de Rosario.*

#### 3.1- Maternidad

“¿Y vos para cuándo?”, “¿qué estás esperando?”, “¿qué vas a hacer cuando tengas tus hijos?”, “se te va a pasar la hora”... son algunas de las frases con que no pocas mujeres nos topamos a diario. En ellas subyace la noción de que toda mujer es madre, expresada en el binomio “mujer-madre”. Un binomio cuya eficacia pareciera residir en su apelación a la naturaleza. Pues allí donde la naturaleza creó un vientre, el vientre –sin más- creará una vida. Bajo esta lógica, el espermatozoide también sería fuente de vida y sin embargo, el binomio “hombre-padre” nos resulta, cuanto menos, extraño.

Para abordar a nuestras sujetas de investigación, mujeres que deciden no ser madres, resulta indispensable “desnaturalizar” aquella estructura binomial a fin de advertir sobre el carácter socialmente construido de la misma y denunciar las relaciones de poder que se entretajan en su construcción (Achilli, 1987). Sólo a partir de la ruptura o superación de tal

binomio, se podrá indagar en la posibilidad de construir otras formas de ser mujer sin apelar a la condición de madre.

### La maternidad desde el conocimiento científico

La maternidad ha sido y continúa siendo abordada por las más diversas disciplinas y perspectivas teórico-políticas. Por una parte, tenemos que la producción científica sobre la niñez por parte de la pedagogía, la biología y la medicina abogó, colateralmente, a la construcción de saberes sobre la maternidad. En este mismo sentido, las ciencias de la economía y el trabajo también produjeron saberes sobre las madres y esposas de los obreros que participaban en el modo de producción capitalista. Se trata de un conjunto de conocimientos de carácter prescriptivo, en tanto estuvieron enfocados en la construcción de una "buena" madre, que "sabe cuidar" de sus hijos y marido, y que encuentran en la biología su contexto de justificación. Así, paradójicamente, buena parte de la ciencia prescribe cómo ser mujer y, por tanto, madre, a la vez que sostiene el carácter "natural" de la mujer y, por tanto, de la maternidad.

Por su parte, este carácter natural fue refutado por disciplinas como la Historia y la Antropología, mostrando su carácter histórico y cultural, en tanto las formas de ser madre cambiaban en el tiempo y en las culturas.

Sin dudas uno de los mayores aportes de la disciplina antropológica radica en jaquear el carácter universal –léase occidental- de las instituciones humanas. Y el parentesco no fue la excepción. En este sentido, la perspectiva teórica constructivista mostró que los lazos de consanguinidad no eran precisamente la matriz a partir de la cual se construyen las relaciones significativas de parentesco, como se había sostenido por mucho tiempo (Bestard, 2009), sino que las relaciones de parentesco constituyen un proceso de interacción continuo y que adquiere sentido en los diferentes contextos culturales. Será a partir de estas acciones y sentimientos significados culturalmente que se van construyendo una red de relaciones denominada parentesco. Desde esta perspectiva, podríamos pensar a la maternidad como una relación entre la madre y sus hijos que, inscrita dentro de la red más amplia de parentesco, se vincula con otros actores sociales estableciendo toda una serie de relaciones interdependientes.

Más allá de la forma que fue adquiriendo históricamente esta práctica social, desde sus inicios la Antropología nos dice que ella constituye una suerte de primacía ontológica de la familia. Ésta, concebida como unidad biológica desde el evolucionismo o unidad moral desde la teoría decimonónica, o bien como una construcción social por parte del constructivismo, reposa sobre aquello que Malinowski llamó "nurtura" y que hoy se conoce bajo el nombre de

“cuidados”, y que refiere a todas aquellas prácticas y acciones orientadas a cuidar, enseñar, querer y atender. A esto se le suma el hecho no menor de que tal función, institución o construcción sociocultural estaba a cargo de una determinada persona: la madre.

Sin embargo, Collier, Rosaldo y Yanagisako (1997) observan que este modelo teórico se apoya en la creencia de que todos los pueblos del mundo comparten nuestra fe en una madre amorosa y sacrificada. Desde su perspectiva, la centralidad de la nurtura y de la madre en tanto encargada indiscutible de ella, ha sesgado la mirada antropológica, una mirada no sólo occidental, sino también patriarcal.

Afortunadamente esta disciplina cuenta con algunas excepciones, y Margaret Mead fue una de ellas. Ya a principios del siglo pasado la antropóloga nos advierte que no hay conexión “natural” entre las condiciones de gestación y parto humano y las prácticas de cuidado. De allí que, el establecimiento de vínculos de cuidado permanente entre una mujer y la criatura depende exclusivamente del modelo cultural. Así, por ejemplo, la autora observó que en Samoa el cuidado de niños estaba a cargo fundamentalmente de sus hermanxs de mayor edad (Mead, 1993).

De este modo, a partir de un análisis crítico de la producción etnográfica y del rescate de unos pocos trabajos que intentaron escapar de los prejuicios etnocéntricos y patriarcales, observamos que la Antropología nos advierte que en la mayoría de las sociedades no occidentales, el cuidado de las infancias no está a cargo únicamente de la madre, sino que es compartida entre mujeres o entre mujeres y niños, la familia o la comunidad (Hays, 1998; Mead, 1993). Por tanto, el cuidado no es algo intrínseca e inherentemente femenino; no es algo natural de las mujeres, ni su esencia. Se trata de una “situación” que no es elegida, sino que proviene de las normas dadas por el parentesco. En otras palabras, las formas que asumen las relaciones de cuidado responden a las formas en que se organizan las de parentesco en contextos socioculturales particulares. (Daich, 2011)

En razón de lo expuesto podemos concluir que la satisfacción de aquella necesidad intrínsecamente humana de cuidado no tiene nada de natural o de universal, sino que es la cultura, atravesada por los grandes procesos económicos, políticos y sociales, quien se encargará de darle lugar y sexo bajo esto que venimos concibiendo como “maternidad”.

### Maternidad en la cultura occidental

La maternidad también fue objeto de estudio de la disciplina histórica. En este sentido, no pocas autoras se abocaron a la tarea de realizar un desarrollo histórico de los modelos de maternidad en Occidente. Muchas de ellas, como Sharon Hays (1998), lo hicieron en función

de la naturaleza variable de las ideas de crianza infantil, ancladas a su vez en las nociones sobre la niñez.

Así tenemos que desde la Antigüedad y hasta bien avanzada la Edad Media, la crianza infantil no confería ni honor ni jerarquía, el amamantamiento, por diversas razones, era delegado a otras mujeres –las nodrizas- y recién se comenzaba a invertir energía y tiempo en la niñez cuando alcanzan la edad de 6 o 7 años, en tanto contribuían económicamente a la familia a través de la actividad del trabajo. Será en los s. XVII y XVIII donde las opiniones sobre la infancia comienzan a cambiar. La filosofía del Siglo de Las Luces construirá un discurso moral sobre la sociedad entendiendo que ésta depende de lxs niñxs, quienes a su vez dependen de sus madres. El cuerpo de la mujer constituirá la matriz del cuerpo social, y de allí la necesidad de adaptarlo a la función reproductiva. En este sentido, diversos tratados difundirán la idea de que la mujer, destinada por ‘naturaleza’ a la maternidad, debía consagrarse exclusivamente a ella, para lo cual se la debía preparar tanto física como moralmente (Hays, 1998; Knibiehler, 1996). En resumen, y como observa Elisabeth Badinter (1981), mientras hasta el s. XVIII hay una tendencia al abandono de las crías por parte de las mujeres burguesas, en tanto son enviadas a una nodriza, hacia 1760 comienzan a circular discursos y publicaciones que aconsejan que sean las madres quienes se ocupen de sus hijxs, lactancia incluida.

Todo esto se desarrolla en un escenario de profundos cambios políticos y económicos. En primer lugar, la Revolución Francesa, apelando a la naturaleza como paradigma legitimador, condujo a la construcción de un nuevo orden político que excluyó a las mujeres de la ciudadanía para ubicarlas exclusivamente en el mundo privado, reino de los sentimientos, las pasiones y las necesidades (Ciriza, 2002). Segundo, el desarrollo de la industrialización, acompañado por los procesos migratorios y la consolidación de las clases burguesas y proletarias, necesitó de un discurso moralizante tendiente a la reproducción eficiente de la mano de obra. En este sentido, aquel orden social que prescribía a las mujeres en la esfera privada y a los varones en la esfera pública (política y/o laboral) sirvió también para ordenar el mundo de la producción: el capitalismo podía estar tranquilo, contaría con obreros y futuros obreros bien alimentados, atendidos y cuidados por sus esposas y madres.

En este contexto histórico la crianza infantil pasó a ser entendida como una tarea que quien mejor la cumpliera era la madre individual, sin confiar en sirvientes, niñxs mayores u otras mujeres. Dicha prescripción, junto a la importancia que adquiere la crianza infantil para la sociedad, condujo a la valoración social de la maternidad. Y es interesante advertir aquí cómo la valoración de la mujer se construyó exclusivamente en función de su papel como madre. De este modo, la exclusión de la mujer de la ciudadanía y del mundo del trabajo productivo y su

anclaje en la esfera privada como madre y esposa, fue configurando la identidad femenina: cuerpo paridor y alma cuidadora.

Sin embargo, algunos estudios (Hays, 1998; Knibiehler, 1996) advierten sobre la distancia entre estas prescripciones morales y la vida real, en tanto la madre moral estaba muy alejada de las madres de carne y hueso. Aquellas pertenecientes a la burguesía no cumplieron con la prescripción de la crianza individual y el amamantamiento. Por su parte, la necesidad de trabajar contribuyó fuertemente a que para las madres pobres y obreras este tipo de maternidad tampoco se convirtiera en una experiencia cotidiana.

Hacia fines del s. XIX, se produjo otro giro en las ideologías de la crianza. El amor y el ejemplo ya no alcanzaban para formar la moral del infante, sino que se debía acudir a la ciencia. Los nuevos expertos en crianza creían que las mujeres eran irracionales y emotivas pero que con una guía experta tal vez fuera posible educarlas (Hays, 1998; Faur y Grimson, 2016). Ahora la madre también debía mantenerse al tanto de las últimas informaciones sobre desarrollo infantil y practicar los métodos que sugerían los expertos, inaugurándose la relación mujer-madre y saber médico. De este modo, el proceso de medicalización de la vida cotidiana (Conrad, 1982) también hizo su avance sobre la maternidad, aunque no se cuenta con información sobre su impacto real en las vidas de estas madres.

#### Maternidad en el nuevo orden social capitalista

La construcción de esta nueva ideología sobre la crianza infantil, ahora científica, tuvo lugar en un contexto de gran inquietud laboral, procesos inmigratorios y significativa pobreza, junto a una esperanzadora fe en la ciencia para dar soluciones. Entendiendo a la ciencia como un conjunto de prácticas y un cuerpo teórico delineado por una comunidad y definida no sólo por las exigencias de la prueba lógica y la verificación experimental, sino principalmente a partir de una compleja dinámica de fuerzas cognitivas, emocionales y sociales que configuran una red de relaciones de poder (Fox Keller, 1991), no nos sorprende que esta nueva ideología de la crianza infantil haya sido, como sugiere Hays (1998), un método científicamente estructurado y guiado por expertos para disciplinar a las madres y a sus hijos con el fin de que estuvieran al servicio de la grandeza de la nación. Grandeza que, por otra parte, requerirá del desarrollo capitalista. De allí la necesidad de producir, en términos foucaultianos, personas que no sólo estén al servicio de la nación, sino también del capital.

Es en este sentido que, coincidiendo con la perspectiva de Tamara Hareven (1984), resulta fundamental analizar las relaciones entre la familia y el trabajo, estudiar qué alcance tuvieron los lazos familiares como trabas o como avance en la adaptación de la población

trabajadora a las condiciones industriales y, viceversa, cómo las cambiantes relaciones de trabajo afectan las tradiciones y los roles familiares.

No es coincidencia entonces, que durante esta época los modelos de las mujeres de clase obrera comenzaran a cambiar. Mientras que antes trabajaban cuando las criaturas eran pequeñas y dejaban de hacerlo cuando alcanzaban la edad de tener trabajo remunerado, ahora las mujeres comenzaban a quedarse en sus casas y salen al mercado laboral sólo cuando sus hijos alcanzaban la edad de ir a la escuela. Años más tarde, con la introducción del “salario familiar” y de leyes que excluyen a las mujeres de determinados trabajos y recortan sus horas para que su empleo no interfiera con su papel materno, se terminará de constituir un andamiaje legal que hacia principios del siglo XX llevará a la consolidación del modelo de familia “padre proveedor-madre cuidadora” (Hays, 1998).

Por tanto, es precisamente en este momento histórico donde la organización del trabajo en Occidente se inscribe con fuerza en un orden social basado en un modelo de familia de “padre proveedor-madre cuidadora”. Modelo basado en una rígida división sexual del trabajo, que asignará a los hombres el trabajo productivo remunerado que provee de los ingresos necesarios para la subsistencia familiar, y a las mujeres el trabajo reproductivo no remunerado que permitirá la disponibilidad de varones en el mercado laboral.<sup>1</sup>

Por su parte, desde un posicionamiento marxista, autoras, como Silvia Federici, van a enfatizar el papel del capitalismo en la construcción de este tipo de familia y, por tanto, del rol de la mujer en la misma y en la sociedad. Entendiendo que el capitalismo re-estructura la sociedad a su imagen y semejanza de modo que sirva a la acumulación, Federici (2018) sostiene que la familia nuclear es una construcción del capital que le permitió desarrollarse como nunca antes en la historia. Pues a través de esta organización familiar se produce el trabajador que la nueva industria pesada necesita: fuerte, productivo y explotado, aunque atendido y cuidado gratuitamente por la mujer del hogar. Además, el hecho de que sean las mujeres las encargadas de la reproducción de los obreros ha conducido a muchas autoras marxistas a afirmar que fueron precisamente ellas quienes han aportado la mayor plusvalía, constituyéndose entonces en el grupo social más explotado por el capital.

---

<sup>1</sup>El *trabajo productivo* se refiere al trabajo remunerado que se realiza para producir bienes y servicios, así como la transformación de productos primarios para generar ingresos; mientras que el *trabajo reproductivo doméstico y de cuidados no remunerado* es el desempeñado generalmente en el ámbito doméstico, no remunerado y que tiene por objetivo garantizar el bienestar físico y psíquico del grupo familiar, comprendiendo el cuidado del entorno y de las personas, incluidas las personas dependientes (Goren, Trajtembreg, 2010; Cooper, s/f)

Más allá del carácter determinante o no del capitalismo en este proceso de ordenamiento familiar y social, lo cierto es que la organización familiar resultante incidió profundamente en la construcción de identidades de mujeres y varones occidentales. De este modo, el valor del trabajo remunerativo en tanto fuente de sentido para la constitución de identidades personales y sociales como para la articulación de vínculos remitirá fundamentalmente al mundo masculino. Mientras que el referente sociocultural de las identidades femeninas será, como se venía intentando desde hace mucho tiempo, principalmente la familia y el hogar (Stecher, Godoy y Díaz, 2005). Pues, como lo expresara en 1917 la feminista Emma Goldman (1997), sólo un número muy reducido del enorme ejército de mujeres asalariadas consideran al trabajo como una cuestión permanente, con la misma perspectiva que lo hacía el hombre. Por tanto, la identidad de la mujer construida como esposa y madre y no como trabajadora, pareciera constituir las representaciones de las mujeres de la época. "Me voy a casar, voy a tener un hogar" se convertía en el único proyecto de vida de la mujer, al tiempo que se consolidaba el modelo de maternidad intensiva, esto es, siguiendo a Hays (1998), a la actividad de crianza por parte de madres individuales de niños inocentes, centrada absolutamente en sus necesidades, sin precio y con métodos determinados por expertos, a la vez que implica una atención costosa, intensiva y altamente afectuosa.

Pero hay algo más...

La mujer no sólo debe ser madre, sino también desear serlo. ¿Qué significa desear ser madre?, ¿es un deseo inherente al género, es decir, todas las mujeres desean ser madres?, ¿cómo se construye ese deseo?, ¿puede una mujer no desear ser madre? Estos son sólo algunos de los interrogantes que plantearon la necesidad de indagar teóricamente acerca de la maternidad como deseo. En este sentido, y muy lejos de construir un abordaje psicológico y psicoanalítico de la maternidad, es que nos propusimos desde la Antropología dialogar con algunos saberes disciplinares del campo de la Psicología a fin de enriquecer la comprensión de este nuevo y complejo hecho social: mujeres profesionales que eligen no ser madres.

#### La maternidad como deseo

La asociación entre maternidad, deseo y feminidad aparece como corpus teórico en la obra de Sigmund Freud. Hacia la década del 20 en "El Sepultamiento del Complejo de Edipo" ([1923/1925] 1993), el padre del psicoanálisis establece que la resolución del complejo de castración vendría dada por el advenimiento de un hijo. En otras palabras, y como lo expresara unos años más tarde en "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras"

([1932/1936] 1991), el deseo que toda niña tiene de tener un pene sería suplantado en la adultez por el deseo de tener un hijo. La maternidad, o mejor dicho, el deseo de maternidad, aparece entonces como requisito *sine qua nom* de la feminidad normal, léase sana. Por lo tanto, la teoría freudiana coloca a la maternidad como destino, si no biológico, sí al menos saludable, para cualquier mujer adulta. Esta premisa junto a otros postulados que refieren a la pasividad erótica de las mujeres y los modos en que se expresan en sus subjetividades el masoquismo y el narcisismo, constituyó un corpus teórico que contribuyó fuertemente a la legitimación de aquel binomio 'Mujer-Madre' construido en la modernidad que mencionáramos anteriormente (Badinter, 1981; Fernández, 1994).

Sin embargo, esta teoría no es una teoría sin más. Y esto no sólo por la importancia que tiene la psicología y el psicoanálisis en la comprensión de los fenómenos sociales, sino además, y como observa Badinter (1981), por la masiva difusión que durante la posguerra tuvo la teoría freudiana en la población occidental, de modo que ninguna mujer que gozara de buen juicio podía pensarse sin hijxs.

Décadas más tarde, la constatación de la existencia de discursos "femeninos" que expresaban el no deseo de ser madres planteó la necesidad de una revisión de los postulados psicoanalistas tradicionales. Los estudios de género comenzaron a dialogar con el psicoanálisis a fin de sacar a la feminidad del campo anatómico para darles un estatus de construcción social. Esto ha llevado a serias reformulaciones de las concepciones psicoanalíticas, entre ellas la revisión de la idea de la constitución del deseo de hijo como modalidad privilegiada de constitución de la adultez normal en una mujer (Tajer, 2013). Como sostiene Reid (2012), la construcción del deseo de hijx es muchos más complejo que como lo describiera Freud hace un siglo. Además de los aspectos edípicos de la historia personal y de los procesos identificatorios con las figuras parentales, también incluye las identificaciones de género y los objetivos narcisistas en base a lo que cada cultura en cada momento histórico identifica como valioso.

De modo que, desde el propio psicoanálisis se concibe que lo que hace que una mujer se vea como madre no se agota en las identificaciones con su propia madre o en el lugar que ocupe en la estructura edípica. También entran en juego fuerzas sociales que operan en la subjetividad de las mujeres, aquello que Fernández (1994) denominó el mito social de la maternidad. Mito que produce y reproduce un universo de significaciones imaginarias constitutivas de lo femenino y que, al formar parte no sólo de los valores de la sociedad sino también de la identidad subjetiva de las mujeres, será desarrollado en el último apartado.

En resumen, la Historia y la Antropología fueron las disciplinas encargadas de refutar el supuesto carácter natural de la maternidad. Décadas más tarde se suman algunos saberes del

campo psicoanalítico que también tendieron a romper con la identificación entre lo femenino y la maternidad. Por su parte, fue el feminismo de la segunda ola quien más se abocó a dismantelar el entramado político de esta institución.

### Las maternidades desde el Feminismo

Uno de los aportes más importantes del feminismo académico fue el de concebir a la maternidad como una institución que junto al matrimonio y a la familia conforman una red de relaciones de poder que colocan a la mujer en un lugar de subordinación.

Simone de Beauvoir, una de las exponentes más significativas de lo que se denominó “Segunda Ola” de este movimiento, en 1949 en su obra “El segundo sexo”, objetó aquella identificación de lo femenino con lo materno. Desde un posicionamiento antiesencialista, y más cercano a los planteos antropológicos, la autora cuestionó que la potencia biológica reproductiva implicara para las mujeres una innata aptitud social “maternal”, afirmando que la misma no era más que otro de los estereotipos impuestos por el sistema sexo-género, en el cual se inscribe la función materna en las sociedades patriarcales. Por otro lado, entendía a la capacidad reproductiva como una “incapacidad constitutiva”, en tanto imposibilita a las mujeres de sustraerse a una determinación biológica que, a su vez, somete a la mujer a su cuerpo y además se reconfigura como imperativo cultural e incluso moral: el de ser -y ejercer como- madre. En suma, concibió a la maternidad como una actividad alienante que limita a las mujeres impidiéndoles cumplir con un destino que, a su entender, era más trascendente: mientras son reproductoras no hacen más que reproducir el orden social existente, en lugar de producir, en el sentido de crear, otro orden, otra sociedad (De Beauvoir, 2015).

Para alivianar esta pesada carga de ser madres, autoras como Shulamith Firestone y Juliet Mitchell abogaban por aquello que ya había sido señalado por los estudios antropológicos e históricos: la abolición de la familia nuclear y la gestión colectiva del cuidado infantil, esto es, entender y practicar la maternidad como una actividad comunitaria (Zicavo, 2013).

Sin embargo, aún estamos muy lejos de la vida en comunidades, y los Estados tampoco han asumido la función de crianza y cuidados de la niñez. Nuestra sociedad sigue siendo patriarcal, la familia sigue siendo nuclear y las funciones de cuidado siguen recayendo mayoritariamente sobre las mujeres. De allí que consideramos pertinente traer aquí aquel pronunciamiento de Simone que, aunque molesto -por su carácter radical- puede ayudarnos a comprender la problemática en estudio: la posibilidad de igualdad con los varones estaría en la

renuncia a ser madres, en tanto oportunidad de desligarse de su potencia reproductora para aventurarse, por fin, a su potencia creadora (De Beauvoir, 2015).

### **3.2- Trabajo**

Entender al trabajo como constructor de humanidad, esto es y siguiendo a Arendt (2003), como aquella actividad a través de la cual hombres y mujeres crean el mundo, la cultura y, por tanto, su propia condición humana, es una noción que ha sido enfatizada desde las más diversas disciplinas. Así, para Freud “...ninguna otra técnica para la conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la que permite el trabajo. Al menos lo inserta en forma segura en el fragmento de la realidad, a saber la comunidad humana” (Freud, [1930] 2000, p.78). Se trata de un anclaje en la cultura, en términos de Carpintero (2005). El mismo Marx ([1867] 1990) destacó que el trabajo, si bien es una actividad orientada a un fin, también es interacción social y comunicación.

Hopenhayn (2001) nos recuerda que el trabajo como objeto de reflexión específica hace su aparición en la sociedad del capitalismo industrial. Fue en este momento donde el trabajo por primera vez se tornó en fuente de sentido en los procesos de constitución de identidades y en eje de articulación de vínculos sociales (Castel, 1997). Sin embargo, en las últimas décadas del siglo pasado, una serie de cambios económicos y socioculturales han socavado y modificado progresivamente instituciones, prácticas, actores y discursos sociales desde los que se configuraban las sociedades industriales o de la modernidad organizada. El acelerado proceso de globalización impulsado por la revolución tecnológica y el desarrollo de una economía capitalista informacional y global, la centralidad del mercado y el consumo como ejes de la organización de la vida social, la radicalización del proceso de individualización y el debilitamiento de los Estados para articular no sólo material sino también simbólicamente a los diferentes actores sociales, han conducido a la configuración de un nuevo tipo de sociedad denominado de distintos modos: modernidad tardía, modernidad líquida, sociedad red, sociedad postindustrial, etc. (Giddens, 1997; Bauman, 2003; Castells, 2001, Lechner 2002). Por su parte, las políticas neoliberales no hicieron más que profundizar la crisis del capitalismo organizado para dar paso a un capitalismo desorganizado que circula a escala internacional, caracterizado por la producción de tipo más fragmentado y flexible.

La implementación de un modelo de acumulación flexible ha puesto en tensión el sentido que adquirió el trabajo asalariado en las sociedades industriales como medio privilegiado de integración, eje de sentido de la vida personal y social y fundamento de ciudadanía. Sin embargo, y a diferencia de las tesis que abogan el fin de la sociedad del trabajo, coincidimos con aquellos autores que postulan que en realidad nos encontramos con una nueva morfología de trabajo. Una modalidad de trabajo que, a fin de aumentar la productividad y las ganancias para hacer frente a la crisis económica de las sociedades posindustriales, está basada en la flexibilización, fragmentación y precarización laboral (Agulló, 2011).

Y si bien estas profundas transformaciones en la organización de la producción y las relaciones laborales afectan diferenciada y desigualmente a lxs sujetxs según sus trayectorias laborales, su formación, su pertenencia social y su género, no logran socavar la centralidad que el trabajo asalariado tiene en nuestra cultura. Dicha centralidad se constata cuando se indaga en las funciones socioeconómicas y psicosociales que el empleo tiene en la vida de las personas. Entre las primeras, y siguiendo a Blanch (1990), nos encontramos con que el trabajo remunerado constituye una vía de acceso al circuito de producción-distribución-consumo de bienes y servicios para la supervivencia material; agente de sociabilización, medio de producción y regulación de las relaciones interpersonales; organizador de tiempos y espacios sociales cotidianos; constituye un fundamento de legitimación social; a la vez que genera contextos de afiliación, vinculación, participación e integración grupal. En cuanto a sus funciones psicosociales, el empleo se destaca por su capacidad para lograr autonomía financiera, ideológica y moral; vertebrar todas las actividades personales; ser fuente de status y de identidad; posibilitar el desarrollo de aspiraciones, planes y expectativas; permitir el desarrollo de la percepción de utilidad personal y social; hasta llegar incluso a constituirse en fuente de sentido para la vida misma.

De este modo, la mirada integral que implica atender al contexto social, político, económico y cultural en el que se insertan las organizaciones laborales y lxs trabajadores adquiere profundidad cuando dirigimos el análisis hacia la manera en que las trabajadoras dan sentido y otorgan *significados* en una situación particular a través de un repertorio cultural disponible. En otras palabras, el lugar que ocupa el trabajo en la vida de las personas, la diversidad de significados y matices que adquiere en distintos momentos no sólo sociales sino también biográficos, le suman densidad a la temática de estudio.

En resumen, desde esta perspectiva, el trabajo aún en el actual contexto neoliberal permanece como referencia dominante no sólo económicamente sino también psicológica, cultural y simbólicamente (Castel, 1997). Se trata de aquella actividad propiamente humana

(Arendt, 2003) que además de su función económica deviene en espacio de sociabilidad que posibilita la construcción de identidades colectivas e integración social, la autorrealización y configuración de identidades personales, estructura el tiempo, desarrolla habilidades y destrezas, permite el acceso a estatus y prestigio social, lugar de relaciones de poder y control, y –fundamentalmente- como diferenciación entre los sexos y construcción de géneros (Stecher, Godoy y Díaz, 2005).

Esta última dimensión deviene central en nuestra investigación. Si bien, como se mencionó anteriormente, las mujeres siempre se las han arreglado para participar del mercado laboral y, por tanto, para transgredir aquel orden sociocultural, político y económico del que nos hablaba Simone de Beauvoir, será a partir de mediados del siglo XX, luego de la segunda guerra mundial y durante la aplicación de políticas keynesianas, cuando las mujeres irrumpirán masivamente en el espacio público (Goren y Trajtemberg, 2010). Y con espacio público no sólo hacemos referencia al terreno del trabajo productivo, sino también al político y al científico. Y esto no es un fenómeno menor. Pues responde, al hecho incontestable de que a pesar de que las mujeres siempre han trabajado, las experiencias, vivencias y representaciones de las trabajadoras no han sido un campo de estudio relevante para ninguna disciplina. Como observa claramente Kergoat (1997), las mujeres en tanto trabajadoras han sido invisibilizadas. Invisibilización que deviene en un claro sesgo androcéntrico de los estudios que desde las diversas disciplinas (Medicina, Psicología, Sociología, Antropología, Economía, etc.) se realizan sobre la problemática del trabajo. Un sesgo que en realidad ha recorrido toda la producción científica desde sus inicios, y que ha sido fuertemente denunciado por los feminismos.

#### El trabajo desde la perspectiva de género

Ante la mencionada omisión de las mujeres en la ciencia, no fueron pocas las académicas que se abocaron a la reconstrucción feminista de los saberes científicos, esto es y a entender de Maffía (2007), a la dura tarea de interpretar el campo de conocimiento científico desde la perspectiva de género y subrayando el aporte que desde ella pueda hacerse para la emancipación de las mujeres. Una *perspectiva de género*, siguiendo con la autora, refiere a entender el mundo a partir de las interpretaciones que cada grupo social hace de las diferencias sexuales, los roles sociales atribuidos en razón de este género, y las relaciones establecidas culturalmente entre ellos con el propósito de transformar dichas relaciones.

Y es que precisamente **género** es una categoría analítica que nace en los años 70 en búsqueda de legitimidad académica. Se trataba de una herramienta teórica capaz de mostrar

que las diferencias entre varones y mujeres lejos de estar signados por la biología, eran de carácter sociocultural, histórico y relacional. De esta forma, el concepto de género permitió trascender los reduccionismos biológicos todavía operantes en las ciencias, al centrar el análisis en las relaciones entre mujeres y varones, entendidas como construcciones culturales (Scott, 1996). Además, esta perspectiva se apoya en la concepción de que las identidades de género se constituyen recíprocamente, de modo que para comprender la experiencia de “ser mujer” en un determinado contexto socio-histórico es necesario tener en cuenta los atributos del “ser varón”.

El carácter relacional del género será profundizado por Scott al concebirlo como forma primaria de relaciones significantes de poder. Podría decirse entonces que el género es el campo primario donde se articula el poder. Pero... ¿quién ejerce el poder?

Si bien hay acuerdo en la comunidad antropológica acerca del carácter sociocultural de la categoría de género y, por tanto, de la variabilidad, según la cultura y el tiempo histórico, del contenido de lo “femenino” y lo “masculino”, Lamas (1995) advierte que los estudios etnográficos muestran que a pesar del mencionado relativismo siempre se da una constante: la subordinación política y social de las mujeres a los hombres. Es lo que Segato (2003) entiende como el primer gran dilema o contradicción que los estudios de género enfrentan en las ciencias sociales y, en especial, en la Antropología. Por un lado, el relativismo de las construcciones: mujer y hombre son categorías asociadas con una diversidad de contenidos en tradiciones y épocas diferentes. Por otro lado, el descubrimiento, a través y a pesar de las diferentes culturas y momentos históricos, de una tendencia a la universalidad de la jerarquía del género, esto es, de la universalidad del género como una estructura de subordinación.

Esta universalización del sentido de las diferencias de fuerzas entre los sexos es entendida por Bourdieu (2010) a partir de una relación absolutamente “arbitraria” de dominación masculina que actuaría como matriz para la percepción y organización de la vida social y a partir de la cual se construyen todas las diferencias biológicas y culturales. Por tanto, a entender del autor, la división sexual del mundo -y la jerarquía que acompaña tal división- que se levanta sobre diferencias biológicas y sobre todo aquellas que se refieren a la división del trabajo de procreación y producción, es la más fundada de las “ilusiones” colectivas. Así, y desde esta perspectiva, la división sexual del trabajo que prescribe dos tipos de trabajo con su correspondiente segregación sexual y que alcanza su mayor desarrollo con el capitalismo, estaría inscripto en el origen mismo de la humanidad, en la división sexual del mundo y, fundamentalmente de los cuerpos, de acuerdo con los principios de una visión mítica del mundo arraigada en la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres.

Pero el género no sólo es una relación de poder, sino que también, y siguiendo una vez más a Scott (1996), deviene en un elemento constitutivo de las relaciones sociales basado en las diferencias percibidas por ambos sexos. Como parte constitutiva de las relaciones sociales el género comprende cuatro componentes interrelacionados. Primero, los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones, múltiples, y a menudo contradictorias. Segundo, los conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de estos símbolos en un intento de limitar y contener sus posibilidades metafóricas. Tercero, las identidades subjetivas. Y, por último, y ampliando el uso que hasta el momento muchos autores habían hecho del concepto, restringiéndolo al sistema del parentesco -centrándose en la casa y en la familia como bases de la organización social-, Scott sostendrá la necesidad de una visión más amplia que incluya no sólo la familia sino también la educación, la política y el mercado de trabajo.

De este modo, y en lo que refiere concretamente al ámbito de trabajo, la perspectiva teórica de Scott condujo a las teóricas feministas a la primer gran tarea de dar autoridad académica a la categoría de género, al visibilizar que el género ha tenido históricamente un papel fundamental en la organización del proceso de trabajo, en la determinación de quién trabaja, en qué trabaja, cómo lo hace y qué valor social y monetario se le reconoce (Beechy, 1994; Borderías, 2008).

Y para comprender estos aspectos es fundamental analizar los procesos de producción junto con los ámbitos familiares y sociales más amplios. En este sentido, una de las principales críticas que el feminismo le hará a los estudios tradicionales de la economía es el de abordar el ámbito del trabajo sin atender al ámbito privado. En otras palabras, desde las teorías feministas el estudio de los procesos de producción no pueden realizarse al margen de los procesos de reproducción (Beechy, 1994).

#### Trabajo productivo y Trabajo reproductivo: la doble jornada laboral

La masiva incorporación de mujeres al mercado de trabajo condujo a convertir el trabajo productivo en un espacio para la construcción de identidades personales y colectivas significativo para las mujeres, a la vez que ha tendido a debilitar la familia como referente exclusivo de la identidad femenina. Esto ha contribuido a cuestionar y poner en tensión ciertas representaciones de género, los espacios o territorios sociales y las funciones asignadas a hombres y mujeres. Además, por primera vez en la milenaria historia del trabajo femenino, nos encontramos con mujeres que eligen voluntariamente trabajar fuera de sus hogares. "A sus

ojos el trabajo ya no está asimilado al *tripalium* de otrora, sino que representa un medio de realización, cuando no de desarrollo de la personalidad” (Badinter, 1981, p. 287).

Concretamente en Argentina, la incorporación de mujeres al mercado de trabajo se intensificó en la década del 60, vinculado a diferentes factores entre los cuales se destacan el acceso a la educación, cambios de las pautas de fecundidad (Castillo, Novick, Rojo y Tumini, 2007) y el crecimiento del sector servicios que concentró mano de obra femenina, particularmente en salud y educación (Alfei, Crespo y Sigal, 1992). Este proceso avanzó de forma gradual, y si bien la composición de clase se fue modificando en función de los procesos económicos, según los estudios realizados por Goren y Trjtemberg (2010), se observa un incremento constante de la participación de mujeres de sectores socioeconómicos medios. Además, buena parte de estas mujeres acceden a la Universidad comenzando a formar parte de los procesos de profesionalización de los trabajos.

Las profesiones, siguiendo a Tosi (2014), son ocupaciones que requieren de conocimiento especializado y formación profesional, control sobre el contenido del trabajo, autorregulación (desde organizaciones propias como colegios profesionales), espíritu de servicio a la comunidad y elevadas normas éticas. La idea de profesión implica, al mismo tiempo que una práctica eficaz y un modo particular de adquisición del saber, cierta legalidad, un reconocimiento de la capacidad necesaria para desempeñar una tarea específica dentro de un cierto campo de conocimiento. Y esto requiere de una institución que asigne dicho reconocimiento legal.

Sin lugar a dudas, la Universidad fue y es una de las instituciones donde se legaliza y legitima el saber y hacer profesional. En este sentido, en nuestro país la presencia femenina en las profesiones se inscribe en un complejo y conflictivo proceso de profesionalización de las mujeres, que desde sus inicios, a comienzos del siglo XX, ha estado signado por trabas, obstáculos y prejuicios que dificultaron las trayectorias profesionales femeninas (Martin, Queirolo y Ramacciotti, 2019). Será recién a partir de la década del 60 cuando la creciente feminización de la matrícula universitaria diera lugar al nacimiento de una nueva figura social: *la mujer profesional* (Fernández, 1994).

De este modo, el hecho de que las mujeres lleguen masivamente a la Universidad permitió el surgimiento de una nueva carrera femenina: la profesional. Para Fernández (1994), el surgimiento de esta nueva carrera, aunque coexista con la tradicional -el casamiento y la maternidad-, habla de ciertos anhelos, de un proyecto personal para sí y de un intento de procurar un lugar social para sí misma.

Por otro lado, en la medida que las mujeres se fueron integrando al mundo laboral y profesional ha ido desapareciendo el modelo familiar "hombre proveedor de ingresos-mujer ama de casa" para dar paso un nuevo modelo: el hombre mantiene su rol casi intacto, pero la figura del ama de casa tradicional tiende a desaparecer. Este nuevo ordenamiento familiar no significa que la mujer abandone sus tareas de cuidadora y gestora del hogar, sino que de hecho asume un doble papel: el familiar y el laboral (Carrasco, 2001). La *doble jornada laboral* hace referencia, precisamente, a esta carga que soportan mayoritariamente las mujeres quiénes, además del empleo, asumen tareas domésticas y de cuidado de manera casi exclusiva.

Actualmente la doble jornada suele denominarse doble presencia/ausencia para simbolizar el estar y no estar en ninguno de los dos lugares y, fundamentalmente, visibilizar las limitaciones y dificultades que la situación comporta bajo la actual organización social. Situación que obliga a las mujeres a una práctica constante de pasar de un trabajo a otro, de unas características específicas de la actividad familiar a unos horarios y valores del trabajo asalariado, de una cultura del cuidado a una cultura del beneficio, que les exige interiorizar tensiones, tomar decisiones y hacer elecciones a las cuales los varones no están obligados. En este sentido, la experiencia cotidiana de las mujeres es una negociación continua en los distintos ámbitos sociales -como cuidadoras responsables de las demás personas y como trabajadoras asalariadas- que se traduce en la imposibilidad de sentirse cómodas en un mundo construido según el modelo masculino (Carrasco, 2001).

De allí que autoras como Esteban (2006) propongan entender la problemática de la "doble jornada" a partir del "trabajo del cuidado". Trabajo que, además de ser una responsabilidad social absolutamente generizada, no está visibilizado ni reconocido socialmente. Esto se debería, a entender de la autora, a tres factores: a) al hecho de que sea la familia la principal institución donde se llevan a cabo, quedando asociadas estas funciones al ámbito de "lo privado"; b) a su difícil catalogación como trabajo, por el componente afectivo y elevado contenido moral, no reconociéndose como actividades que suponen tiempo y dedicación, y que requieren un conjunto de saberes y técnicas aprendidas a lo largo de la vida; y c) a la fuerte naturalización que sufren, de forma que se piensa que las mujeres por el hecho de serlo poseen naturalmente esos saberes y habilidades, sin verlo como consecuencia directa de una división sexual concreta del trabajo dentro de un determinado sistema de género.

Este último factor estaría influyendo también en las decisiones que se toman desde el sector empresarial. Pues, como sostiene Zicavo (2013), la maternidad -o su mera posibilidad- no colabora con la promoción de las mujeres en el mundo laboral, dado que las empresas consideran que los puestos de responsabilidad van a estar mejor cubiertos por varones que,

aunque tengan hijos, no asumen socialmente la doble carga que supone para las mujeres la maternidad. El presupuesto es que las mujeres dedican a sus familias más energía y tiempo que sus pares varones y, por tanto, no están en las mismas condiciones de afrontar los grandes retos del mundo del trabajo productivo.

La marca de género también aparece en el Estado, en tanto regulador de las relaciones laborales. La legislación laboral evidencia un claro sesgo de género al partir de un supuesto “masculino” como modelo de “trabajador”, mientras que el reconocimiento de las mujeres como trabajadoras no es independiente de su posición como madres. Al respecto, Pautassi (2005) observa que en América Latina las primeras leyes laborales tuvieron una matriz patriarcal donde, y en coherencia con aquella división sexual primaria del trabajo, la mujer era pensada como madre y el varón como el trabajador. De allí que todas las regulaciones fueran protectivas de las mujeres, léase las madres. Será en 1979 donde en los organismos internacionales y, por tanto, en las legislaciones de los Estados Parte, comenzará a incorporarse el principio de equidad de género en el mundo del trabajo.

Sin embargo, este avance en términos de promoción de la igualdad se encontrará en los 90 con los procesos de ajuste y reformas estructurales que tuvieron lugar en la región y en nuestro país. De este modo, a pesar de la existencia y ratificación de todos los mecanismos y disposiciones para garantizar la equidad de género, en los hechos se implementó una flexibilización y precarización de las condiciones de trabajo que implicaron un mayor perjuicio para los y las trabajadoras. Para ellas, el problema no sería que la mujer sea considerada y protegida como “madre” sino que a la luz de estas políticas neoliberales, el problema es precisamente que sea o quiera ser madre. Así, la maternidad pasa de ser una función social, protegida por el Estado de Bienestar, a una cuestión individual que, agravada por el retiro de los servicios sociales estatales en la mayor parte de los países latinoamericanos, complejiza la situación de las mujeres trabajadoras. En otras palabras, en el actual contexto de flexibilización laboral, la maternidad pasa a ser una fuente de desventaja. (Pautassi, 2005)

Por tanto, el ingreso –o salida- de las mujeres al mundo del trabajo productivo no fue acompañado por transformaciones estructurales en el ámbito familiar ni en el laboral. Por el contrario, se observa que las pautas de asignación de funciones domésticas y de cuidado se han flexibilizado sólo en escasa medida, a la vez que el mundo del trabajo productivo sigue organizándose a partir de aquel orden social moderno que concebía los modos de producción y reproducción como compartimentos estancos, dicotómicos y segregados sexualmente, a partir de un sujeto varón productor a tiempo completo que contará con una mujer ama de casa y madre, también a tiempo completo (Faur, 2014).

Esta situación se agrava aún más en el nuevo escenario neoliberal, donde la *flexibilización* se instituye como el paradigma de la producción y organización laboral. Una nueva morfología del trabajo se consolida, la cual, siguiendo la lógica de la flexibilidad toyotista refiere, entre otras cosas, a la intensificación de los ritmos, tiempos y procesos de trabajo (Castel, 1997; Garza Toledo, 2009). De este modo, el recargo de tareas, la extensión de la jornada de trabajo y de los lugares de trabajo -como el hogar-, caracterizan a buena parte de los procesos de trabajo actuales.

Al respecto, Faur (2014) sostiene que la extensión de las jornadas laborales de tiempo completo constituye precisamente uno de los nudos críticos de conciliación de las esferas doméstica y laboral. Por su parte, Carrasco (2001) se pregunta ¿cómo es posible que madres y padres tengan unos pocos días de vacaciones y sus hijos cuatro meses?, ¿quién los cuida?, ¿cómo es posible que los horarios escolares no coincidan con los laborales?, ¿cómo se organizan las familias? En este sentido, coincidimos con Fraser (2020) cuando advierte sobre la intensidad que adquiere la contradicción -inherente al orden capitalista- entre la producción económica y la reproducción social en el capitalismo financiarizado y globalizador del momento actual. Además de promover la desinversión estatal y empresarial del bienestar social y atraer a las mujeres al mercado laboral, ha reducido los salarios reales, aumentando el número de horas de trabajo remunerado que cada hogar necesita para sostener a la familia y provocando una desesperada lucha por transferir el trabajo de cuidados a otros.

Sin embargo, la literatura muestra que son las mujeres quienes siguen haciéndose cargo del cuidado. En otras palabras, son las trabajadoras asalariadas quienes soportan el peso de este "impuesto reproductivo" (Faur, 2014; Quiroga Díaz y Gago, 2018), asumiendo de manera individual la responsabilidad de intentar conciliar ambas esferas de la vida. Pues hasta el momento el Estado, el sector empresarial y los sindicatos han hecho muy poco al respecto.

En un contexto de pobreza de tiempo, ellas son las más pobres. Y esta situación no sólo las colocan en un plano de inequidad en tanto trabajadoras remuneradas sino que también tienen significativas repercusiones en la salud mental. Puesto que si bien, para el grupo socioeconómico que nos interesa, las trabajadoras pueden delegar muchas de las tareas domésticas y de cuidado al sector privado -a través de contratación de empleadas domésticas, niñeras, jardines, escuelas, etc.- toda la bibliografía consultada da cuenta de la carga mental que sobrevive a esta delegación, en tanto las tareas de planificación, gestión y administración del hogar siguen estando a cargo exclusivo de las madres.

A esta carga mental se le suma un aspecto fundamental para nuestra problemática de estudio y que refiere, siguiendo a Zicavo (2013), a que si bien las prácticas cotidianas de las

mujeres trabajadoras de sectores medios rompen con el modelo de la “maternidad intensiva” y se encaminan hacia formas de maternidad “compartida” y menos presencial, el peso del imaginario de la “maternidad intensiva” sigue generando frustración y ambivalencia en unas mujeres que no están dispuestas a ver menguar su desarrollo profesional, pero a las que, al mismo tiempo, les gustaría poder dedicar mayor atención a sus hijxs. De allí que la doble presencia-ausencia, lejos de armonizar las esferas del mundo productivo y reproductivo, genera insatisfacción en las mujeres en tanto sienten que no cumplen con todo aquello que nuestra cultura espera de una “buena” madre, ni tampoco con los requerimientos que el mundo del trabajo productivo exige para ser una “buena” profesional (Tajer, 2009).

Para superar la situación de inequidad en la que viven la mayor parte de las mujeres, producto del carácter necesario, no remunerado y generizado del trabajo doméstico y de cuidados, desde el propio feminismo se plantean una serie de propuestas, que, por su alcance y naturaleza, podríamos clasificar de dos tipos.

Por un lado, están las denominadas “políticas de conciliación” que tienen por finalidad fortalecer estructuras de conciliación entre el trabajo remunerado y el doméstico y de cuidado, con el fin de atenuar el trabajo de las mujeres. En este sentido, se pretende impulsar una reorganización social del cuidado, esto es, atendiendo a la manera en que las Familias, el Estado y el Mercado distribuyen el cuidado. Algunas autoras, como Faur (2014) también incluyen a la Comunidad como uno de los pilares de esa organización, conformando lo que tradicionalmente se denomina “diamante del cuidado”. De lo que se trata es de promover la des-familiarización de estas tareas trasladando esa responsabilidad al Estado. En esta línea se inscriben medidas tales como mayor número de guarderías, servicios más amplios de atención a las personas mayores o enfermas, políticas de empleo específicas para la población femenina, etc. (Vozzi y Lafuente, 2017). A su vez, se considera fundamental revisar la regulación laboral vigente en nuestro país, la cual ha sido elaborada a partir de entender a las mujeres como madres y a los varones como trabajadores. En este sentido, medidas como reducción de las jornadas laborales y extensión de las licencias paternales resultan centrales para estimular nuevas formas de cuidar tendientes a una distribución más igualitaria del trabajo, tanto dentro como fuera del hogar.

Desde otro enfoque se plantea que en realidad los problemas de conciliación entre la esfera privada y la pública, están poniendo de relieve las tensiones antes ocultas entre la acumulación del capital y la sostenibilidad de la vida, aunque, como sugiere Fraser (2020), ahora adquieran otra intensidad. En este sentido, lo que se propone es un cambio de paradigma. Esto es, mirar, entender e interpretar el mundo no ya desde la productividad y el beneficio, sino

desde la perspectiva de la reproducción y la sostenibilidad de la vida. Esta segunda opción implica reconocer que el beneficio y el cuidado siguen lógicas contradictorias, de modo que es imposible establecer consensos. Se tratarían de dos paradigmas inconmensurables, donde las políticas de conciliación de la vida familiar y laboral pierden sentido ya que no abordan el problema de fondo sino que plantean mínimos ajustes pero manteniendo como objetivo central la obtención de beneficio (Carrasco, 2001; Esteban, 2006).

En suma, la problemática del ejercicio de la maternidad puede leerse a la luz de lo que Fraser denominó "déficit de los cuidados" en el régimen capitalista actual. Régimen de rapaz sometimiento de la reproducción a la producción y donde, además y a diferencia de los anteriores,

su imaginario dominante es el individualismo liberal y la igualdad de género: las mujeres se consideran iguales a los hombres en todas las esferas y merecen igualdad de oportunidades para realizar sus talentos, también –quizá en especial- en la esfera de la producción. La reproducción, por el contrario, se percibe como un residuo retrógrado, un obstáculo que impide el avance en el camino hacia la liberación y del que, de un modo u otro, hay que prescindir. (Fraser, 2020, p. 88)

El recorrido teórico hasta aquí realizado nos advierte sobre la complejidad del contexto donde se inscriben nuestras sujetas de estudio. Por un lado, observamos una suerte de continuidad en la organización social, laboral y los roles de género heredados de la revolución industrial. Por otro, asistimos a la emergencia de nuevos procesos que irrumpen, no sin conflictos, en el orden moderno establecido, habilitando la posibilidad no elegir no ejercer la maternidad.

### **3.3- La elección de no ser madre**

En el presente apartado desarrollaremos algunas perspectivas teóricas que nos permitan comprender de qué modo algunas mujeres en una sociedad aun fuertemente patriarcal, como la nuestra, "traicionan la tradición" y eligen no ser madres.

Sin lugar a dudas, Giddens es uno de los autores que más abordó las transformaciones culturales en las sociedades contemporáneas. Al respecto, advierte que a diferencia de épocas anteriores donde la tradición o los hábitos establecidos ordenaban la vida dentro de canales relativamente impuestos, la modernidad tardía coloca a la persona frente a una compleja

diversidad de elecciones, al tiempo que ofrece poca ayuda en cuanto a qué opción se habrá de escoger (1995). De este modo, de la seguridad aportada por la tradición pasamos a un escenario caracterizado por la incertidumbre y el riesgo de tener que estar constantemente decidiendo entre alternativas plurales, contradictorias y hasta ambiguas, donde las marcas de la tradición se van borrando. En este sentido, participar o no en el mercado laboral, a tiempo completo o parcial, en el hogar, fuera de él o en ambos espacios; no ejercer la maternidad o ejercerla, a tiempo completo o parcial, de manera solitaria o compartida, cuándo, cómo, etc., constituyen algunas de las opciones que configuran parte del escenario donde se desenvuelven las mujeres en el mundo contemporáneo.

Sin embargo, estas elecciones - junto a otras de la cotidianidad- no sólo refieren a cómo actuar o a qué hacer, sino y fundamentalmente, a quién ser. De este modo, a partir de estas elecciones –de diferentes amplitudes y profundidades- las personas van construyendo su identidad, y lo hacen en una cultura que, aunque postmoderna, sigue siendo fuertemente patriarcal. De allí que la posibilidad de construir trayectorias vitales individuales que, en nuestro caso refiere concretamente a ser o no ser madre, no libera a estas mujeres de tensiones y contradicciones, producto, precisamente, de la relación compleja entre las ideas hegemónicas constitutivas de la tradición y las aspiraciones personales propias de las sociedades postmodernas (Castañeda, 2015):

Las mujeres tienen hoy en día la posibilidad nominal de elegir entre una gran variedad de oportunidades; sin embargo, en una cultura masculina, muchas de esas vías están en realidad cerradas. Más aún, para lograr las realmente existentes, las mujeres deben abandonar su identidad anterior, “prefijada”, más radicalmente que los hombres. En otras palabras, las mujeres experimentan la apertura de la modernidad tardía de forma más plena pero más contradictoria. (Giddens, 1995:137)

Es lo que Lagarde (2004) entiende como *sincretismo de género*. Esto es, las mujeres cuidan a la manera tradicional y, a la vez, deben lograr su desarrollo individual para formar parte de la posmodernidad, a través del éxito y la competencia. El resultado de este proceso son millones de mujeres modernas-posmodernas a la vez. Mujeres atrapadas en una relación inequitativa entre cuidar y desarrollarse. Mujeres atrapadas entre dos lógicas opuestas y, además, con la “ilusión” de conciliarlas.

De este modo, nuestra cultura, permeada por los principios androcéntricos modernos y los del capitalismo neoliberal, fomenta en las mujeres la satisfacción del deber de cuidar, convertido en deber ser natural de las mujeres y, por tanto, deseo propio y, al mismo tiempo, la necesidad social y económica de participar en procesos educativos, laborales y políticos. Como

resultado de este proceso, la maternidad podría pensarse como un locus a partir del cual las mujeres viven sentimientos contradictorios, de obligación y culpas, pero también satisfacción y deseos; a la vez que habilita la difícil tarea de construcción identitaria a partir de lógicas opuestas. ¿Cómo ser mujer siguiendo al mismo tiempo la lógica del mercado y la lógica de sostener la vida? ¿Cómo construirse como mujer a partir de dos formas antagónicas de comprender y vivir el mundo?

En el intento de responder a estos imperativos ser una *superwoman* fue el camino optado por muchas mujeres. Toda la literatura nos advierte sobre sus efectos: deterioro de la salud física y mental, desigualdad económica, inequidad de oportunidades laborales, obstáculos en el desarrollo profesional, entre otros. Por su parte, no ejercer la maternidad se presenta como otra de las opciones. Ahora bien, ¿se "elige" no ser madre o se "renuncia" a ello?

En el presente recorrido teórico observamos que al menos en la actualidad la comunidad científica acuerda en concebir a la maternidad como una construcción sociocultural que nada o poco tiene que ver con la naturaleza. De lo que se deduce que no hay nada del orden de la naturaleza que funde el "ser mujer" con el "ser madre". Hay que apelar entonces al orden de la cultural. Pues como expresara hace casi un siglo nuestra querida Margaret Mead:

Los ritmos culturales son más fuertes y coercitivos que los fisiológicos y los cubren y los deforman (...) de este modo, no satisfacer una necesidad artificial y culturalmente estimulada (...) puede producir más infelicidad y frustración en el corazón humano que el más riguroso cercenamiento cultural de las demandas fisiológicas del sexo o el hambre. (1993: III)

La fuerza coercitiva de este destino "cultural" estaría dado, a entender de Bourdieu (2010), por la eficacia simbólica del orden social, construido a partir de unos principios de percepción y división sexual del mundo y de las cosas que hay en él -incluido los cuerpos- absolutamente androcéntricos. Y la eficacia simbólica radicaría en la apelación a la naturaleza como garante de dicho orden. Es decir, la fuerza especial o la eficacia simbólica de la relación de dominación masculina está dada por la acumulación de dos operaciones: legitima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que es en sí misma una construcción social naturalizada. Se trataría de una transmutación del *nomos* social en necesidad de la naturaleza, de una suerte de somatización de las relaciones sociales de dominación. En palabras del autor:

Gracias a que el principio de visión social construye la diferencia anatómica y que esta diferencia social construida se convierte en el fundamento y en el garante de la apariencia natural de la visión social que la apoya, se establece una relación de

causalidad circular que encierra el pensamiento en la evidencia de las relaciones de dominación, inscritas tanto en la objetividad, bajo la forma de divisiones objetivas, como en la subjetividad, bajo la forma de esquemas cognitivos que, organizados de acuerdo con sus divisiones, organizan la percepción de sus divisiones objetivas. (Bourdieu, 2010: 24)

Desde esta perspectiva la capacidad productiva de los cuerpos de las mujeres constituye el fundamento "natural" de la maternidad, obviando que "la definición social de los órganos sexuales, lejos de ser una simple verificación de las propiedades naturales, directamente ofrecidas a la percepción, es el producto de una construcción operada (...) a través de la acentuación de algunas diferencias " (Bourdieu, 2010: 27).

Sólo así podemos comprender que "ser madre" constituya uno de los mandatos culturales más fuertes de nuestra sociedad. Tan fuerte que, como plantea Mead, no cumplirlo es fuente de culpa, vergüenza, frustración, sufrimiento, etc. Y en este sentido es que nos preguntamos hasta qué punto la maternidad es una "elección" para las mujeres. Pues, siguiendo con Bourdieu (2010), la división sexual arbitraria del mundo estipula un orden cuya eficacia simbólica permite dirigir "elecciones" acatando dicho orden en tanto es leído como natural, anticipándose a lugares de las que una está excluida, precipitándose hacia aquellos a las que, en cualquier caso, está destinada.

Estas disposiciones a actuar, percibir, valorar, sentir y pensar de una cierta manera más que de otra y que han sido interiorizadas por la persona en el curso de su historia personal, que es también social, es lo que el autor denominó *habitus*.

El *habitus* o práctica socialmente incorporada que se encarna de manera durable en el cuerpo, como una segunda naturaleza, una suerte de naturaleza socialmente constituida al decir de Gutiérrez (1994), está en íntima relación con las estructuras sociales externas, con lo social hecho cosas, plasmado en condiciones objetivas o *campo*. La relación entre *habitus* y *campo* es, ante todo, una relación de condicionamiento: el *campo* estructura al *habitus*, que es producto de la incorporación de la necesidad inmanente de este *campo*. Pero también es una relación de conocimiento, en tanto el *habitus* contribuye a constituir el *campo* como mundo significativo, dotado de sentido y valía, donde vale la pena desplegar las propias energías. (Bourdieu y Wacquant, 1995)

Toda vez que el *habitus* enfrenta condiciones objetivas idénticas o semejantes a aquellas de las cuales es producto, está perfectamente adaptado a ellas sin necesidad de hacer ningún esfuerzo de adaptación consciente o intencional, y podemos afirmar que el efecto del *habitus* es redundante con el efecto del *campo*. De este modo, la noción de *habitus* puede

explicar el hecho de que, sin ser propiamente racionales -es decir, sin organizar sus conductas a fin de maximizar el rendimiento de los recursos de que disponen, sin calcular, sin plantear explícitamente sus objetivos, sin combinar en forma explícita los medios con lo que cuentan para alcanzarlos, en fin, sin hacer combinaciones, planes o proyectos-, los agentes sociales serán razonables -que es diferente a racionales-, no cometerán "locuras". Precisamente porque, luego de un prolongado y complejo proceso de condicionamiento, han interiorizado las oportunidades objetivas que les son ofrecidas y saben identificar el porvenir que les corresponde. (Bourdieu y Wacquant, 1995)

Además, y como nos advierten los autores, la lógica del *habitus* requiere de la complicidad del inconsciente, pues precisamente el *habitus* es el principio no elegido de todas las elecciones. Y en efecto, como esquema de percepción y de apreciación de prácticas, a través de la selección que opera entre las informaciones nuevas, el *habitus* tiende a rechazar aquellas informaciones susceptibles de cuestionar la información acumulada y, sobre todo, tiende a desfavorecer la exposición a tales informaciones. Desde esta perspectiva, podríamos pensar que el deseo o las ganas de ser madre estaría determinado en una primera instancia por las disposiciones del *habitus*. En otras palabras, desear o querer ser madre constituiría el principio "no elegido" de la elección de ser madre en el actual contexto sociocultural:

El determinismo no opera plenamente sino mediante la inconsciencia, con la complicidad del inconsciente. Para que el determinismo se ejerza sin restricciones, es preciso que las disposiciones operen libremente. Esto significa que, si los agentes han de tener alguna oportunidad de convertirse en algo así como "sujetos", ello sólo será en la medida en que dominen de manera consciente la relación que mantienen con sus propias disposiciones, optando por dejarlas "actuar" o, por el contrario, inhibiéndolas, o mejor aún, sometiéndolas y oponiendo una disposición a otra. (Bourdieu y Wacquant, 1995: 94)

Sin embargo, y como se desprende de la cita, el *habitus* no es el destino. Siendo producto de la historia, es un sistema abierto de disposiciones, enfrentado constantemente a experiencias nuevas y, en consecuencia, afectado sin cesar por ellas. Y si bien su carácter perdurable se debe a que estas experiencias no son tan nuevas o que pueden ser transitadas con las disposiciones aprendidas, es posible que tenga lugar alguna mutación. Mutación que sólo será posible en dos instancias: cuando tenga lugar una profunda transformación de las relaciones objetivas, como en alguna situación de crisis (de instituciones, modelos sociales o cualquier mecanismo social); o, cuando a través de una suerte de autosocioanálisis, las personas pueden explicitar conscientemente sus posibilidades y limitaciones, sus libertades y

necesidades contenidas en un sistema de disposiciones y, con ello, tomar distancias respecto a esas disposiciones y desarrollar otras prácticas.

Las orientaciones sugeridas por el *habitus* pueden acompañarse de cálculos estratégicos de los costos y beneficios tendientes a llevar al nivel de la conciencia aquellas operaciones que el *habitus* efectúa conforme a su propia lógica. Además, los períodos de crisis, en los cuales los ajustes rutinarios de las estructuras subjetivas y objetivas son brutalmente trastornados, constituyen una clase de circunstancias donde la elección racional puede predominar, por lo menos entre aquellos agentes que pueden, por así decirlo, darse el lujo de ser racionales. (Bourdieu y Waqquant, 1995: 91)

En resumen, esta perspectiva teórica nos permite superar los enfoques objetivistas que explicarían las prácticas sociales como determinadas por la estructura social, y los subjetivistas que, por el contrario, explicarían las acciones sociales como agregación de las acciones individuales. Ambos tipos de teorías conducen a encerronas. Las subjetivistas, porque no pueden dar cuenta de las regularidades sociales - regularidades que se producen al margen de la voluntad y la consciencia de las personas. Las objetivistas, porque al reducir al agente a mero soporte de la estructura, no pueden explicar el hecho de que personas en posiciones idénticas produzcan prácticas distintas.

De esta manera, ni las mujeres en estudio son libres en sus elecciones, ni están determinadas estructuralmente; el *habitus* es una disposición, una virtualidad, una potencialidad, que se puede reactivar en conjuntos de relaciones y dar lugar a un abanico de prácticas distintas.

Por tanto es más que probable que la elección de no ser madre lejos de responder a un único factor, sea producto de la confluencia de diferentes condicionantes que permiten desplegar disposiciones innovadoras de las que rige el *habitus*. En la presente investigación nos interesa observar si el tiempo, la energía y el espacio simbólico que demanda el desarrollo y el trabajo profesional en una organización social y laboral neoliberal y patriarcal, y el modo en que el ejercicio profesional opera en la construcción identitaria de estas mujeres, inciden en la elección de no ejercer la maternidad en simultaneidad.

En este sentido, si entendemos al tiempo, energía y espacio simbólico como recursos escasos para acometer fines antagónicos: el trabajo profesional y el trabajo maternal, la perspectiva foucaultiana (2007) nos invita a pensar que la elección entre el ejercicio profesional o el ejercicio de la maternidad en el actual contexto neoliberal podría responder al principio de racionalidad estratégica.

Específicamente el autor sostiene que quien trabaja constituye en el neoliberalismo un *homo economicus*, sólo que ya no en tanto sujeto de intercambio, como fuera en la modernidad, sino que esta vez se presenta como una persona empresaria de sí misma. En términos económicos, el trabajo no sólo constituye una fuente de ingresos, sino que también comporta un capital, una idoneidad, una aptitud, es una suerte de máquina. De este modo, pensar el trabajo como capital y como renta conduce a que el capital definido como lo que hace posible una renta futura es un capital indisociable de quien lo posee: la aptitud de trabajar, la idoneidad, el poder hacer algo, no es inseparable de quién es idóneo y puede hacer ese algo. La idoneidad que se hace carne con la persona trabajadora es el aspecto en que ésta es una máquina que producirá ingresos.

Y en tanto empresaria tendrá por fin aumentar su capital, esto es, aumentar su idoneidad, aumentar su capacidad de producir que es aumentarse asimismo. De allí que, al entender de Foucault, la persona trabajadora devenga en el neoliberalismo como empresaria, como empresaria de sí misma, que para acometer su fin se basará en el principio empresarial de la racionalidad estratégica: principio que orienta la forma en que se asignan recursos escasos a fines antagónicos. De este modo, la elección de ejercer el trabajo profesional y no así la maternidad podría leerse, en parte, como el resultado de un cálculo que tiene por finalidad aumentar su capital, su idoneidad, su desarrollo en tanto máquina productora, en tanto trabajadora profesional.

Desde otra perspectiva teórica y disciplinar, el enfoque de Ana María Fernández también nos posibilita comprender el proceso de elegir no ser madre en una cultura donde la maternidad sigue siendo el destino hegemónico femenino. La autora parte de entender a la maternidad como un mito que, junto a otros mitos construidos en la modernidad -como el de la pasividad erótica femenina y el del amor romántico-, formaría parte de un universo de significaciones imaginarias sociales que operan como organizadores de sentido de los actos humanos, estableciendo las líneas de demarcación de lo lícito y lo ilícito, lo permitido y lo prohibido, lo deseado y lo no deseado (Fernández, 1994). Pero no se trata de que los mitos estén por fuera de los sujetos produciendo efectos de influencia, sino que son constitutivos de ellos, dando lugar a cuestiones del orden de lo no-consciente, implícitas, que funcionando a nivel de las significaciones imaginarias sustentan deseos e ilusiones, y de las cuales no podríamos dar demasiadas explicaciones.

Además, estos mitos, en tanto cristalizaciones de significación que operan como organizadores de sentido en el accionar de una sociedad, son inseparables del poder. Y los

dispositivos de poder se inscriben no sólo en la organización de una sociedad y sus instituciones, sino también en la subjetividad de hombres y mujeres, modelando, a modo de tecnologías sociales, sus deseos, anhelos, miedos, temores y esperanzas. Más que a la razón, el imaginario social interpela a las emociones, voluntades y sentimientos. Permite que el poder marche provocando que lxs sujetxs de una sociedad enlacen y adecuen sus deseos al poder, hace que “los conscientes e inconscientes se pongan en fila” (Fernández, 1994: 240).

Otro de los aspectos que observa la autora refiere a que el mito de la maternidad opera por insistencia y repetición de su narrativa a través de múltiples puntos de irradiación del espacio social. Su eficacia simbólica está dada por la reticularidad y difusividad de los focos de emisión discursiva y por la repetición del contenido central del mito.

Además, el mito opera por violencia simbólica, ya que a través de su mecanismo de totalización y esencialización se apropia, invisibilizando y negando, de las diversidades de sentido que diferentes mujeres tienen en relación con la maternidad. Sin embargo, Fernández nos advierte que los procesos de violentamiento no producen sometimientos masivos. Puesto que si bien cada mujer se inscribe en cierto grado de sometimiento, producto de nuestra cultura patriarcal, también organiza consciente o inconscientemente formas de resistencia, de contraviolencia, de contrapoder.

De este modo, el hecho de que una mujer no desee, tanto consciente como inconscientemente, ser madre podría leerse como una forma de resistencia al orden social organizado a partir del mito fundante de la feminidad moderna.

Pero si avanzamos en el desarrollo teórico de la autora (2008), observamos que este no deseo podría ser algo más que una forma de resistencia. Podría entenderse como un imaginario social “no instituido” que da cuenta de la existencia de deseos que no se anudan con el poder, que desordenan las prácticas, desdisciplinan los cuerpos, deslegitiman sus instituciones y que en algún momento pueden instituir una nueva sociedad.

Desde esta perspectiva, la no maternidad junto al trabajo profesional podrían leerse como transformaciones de sentido -lo instituyente- que estarían operando con la resistencia de aquello consagrado – lo instituido- que hasta tanto no sea trastocado sigue funcionando para la sociedad contemporánea como régimen de verdad.

Las líneas teóricas aquí esbozadas se enfocan en los procesos de cambio que tienen lugar en la sociedad contemporánea. Más allá de la diversidad de las perspectivas teóricas-disciplinarias y de las dimensiones a la que aluden, todas ellas nos permiten entender a nuestras sujetas de estudio como mujeres que han rechazado los dos pilares sobre los que se ha

construido en Occidente la identidad femenina: la maternidad y su exclusión del trabajo productivo. El rechazo a esta identidad "prefijada" en términos de Giddens, así como la construcción de otras formas de ser y vivir la feminidad sólo puede comprenderse desde una concepción constructivista, procesual, contingente y relacional de la *identidad*.

### **3.4- Identidad**

Rubens Bayardo (1997) nos recuerda que a lo largo del desarrollo de la disciplina antropológica el concepto de identidad se ha ido transformado. Desde aquellos enfoques que concebían una noción de identidad que subrayaba la mismidad, la permanencia, ignorando alteridades y clivajes internos, se ha pasado a enfatizar su carácter plural, cambiante, constituido en los procesos de lucha por el reconocimiento social. Para estos nuevos enfoques antropológicos las identidades son construcciones simbólicas que involucran representaciones y clasificaciones referidas a las relaciones sociales y las prácticas, donde se juega la pertenencia y la posición relativa de personas y de grupos en su mundo. De este modo no se trata de propiedades esenciales e inmutables, sino de trazos clasificatorios auto y alteratribuidos, manipulados en función de conflictos e intereses en pugna, que marcan las fronteras de los grupos. En el mismo sentido, el antropólogo Carlos Piña (1984) sostiene que toda identidad es identidad construida frente a otra, en la relación misma; es decir en condiciones históricas, temporal y espacialmente delimitadas. La presencia de la coexistencia de la diversidad, la fortaleza de las diferencias, la aspereza y terquedad de los contrastes, no son sino la otra faz de la identidad.

De este modo, las identidades sólo pueden construirse a través de la relación con la otredad, la relación con lo que no es, con lo que justamente le falta. En otras palabras, las identidades se construyen precisamente a través de la diferencia, no al margen de ella. Para el caso de las identidades de género, será a partir de la diferencia sexual o, mejor cabría decir, del modo en que la sociedad significa las diferencias entre los órganos sexuales masculino y femenino, que tendrá lugar la construcción de las identidades femeninas y masculinas. Sin embargo, fue la teoría feminista quien visibilizó que la diferencia sexual no es una diferencia sin más, sino que a partir de ella se construyó un orden social jerárquico que, apoyado en la naturaleza- que es a su vez una construcción social (Bourdieu, 2010)- justificó y legitimó la subordinación femenina.

Al respecto, Leticia Sabsay (2005) nos advierte que el mundo de las diferencias es un universo que se organiza jerárquicamente, esto es, que la diferencia siempre connota un “valor”. Hall (2003), apoyándose en la teoría derridiana, observa que a lo largo de sus trayectorias, las identidades pueden funcionar como puntos de identificación y adhesión sólo “debido a” su capacidad de excluir, de omitir, de dejar afuera. La unidad, la homogeneidad interna que el término identidad trata como fundacional, no es una forma natural sino construida de cierre, y toda identidad nombra como su otro necesario, aunque silenciado y tácito, aquello que le “falta”. Pero lo interesante es que en esta exclusión tiene lugar el establecimiento de una jerarquía violenta entre los dos polos resultantes: hombre/mujer, blanco/negro, etc. Lo peculiar del segundo término queda reducido a la función de un accidente, en oposición al carácter esencial del primero. De modo que, las “unidades” proclamadas por las identidades se construyen dentro del “juego del poder” y la exclusión, donde la mujer es construida de manera negativa, como lo no masculino (Bourdieu, 2010).

En suma, la identidad femenina no sólo es construida en oposición a la masculina, sino también, y fundamentalmente, desde la mirada masculina. Es a partir de los valores y principios masculinos que se definen las significaciones que son socialmente válidas al interior de las identidades de género. Al respecto, Piña (1994) destaca que este conjunto de significaciones -que no signos, es decir, concebido más como procesos mediante los cuales se otorga sentido que como agregado de contenidos- otorgan a las personas que componen cada grupo social, un marco discriminador, una lógica de representación y reproducción de lo real, una estructura simbólica que delimitará el campo de lo posible, lo probable y lo predecible. De este modo, la identidad y, para nuestro caso, la identidad de género, constituye una categoría que vincula irremediamente el plano social con el personal.

De hecho, muchas son las líneas teóricas que desde diversas disciplinas colocan a la identidad en el punto de intersección entre lo social y lo individual. En este sentido, desde el campo de la Psicología, Débora Tajer (2009) observa que los mandatos sociales de género y las relaciones de poder entre varones y mujeres generan formas de desarrollo de los afectos y deseos, como así también de modelos a partir de los cuales lxs sujetxs conforman su identidad y autoestima. Y para abordar esta articulación entre lo social y lo individual, lo externo y lo interno, la autora hace uso de la categoría teórica de modo de subjetivación, en tanto refiere a la relación entre las formas de representación que cada sociedad instituye para la conformación de sujetxs aptxs para desplegarse en su interior y las maneras en las cuales cada sujetx constituye su singularidad.

A partir de esta concepción y atendiendo al carácter histórico de la producción de subjetividad, Tajer construye una clasificación de los modos de subjetivación femeninas y masculinas en función de las variaciones del sistema de relaciones de género que tuvieron lugar a partir de la modernidad en Occidente, a saber: modo de subjetivación tradicional, transicional e innovador. Es importante advertir que si bien estas modalidades constituyen lógicas históricamente ordenadas, en la realidad suelen actuar simultáneamente. Por tanto, para comprender el modo en que se construyen las identidades femeninas en la contemporaneidad es necesario atender a su historicidad.

El modo tradicional de subjetivación de género femenino refiere a la forma en que las mujeres en la modernidad estructuraron su vida en relación a los valores de la maternidad y la conyugalidad como áreas fundamentales de desarrollo vital. Mientras que el trabajo productivo, aunque experimentado por muchas mujeres, no llegó a formar parte en términos simbólicos de lo que podríamos denominar "la identidad femenina". De hecho, todos los estudios sobre trabajo que enfatizan su lugar de referencia en la construcción identitaria, tanto colectiva como personal, a la vez que espacio de autorrealización (Castel, 1997), refieren en realidad a la significación que el trabajo productivo adquiere en la constitución de tan sólo un tipo de identidades: las masculinas.

Por tanto, aunque este modelo de feminidad no fue seguido por todas las mujeres, dado que muchas necesitaron salir al mundo del trabajo productivo para complementar el sustento familiar, sí operó como una representación hegemónica con una fuerte incidencia en la conformación del ideal de las mujeres. De allí que la mujer madre, esposa, fiel, cuidadora, sentimental, buena, generosa y atenta, configuró el modelo a partir del cual estas mujeres han sido valoradas socialmente y a la vez se han medido así mismas (Tajer, 2009).

A esta construcción, Schmukler (citada por García, 1985) agrega un aspecto central para nuestra problemática de estudio: la concepción tradicional de maternidad impide el desarrollo de la madre como un ser autónomo, es decir como persona capaz de reconocer sus intereses y deseos. Sobre todo cuando éstos suponen no tener en consideración la necesidad de la otra persona o, aún peor, cuando afectan negativamente la vida de quienes la rodean. La moralidad de la madre es una moralidad relacional, construida en base a tomar en consideración los deseos de quienes están cerca suyo, dificultándose de este modo, el reconocimiento y legitimidad de las necesidades propias.

Finalmente, con ayuda del mito del amor romántico, se terminará de definir a las mujeres como "seres para otros" (Lagarde, 2001), esto es seres que aman a los otros, con la imposición de la negativa del amor propio. Que el yo, el ego, esté en el centro de la propia vida

–requisito que además y desde la perspectiva de Simone de Beauvoir (2005) deviene fundamental para ser libre- será visto como una actitud y aptitud egoísta por una moralidad patriarcal que reprueba el egoísmo en las mujeres.

Sin embargo, Martucelli (2007) nos advierte que el grado de permanencia o estabilidad de la identidad no sólo dependen de su plenitud interna, sino también de las resistencias externas. Las identidades están allí contenidas por límites que las influencias, más o menos intensamente, operan desde el exterior. Y en este sentido, vimos que a partir de mediados del siglo pasado el aumento de la posibilidad de controlar la natalidad, el acceso a la educación, la entrada masiva al mercado laboral y el ingreso al ámbito profesional configuró un modo de subjetivación específica, que Tajer denomina transicional, donde al mandato de la maternidad y la conyugalidad se le suma el laboral. Este movimiento social condujo a convertir el trabajo productivo en un espacio para la construcción de identidades personales y colectivas significativo para las mujeres, a la vez que ha tendido a debilitar la familia como referente exclusivo de la identidad femenina, aunque continúe siendo prioridad. Pues, como sostiene Fernández (1994), muchas veces “los cambios sociales operan a una vertiginosidad muy contrapuesta con la lentitud de los procesos subjetivos de sus actores” (p.250).

Por último, y continuando con la clasificación de Tajer (2009), tenemos que el actual contexto socio-histórico habilita la constitución de otro tipo de subjetividades caracterizado más por su diversidad que por un patrón posible de definir. Se trata de modos innovadores de subjetivación del género femenino, que incluyen una amplia gama de modalidades de construcción subjetiva donde la maternidad y la conyugalidad se plantean como opción, y ya no como mandato, en la construcción del proyecto de la feminidad. Mientras que la activa participación en el mundo del trabajo productivo se constituye en una condición para el auto sustento propio de este modelo, sea que la mujer viva sola, en pareja, con o sin hijxs.

Y si bien, en términos generales los valores a partir de los cuales las mujeres de este momento histórico-social basan su autoestima refieren al trabajo y a la maternidad coexistiendo codo a codo, existen muchas mujeres, fundamentalmente las más jóvenes, que posponen la maternidad como proyecto a realizar luego de haber adquirido desarrollo profesional. Finalmente, podríamos incluir aquí a nuestras sujetas de estudio, aquellas que posponen indefinidamente la maternidad o quienes ya a temprana edad no optan por ella.

Sin embargo, más allá del carácter diverso que la propia autora reconoce en estos modos innovadores de ser mujer, coincidimos con Ziccavo (2013 a) cuando advierte que el marco simbólico en el que se inscribe el par dicotómico “madre/no madre” pareciera no haberse transformado demasiado, dado que las categorías y representaciones asociadas a tener

descendencia siguen operando como una fuerte marca identitaria femenina. El uso habitual de términos como ‘mujeres sin hijxs’, marcando la ausencia de algo, o ‘no-madres’, enfatizando la negación y su existencia a partir de lo que no son, son una prueba de ello. De allí que en la presente investigación optamos por denominarlas a partir de lo que son: Mujeres, con M de Mujer (y no de madre).

Esta forma de denominarlas, esta manera de marcar su identidad, responde al hecho de que las mujeres en tanto objeto de estudio también constituyen una construcción social. Como sostiene Scott (2009) -retomando la perspectiva teórica de Riley- “las mujeres” es algo diferente en cada momento histórico y cultural. No se trata de la existencia de distintos tipos de mujeres reunidas bajo ese término, sino que la identidad colectiva significa cosas diferentes en momentos y contextos sociopolíticos también diferentes. Sin embargo, para acceder a estos significados se hizo necesario apelar a la historicidad de las identidades, en tanto la construcción de una nueva identidad femenina tiene lugar a partir de un proceso constante de distanciamiento e implicación sucesiva no sólo con los modelos sociales vigentes sino también con las estructuras identitarias precedentes.

Para caracterizar esta nueva construcción identitaria nos centramos en los rasgos comunes que presentan las mujeres en estudio: principalmente el ejercicio profesional y la elección de no ser madres en un determinado contexto socio-histórico, pero también orientación sexual, edad, clase, nacionalidad, etnia y lugar de residencia. Así mismo, también reconocemos diferencias en cuanto al tipo de profesión, la organización laboral donde se desarrollan, las relaciones sexo-afectivas que construyen, así como diferentes historias de vida, experiencias familiares, gustos, deseos, miedos, proyectos, en fin todo aquello que hace a la personalidad y a la singularidad de cada persona.

Por su parte, para analizar este proceso desde el plano social pero también desde el individual, centrándonos en los comunes aunque sin desconocer la heterogeneidad de este grupo social, nos valemos de la perspectiva teórica de Hall (2003) quien, esta vez desde la Sociología, también concebirá a la identidad a partir de la articulación entre el plano social y el plano individual. Específicamente el autor dirá que la identidad refiere al punto de encuentro, el punto de “sutura” entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan interpelarnos, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetxs sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetxs susceptibles de “decirse”. De tal modo, las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas. Refieren a las posiciones que la persona está obligada a tomar, a la vez que “sabe” que son representaciones, que la

representación siempre se construye a través de una “falta”, una división, un límite – en el sentido derrideano- desde el lugar del Otro, y por eso nunca puede ser adecuada –idéntica- a los procesos subjetivos investidos en ellas. La idea de que una sutura eficaz de la persona a una posición subjetiva requiere no sólo que aquella sea “convocada”, sino que resulte investida en la posición, significa que la sutura debe pensarse como una “articulación” y no como un proceso unilateral, de subsunción total de la persona. De este modo, resulta evidente que cada persona no es en ningún caso portadora y actora de la totalidad de la identidad cultural en la cual está inserta, sino que su individualidad refleja retazos parciales de algunas de las facetas de tal identidad.

Desde una perspectiva similar, Martucelli (2007) entiende a la identidad como la articulación de una historia personal y de una tradición social y cultural, donde tiene lugar una combinación de propiedades comunes a un grupo social, cuyas fronteras establece, y propiedades más individualizantes dentro de esas mismas combinaciones. La identidad no emerge más que de un trabajo constante de distanciamiento y de implicación sucesivas, en función de los diversos marcos de significación en los cuales la persona está ubicada.

En la misma línea, Stecher, Godoy y Díaz (2005) van a entender la identidad personal a partir del concepto de individualización: “proceso mediante el cual las personas incrementan su autonomía y asumen la tarea de construir reflexivamente su identidad y dar forma a sus biografías” (p. 87). Este proceso, nacido en la modernidad, se radicalizará en la contemporaneidad, en tanto la construcción del “sí mismx” tiene lugar en un contexto de destradicionalización. Sin embargo, esta radicalización del proceso de individualización no significa la ausencia de tradiciones u orientaciones sociales para la acción, sino más bien que éstas son cambiantes, muchas veces contradictorias y asumidas por las personas como opciones más que como obligaciones. De este modo, el valor normativo que adquieren hoy las tradiciones, provienen menos de sí mismas que de la decisión reflexiva de la personas de adscribirse a ellas.

En todo este proceso aparece un rasgo más que pertinente para nuestro objeto de estudio y que refiere al hecho de que la individualización en la actualidad supone una construcción del “sí mismx” en medio de exigencias no sólo diversas sino también contradictorias. De allí que lxs sujetxs se sientan presionadxs y conflictuadxs en tanto tienen que ser, al mismo tiempo, eficientes y productivxs en el trabajo, exitosxs ante la mirada social y auténticxs con sus sueños y aspiraciones (Stecher, Godoy y Díaz, 2005). Rasgo que, como pudimos observar en los antecedentes consultados, se agudiza en las mujeres.

Por otro lado, Bauman (2001) advierte sobre el incremento de la autonomía y la realización personal en tanto fuentes de sentido en las sociedades contemporáneas. Al respecto, Guy Bajoit, citado por Stecher, Godoy y Díaz (2005), observa que:

La plenitud personal se está convirtiendo en el valor principal, el principio último de sentido que funda la legitimidad de las conductas en todos los campos de la vida social (...) Estaríamos así pasando de un modelo cultural industrial, fundado en los principios centrales del progreso y la razón, a un modelo cultural identitario, fundado en los principios de independencia y autorrealización individuales... (p. 92)

En este sentido, nos preguntamos de qué modo la autonomía y la realización personal se inscriben en la construcción identitaria de nuestras sujetas de estudio. Fundamentalmente interesa indagar en las posibles relaciones entre estos principios y valores con las elecciones de ejercer una profesión y no ejercer la maternidad.

Y si bien en la presente investigación nos centramos fundamentalmente en la maternidad y el trabajo profesional en tanto pilares a partir del cual ir construyendo la identidad de las sujetas de estudio, atendiendo a la proliferación de opciones que al respecto nuestra sociedad habilita y el modo en que las estructuras históricas precedentes se amalgaman en dicho proceso, lo cierto es que en dicha construcción también entran en juego aquello que Zicavo denominó "demanda de ocio" (2013b). Esto es un conjunto de actividades tales como vacaciones, viajes, reuniones familiares y sociales, entretenimientos, cursos y consumos de diverso orden que muchas mujeres de este momento socio-histórico demandan para sí.

Al respecto, Martucelli (2007) observa que el capitalismo tardío multiplica la diferenciación de los productos, estructurando una gran diversidad de mercados que acentúan el número de los objetos, y de las imágenes asociadas a esos objetos. El dilema identitario sería así, aunque no solamente, una consecuencia de ese proceso de gran fragmentación semiológica de la vida social, inducido por las nuevas formas de producción posfordistas. Dentro de esos cambios se encuentra la transformación del sistema de producción y de circulación de las mercaderías, donde la inquietud identitaria no es más que el reflejo a nivel de las personas de la penetración, en sus vidas, de esos mecanismos económicos. Una producción que acentúe en gran medida la segmentación del mercado y, en consecuencia, la estimulación comercial de la proliferación identitaria.

Así, desde esta perspectiva, viajar, salir con amigas, realizar actividades artísticas y/o corporales, entre otras, no sólo son simples productos de consumo, sino que también pueden

pensarse como objetos de consumo que podrían hacer conocer la "personalidad" de su propietaria. En otras palabras, se trataría de registros textuales, quizá no primarios ni fundamentales, pero que nuestras sujetas de estudio también utilizan en la construcción de sus identidades.

Por otra parte, y aunque parezca una obviedad, es importante advertir que estas actividades requieren de tiempo y espacio. Se trata de un "tiempo y espacio propios", de trabajo pero también de ocio, que las profesionales estudiadas demandan para pensarse, sentirse y vivirse como mujeres.

Hablar de lo propio, lo íntimo, el deseo y la carrera profesional nos lleva a un terreno que históricamente ha sido negado a las mujeres. Como sostiene Harding (1998), la ciencia siempre ha formulado únicamente preguntas sobre la vida social que plantean problemas desde la perspectiva de las experiencias sociales de los hombres, cuando, en primer lugar, muchos de los fenómenos que resultan problemáticos desde la perspectiva masculina no lo son desde la femenina y, segundo, las mujeres experimentan muchos hechos que desde "su" perspectiva requieren explicación. Por otra parte, no debemos olvidar que estas experiencias y perspectivas "femeninas" también cambian. Y, más aún, que son estos cambios los que plantean nuevos problemas sociales y, en definitiva, los que hicieron posible la construcción de nuestra problemática de investigación.

En el presente capítulo observamos que la Maternidad, el Trabajo Profesional, la Elección de no ser madre y la Identidad constituyeron los conceptos específicos que nos aproximaron a la problemática de estudio. A partir de la interacción con la información empírica se fueron delineando y precisando dimensiones o categorías, al tiempo que se hizo necesario dialogar con otras disciplinas. Por otro lado, es importante remarcar que el ordenamiento y la delimitación de los conceptos y categorías que aquí se presentaron refiere exclusivamente a una cuestión analítica. Pues a lo largo de la investigación se fueron relacionando e integrando, conformando la trama argumentativa que permitió construir conocimiento sobre la incidencia del trabajo y desarrollo profesional en la decisión de no ejercer la maternidad y su relación con los procesos identitarios en mujeres profesionales de la ciudad de Rosario. Proceso que, además, necesitó del diseño de un plan o estrategia metodológica que nos permita cumplimentar con los objetivos propuestos en la investigación. Diseño que será descripto a continuación.

## Capítulo 4- Diseñando el proceso de trabajo: Consideraciones metodológicas

Coincidiendo con María Cecilia de Souza Minayo (2004), entendemos por *Investigación* a una actitud y una práctica teórica de constante búsqueda que define un proceso intrínsecamente inacabado y permanente. Se trata de una actividad de aproximación sucesiva de la realidad que nunca se agota y, que por tener una carga histórica, sufre las limitaciones y contradicciones más amplias del campo científico, de los intereses específicos de la sociedad y de las “cuestiones consagradas” en cada época histórica.

Pero además, la investigación es una práctica social permeada de poder (Spink, 1999). Como sostiene Maffia (2007), el discurso de la ciencia es un discurso de poder, se produce “verdad” desde una posición de poder. Y, en este sentido, el objetivo de todo posicionamiento epistemológico crítico al positivismo es el de incorporar precisamente dentro de ese discurso, las voces de quienes normalmente no son escuchadxs con el fin de que puedan expresarse y provocar, a través de esta participación, cambios en su situación (Boza, 2011).

Ahora bien... ¿Cuáles son los intereses específicos y las cuestiones consagradas de la sociedad y la ciencia de los que habla De Souza Minayo?, ¿cuáles son las relaciones de poder que permean a la sociedad y, por tanto, a la construcción de conocimiento científico a las que refiere Spink?, ¿cuáles son las voces no escuchadas que reclaman un lugar en el discurso como medio de transformar su lugar en el mundo, que observa Boza?

Es precisamente para dar respuestas a estos interrogantes que entran en escena la teoría e investigación feministas. Y lo harán no sólo para denunciar el carácter androcéntrico y patriarcal de la producción de conocimiento, en tanto como lo expresara exquisitamente Simone de Beauvoir: “La representación del mundo, como el mundo mismo, es operación de los hombres; ellos lo describen desde el punto de vista que les es propio, y que confunden con la verdad absoluta” (2005, p. 142), sino también, y fundamentalmente, para comprometerse académica y, por tanto, políticamente en una reconstrucción feminista de la ciencia.

A entender de Maffia (2007), hablar de una reconstrucción feminista de los saberes científicos es hablar de una reinterpretación desde la perspectiva de género y del aporte que desde ella pueda hacerse para la emancipación de las mujeres. Se trata, como observa Spink (1999), de abordajes transformativos, emancipatorios, que pretenden romper las relaciones de opresión en el que vive, al menos, la mitad de la humanidad. Pues si la finalidad de toda investigación crítica al positivismo es la de dar voz a quienes están en una situación de opresión de forma que puedan transformar dicha situación, la novedad de las investigaciones feministas es, precisamente, la de definir con claridad los cuerpos de estas voces: las mujeres

(Harding, 1998). De este modo, enmarcada en principios epistemológicos feministas, la investigación que aquí se presenta tiene un objetivo claro: estar a favor de las mujeres.

Y para realizar esta y toda investigación, se requiere del diseño de una metodología, la cual refiere, siguiendo a De Souza Minayo (2004), al camino y el instrumental propio de abordaje de la realidad, que incluye las concepciones teóricas de abordaje, el conjunto de estrategias que posibilitan la aprehensión de la realidad y también la cualidad creadora y la experiencia de quien investiga. Esto último refiere a la capacidad personal de hacer de las preocupaciones sociales, cuestiones públicas e indagaciones investigadoras de la realidad.

En este sentido, adherimos a la postura de Bloj (2002) según la cual estos problemas sociales no sólo deben ser detectados y abordados, sino también comprendidos, puesto que cambian las fisonomías y alcances de acuerdo con el sector y las personas comprendidas en ellos, están ligados a las circunstancias históricas y contextuales y se inscriben en una trama más amplia de relaciones sin la consideración de la cual pierden significado y contexto. Y, precisamente, dar “textura” y profundidad a los problemas sociales para volverlos inteligibles en su complejidad constituye uno de los aportes más valiosos de la disciplina antropológica.

Ahora bien, cómo se definen esos problemas sociales y de qué manera se les da textura y profundidad, constituyen aspectos claves en la caracterización política de toda investigación. Pues, si lo que se pretende es construir conocimiento en favor de las mujeres, es necesario entonces hacerlo *desde* ellas.

Al respecto, las epistemólogas feministas nos muestran que, por un lado, mucho de los fenómenos que resultan problemáticos desde la perspectiva masculina no lo son desde la perspectiva de las experiencias de las mujeres y, por otro, las mujeres experimentan muchos hechos que desde “su” perspectiva requieren explicación. Porque si bien, y como observa Harding (1998), el estudio de las mujeres no es nuevo, lo nuevo es que tal estudio se realice desde la perspectiva de sus propias *experiencias*, de modo que puedan entenderse a sí mismas y al mundo.

Desde este posicionamiento epistemológico, la incidencia del trabajo profesional en la decisión de muchas mujeres de no ejercer maternidades y el modo en que estos elementos se inscriben en el proceso de construcción identitaria constituyó el problema social al que intentamos dar “textura” y profundidad a partir de las experiencias vividas por las propias mujeres en el contexto sociocultural, económico y político actual.

Y para la construcción de dicha problemática, mi papel, en tanto sujeta de investigación, fue crucial. Y esto no sólo por aquella cualidad creadora de hacer de las

preocupaciones sociales cuestiones investigadoras de la realidad, que mencionara De Souza Minayo, sino también por otras razones.

En primer lugar, la elección de la temática siempre está movida por un interés personal, asociado a la dimensión de la experiencia. Es decir, hay algo del orden de lo vivido o por vivir de quien investiga que genera algún tipo de involucramiento –directo o indirecto, con mayor o menor intensidad- con la temática elegida, con las preguntas formuladas, con la problemática construida. De este modo, reconocer que quien conoce lo hace también desde y con sus experiencias, es reconocerle como una persona encarnada, sexuada y situada física, psicológica y socialmente (Bach, 2014).

Segundo, y de la mano nuevamente de las epistemologías feministas, esta inmersión experiencial brinda un conocimiento, un saber, que le diferencia de otra persona y que, por tanto, produce un conocimiento diferente. De este modo, los saberes cotidianos producto de las experiencias vividas a partir de ser mujer, profesional, feminista, blanca, de clase media y no madre, no pueden separarse del conocimiento construido a partir de ser, también, investigadora. En otras palabras, quien construye conocimiento científico, no puede dejar de lado el conocimiento cotidiano. Las dos formas de conocimientos son interdependientes y, por tanto, la objetividad incluye la subjetividad (Smith S/f; Bach, 2010).

Y si hablamos de subjetividad, también hablamos de *emociones*. Autoras como Longino, Holler, Lugones, entre otras, han destacado precisamente el papel que juegan las emociones en la producción de conocimiento (Bach, 2014). Si bien esto ya había sido formulado por otras perspectivas epistemológicas críticas al positivismo -como el construccionismo social- desde el feminismo se explicita la existencia de una “percepción amorosa” o empatía que lleva a involucrarse con quienes deseamos estudiar, constituyéndose en la única forma de conocer realmente a la persona en estudio.

Por tanto, apelar a la dimensión cognoscitiva de la experiencia de todas las actoras participantes de este proceso de construcción de conocimiento, tanto de las sujetas-objetas de estudio como de las sujetas de investigación (incluidas directora, colegas e interlocutoras), sin desconocer la importancia de las emociones en todo proceso cognitivo, constituyó uno de los principios epistemológicos que guiaron la presente investigación.

En este marco teórico metodológico es donde cobra sentido la construcción de relaciones intersubjetivas que acompañaron el proceso. Mensajes como “¡Hola!, ¿cómo estás?, ¿cómo va la tesis?”, “tengo una amiga que creo sería interesante que la entrevistes”, “sí, ya hablé con ella y se re entusiasmó con la idea, así que llámala”, “te comparto un link de la empresa que nos acaban de mandar”, “mirá esto, capaz te sirva para la tesis”, dan cuenta que

el entusiasmo, la predisposición y el interés que mostraron las sujetas de investigación constituyó una pieza clave para la construcción de conocimiento.

Por otra parte, indagar en aspectos tan íntimos como las experiencias infantiles, los deseos, las relaciones de pareja; poner en palabras experiencias dolorosas y también aquellas que nos hacían llorar, pero de risa; expresar certezas, pero también dudas y miedos; en fin, el hecho que las entrevistadas puedan y deseen relatar sus vidas a “una extraña”, con toda la implicancia subjetiva que esto conlleva, requiere inevitablemente de la construcción de relaciones de empatía. Relaciones que se dan en el *trabajo de campo*.

Al respecto cabe mencionar que la elección del trabajo de campo como aproximación metodológica privilegiada responde a la naturaleza disciplinar del proceso de construcción de conocimiento que aquí se presenta. Dado que, y como observa Bloj (2002), si un rasgo define a la investigación en Antropología es, precisamente, el enfoque etnográfico: la mirada hacia los aspectos no documentados, la atención a la diversidad social y cultural, a los significados y a las prácticas sociales.

Como se mencionó anteriormente, en toda investigación de lo que se trata es de abordar, a través de una indagación intensa, permanente, continuada y reflexiva, la realidad que se pretende estudiar, con el fin de “conocerla”. Esta porción de lo real que se desea conocer, mundo natural y social en el cual se desenvuelven los grupos humanos que lo construyen, es lo que se conoce como referente empírico o campo de investigación (Guber, 1991). Se trata de un recorte de lo real que queda circunscripto por el horizonte de las interacciones cotidianas, personales y posibles entre todas las personas que forman parte de la investigación. Así, dicho recorte no es dado, sino que es construido activamente en la relación entre quien investiga y las sujetas de investigación.

Por otro lado, lo real se compone no sólo de fenómenos observables, sino también de la significación que los actores le asignan, de allí que al investigar se accede a dos dominios diferenciales, aunque indisolubles: las acciones y prácticas, las nociones y representaciones. Además,

Lo real abarca asimismo, aún cuando entren en contradicción, prácticas, valores y normas formales: **lo que la gente hace, lo que dice que hace y lo que se supone que debe hacer**. Tanto la norma escrita como su puesta en práctica, incluso desde el distanciamiento o la transgresión directa, son parte de lo real y por lo tanto son abordados en la investigación de campo. (Guber, 1991, p.94)

Por su parte, Achilli (2002) nos advierte que en la delimitación de las personas, del lugar espacial y temporal u otro que proveerá la base documental del trabajo de investigación

se ponen en juego tanto los criterios de investigación, como también ciertas exigencias, necesidades y posibilidades de acceso al campo.

Y fue precisamente aquí donde nos topamos con el primer obstáculo: la imposibilidad de acceder a profesionales no madres mediante registros oficiales contruidos por colegios de profesionales, obras sociales, gremios o sindicatos. Este impedimento se debió al hecho de que las instituciones que nuclean a mujeres profesionales de la ciudad de Rosario no poseen información acerca de si las usuarias tienen o no tienen hijxs. Por tanto, la opción de centrarnos en una profesión específica o un ámbito de trabajo particular quedó descartada.

Ante estas limitaciones decidimos ir construyendo el referente empírico a partir de mujeres amigas y conocidas que, a su vez nos fueron presentando a otras posibles participantes. De este modo, a través de lo que suele denominarse "bola de nieve" o "avalancha" (Martín- Salamanca, 2007), pudimos acceder a personas difíciles de identificar por otras vías. A quienes, por otro lado y en coherencia con la ética de todo proceso de investigación en Antropología (Achilli, 2005), garantizamos el anonimato y la confiabilidad de la información. De allí que reservamos las identidades de las instituciones laborales donde se inscriben como así también los de las propias trabajadoras, quienes aparecerán en el presente trabajo con nombres ficticios.

Finalmente, nuestro *referente empírico* quedó conformado por doce mujeres profesionales entre 35 y 45 años de edad, que residen en la ciudad de Rosario y que han decidido no ejercer la maternidad. La elección de este período etario responde al supuesto de que a los 35 años la mayoría de las mujeres hemos reflexionado acerca de la decisión de ser o no ser madres, en tanto comienza a transitarse el último tramo de edad reproductiva (Garrido y Sacco, 2018). Mientras que el límite superior permite referirnos a un grupo de mujeres que, más allá de sus singularidades, fueron construyendo su identidad de género en un mismo contexto sociocultural. Este recorte resultó fundamental no sólo para la descripción y análisis de sus identidades en tanto mujeres profesionales no madres, sino también para la indagación del modo en que el contexto sociocultural operó como facilitador y/o obstaculizador en la decisión de no ser madres.

Transitando sus estudios secundarios en la década del 90, con anterioridad a la promulgación de la Ley Federal de Educación, estas mujeres vivieron la consolidación de los principios económicos, políticos y culturales del neoliberalismo en la Argentina. Sin embargo, y a pesar de la crisis económico-política y social que marcó el cambio de década, continuaron sus estudios superiores en la ciudad de Rosario. La mayoría en la Universidad Nacional y en la Universidad Tecnológica. Sólo una de ellas se formó en una Universidad privada de la ciudad,

mientras que dos lo hicieron en instituciones públicas de Educación Superior no universitaria. Con muy pocas excepciones, las mujeres entrevistadas pasaron a constituir la primera generación de profesionales, donde su situación laboral actual significa un progreso económico con respecto a su familia de origen.

En lo que refiere a la situación sexo-afectiva, cinco de ellas no están en relación de pareja y viven solas, mientras que las siete restantes conviven con sus parejas. Con respecto a las profesiones, nuestro referente empírico da cuenta de una gran diversidad: odontología, psicología, psiquiatría, diseño equipacional, análisis de sistema, tecnicatura química, traductorado de inglés e ingeniería -en sus ramas química, industrial y civil. Y si bien buena parte del grupo estudiado pertenece a esta última profesión (5 de las 12 entrevistadas son ingenieras), no contamos con datos cuantitativos que nos permitan establecer una conexión entre esta profesión y la decisión de no ejercer la maternidad.

Sin embargo, al avanzar en el trabajo de campo fuimos observando que mujeres con otras profesiones compartían muchos aspectos que caracterizaban el trabajo profesional ingenieril: extensas e intensas jornadas laborales, disponibilidad *full time*, puestos jerárquicos y de gran responsabilidad, desempeño en el ámbito privado, etc. Razón por la cual comenzamos a sospechar que la posible relación entre el ejercicio profesional y el no ejercicio de la maternidad se debía menos al tipo de profesión que a la modalidad y organización laboral. Esto planteó la necesidad de correr los ejes de las profesiones para enfocarnos teóricamente en la consolidación de una nueva morfología del trabajo; la cual, siguiendo la lógica de la flexibilidad toyotista refiere, entre otras cosas, a la intensificación de los ritmos, tiempos y procesos de trabajo (Castel, 1997; Garza Toledo, 2009).

Por otro lado, el referente empírico se expresa a quien investiga no sólo bajo la forma de prácticas concretas, sino también de “categorías sociales” o *emic*. Dichas categorías son designaciones que las propias personas realizan de sus acciones, “... son aquellas que se presentan de manera recurrente en el discurso o en la actuación de los habitantes locales, y que establecen distinciones entre cosas del mundo en que viven” (Rockwell, 1987, p.30). En este sentido, gran parte de las entrevistadas se refirieron a la maternidad en términos de deseo, o mejor dicho, de no deseo: “No tengo el deseo de ser madre”. ¿Qué significa no tener el deseo de ser madre? ¿Cómo se construye el deseo o el no deseo de maternidad? ¿Por qué estas mujeres no desean ser madres? ¿Qué lugar ocupa ese no deseo en su decisión de no ejercer la maternidad? Estos son algunos de los interrogantes que surgieron de los primeros encuentros en el campo y que plantearon la necesidad de indagar teóricamente acerca de la maternidad como deseo. De allí que nos propusimos desde la Antropología dialogar con algunos saberes

disciplinarios del campo de la Psicología a fin de enriquecer la comprensión de este nuevo y complejo hecho social: mujeres profesionales para quienes la maternidad constituye una opción no deseada.

En el mismo sentido, el hecho de que para las mujeres en estudio la maternidad sea "mandato social", pero no para ellas que eligen no ser madres, nos condujo a explorar teorías sociológicas que permitan dar cuenta de este hecho social. Por su parte, para comprender los significados que las mujeres estudiadas construyen sobre la maternidad y los cuidados, también fue necesario indagar en la historicidad de estas instituciones. Del mismo modo, para abordar las nuevas construcciones identitarias fue indispensable apelar a su historicidad, en tanto la construcción de una nueva identidad femenina tiene lugar a partir de un proceso constante de distanciamiento e implicación sucesiva no sólo con los modelos sociales vigentes sino también con las estructuras identitarias precedentes.

Como puede observarse, la perspectiva teórico-metodológica para la construcción y producción del presente trabajo de investigación consistió en un proceso de interacción permanente entre *teoría* y trabajo de campo. A partir de esta interacción se fueron delineando nuevos aspectos o categorías que le dieron profundidad y direccionalidad al cuerpo conceptual. Por su parte, la complejidad y la transversalidad que caracteriza a los estudios de género, incluido el que aquí se presenta, requirió dialogar con diversas disciplinas, como la Psicología, la Sociología y la Historia. Este posicionamiento es coherente con el doble propósito que, a entender de Guber (1991), tiene toda investigación antropológica: por un lado, ampliar y profundizar el conocimiento teórico, y por otro, comprender la lógica que estructura la vida social y que será la base para dar nuevo sentido a los conceptos teóricos.

De este modo, entendemos que el papel de la teoría en el proceso etnográfico trasciende el hecho de que quien investiga jamás va a al campo con las manos intelectualmente vacías. La importancia de la teoría reside en el acompañamiento de este trabajo; acompañamiento que se traduce en un desarrollo circular entre la teoría y las contradicciones y tensiones propias del trabajo de campo, hacia reconstrucciones teóricas, para luego volver nuevamente a la especificidad de la relación de trabajo de campo. Como expresa Morin:

La teoría no es el conocimiento; permite el conocimiento. Una teoría no es una llegada; es la posibilidad de una partida. Una teoría no es una solución; es la posibilidad de tratar un problema. Dicho de otro modo, una teoría sólo cumple su papel cognitivo, sólo adquiere vida, con el pleno empleo de la actividad mental del sujeto..." (1984, p. 363)

En razón de lo expuesto, advertimos sobre el papel fundamental de la teoría en el proceso de investigación, en sus diferentes niveles de abstracción. Como sostiene Achilli

(2005), desde los primeros interrogantes, las observaciones empíricas, la construcción de la problemática hasta finalmente la construcción del objeto de investigación, en fin, todo el proceso de investigación está cargado de teoría. Por su parte, y a un nivel más específico, la construcción del entramado conceptual fue una de las tareas centrales en la presente investigación. Fue a partir de la teoría y mirada antropológica que fuimos integrando, no sin conflictos, diferentes aportes teóricos y disciplinares de los Seminarios que forman parte del Plan de Estudio de la Maestría en "Poder y Sociedad desde la Problemática del Género". Tanto los del área teórico-metodológica que han cuestionado y tensionado el saber y quehacer antropológico "neutral" al género, como aquellos que han permeado con una perspectiva de género los aspectos más específicos de nuestra problemática de estudio.

Otro tipo de teoría también entra en juego en el proceso de construcción de conocimiento. Se trata de las creencias, los prejuicios y las preconcepciones que posee quien investiga acerca de la realidad que pretende estudiar. Aquello que Gouldner (1979) denominó *supuestos básicos subyacentes*, es decir, un conjunto subteórico de creencias acerca de ámbitos simbólicamente constituidos. Luego a éstos se agregan también las posibles respuestas a los interrogantes iniciales que podrían derivar en un primer esbozo de hipótesis, constituyendo, junto a los primeros, el "conjunto de supuestos". La explicitación de los mismos constituye una propuesta metodológica cuyo objetivo reside en hacerlos conscientes, de modo de trabajarlos cuidadosamente para permitir que, lejos de obstaculizar o distorsionar la mirada de quien investiga –puesto que si se va al campo con supuestos muy intensos es probable que se busque su ratificación- sirva de guía y posibilite ampliarla. En última instancia de lo que se trata es de abrir la mirada y permitir que el campo nos sorprenda.

Y es precisamente la conjunción de estos supuestos, de las prácticas teóricas y de campo lo que define, a entender de Guber, la *reflexividad* del trabajo de campo. En un sentido genérico, y al que ya en parte aludimos, se trataría de la capacidad de los actores sociales de llevar a cabo su comportamiento según sus expectativas, motivos, propósitos, es decir, en tanto sujetos de su acción. En la cotidianidad, la reflexividad indica que tanto investigadores como informantes son sujetos de una cultura. En un sentido más específico, se alude a la reflexividad desde un enfoque relacional, esto es en las decisiones que toman tanto quien investiga como informantes en el encuentro, en la situación de trabajo de campo. De este modo, la reflexividad en el trabajo de campo puede entenderse como el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad de la persona cognoscente –sentido común, teoría, modelo explicativo- y la de las personas sujetas/objetas de investigación. El conocimiento de "lo real"

está mediatizado por la reflexividad del sujeto cognoscente y de los sujetos a conocer, en la situación de encuentro en campo. De allí que el trabajo de campo sea concebido como la instancia mediadora imprescindible del conocimiento social entre quien investiga e informantes, como instancia reflexiva del conocimiento (Guber, 1991).

Y para acceder al conocimiento del mundo social nos valemos de *estrategias de campo*. Éstas lejos de constituir recetas o instrumentos neutros, son dispositivos de obtención de información cuyas cualidades, limitaciones y distorsiones han de ser controladas metodológica y teóricamente; "...las técnicas son teorías en acto..." (Guber, 1991, p. 93).

En función de nuestra problemática de estudio y de los objetivos propuestos utilizamos la estrategia metodológica que, a nuestro entender, es la más apropiada para acceder al universo de significaciones: *la entrevista no estructurada y en profundidad*. La cual, continuando con Guber (1991), refiere a una relación social que permite obtener enunciados y verbalizaciones, a la vez que constituye una instancia de observación, dado que al material discursivo se agrega la información acerca del contexto de la persona entrevistada, sobre sus características físicas, sus gestos y comportamientos. Las preguntas y las respuestas -que están atravesadas por ambas dimensiones, verbal y no verbal- no son dos bloques separados sino partes de una misma reflexión y una misma lógica, que es la de quien interroga, la de quien investiga.

Y esto se debe fundamentalmente a que cuanto digan las informantes será incorporado por la persona que investiga a su propio contexto interpretativo, siguiendo su propia lógica. En este sentido, advertimos que hay fragmentos de relatos que por su fuerza explicativa hemos utilizado en más de una ocasión y/o desatacado mediante subrayado. Por otro lado, Guber nos recuerda que "al plantear sus preguntas, el investigador establece el marco interpretativo de las respuestas, es decir, el contexto donde lo verbalizado por los informantes tendrá sentido para la investigación y el universo cognitivo del investigador" (1991, p.209). De allí que reconocemos, junto con la autora, que al ser la persona que investiga la que impone el marco del encuentro y de la relación, las temáticas a tratar y el destino de la información, la entrevista implica epistemológicamente una relación asimétrica.

¿Y qué se hace con lo que se observa y se escucha en el campo? Se registra, se documenta. Si, como observa Rockwell (1987), la etnografía es el proceso de documentar lo no documentado, la base de este proceso es el trabajo de campo y la subsecuente elaboración de los *registros de campo*. El sentido de tales registros responde menos a lograr la "objetividad" – que como ya observamos no es posible – que a asegurar la "objetivación", por escrito, de la

experiencia etnográfica, de tal forma que ésta puede someterse las veces que sea necesario a la reflexión y al análisis.

Como bien expresa Rockwell, al comienzo el *proceso de análisis* es muy poco claro. Se tienen preguntas, problemas o nociones teóricas más o menos elaboradas, que provienen de la teoría, de los supuestos y también de los *antecedentes de investigación* o estado de la cuestión. Éste último se conforma de investigaciones sobre la problemática, o íntimamente relacionadas con ella, a fin de brindar un panorama del estado de la problemática en estudio, es decir de cómo se viene abordando, con qué metodologías, a qué se ha llegado, qué aspectos están sin trabajar, etc. Al respecto pudimos advertir la inexistencia de antecedentes regionales, nacionales y locales que aborden específicamente nuestra problemática de estudio. Sin embargo, esta suerte de “vacío” lejos de desanimarnos, enriqueció el interés no sólo social sino también académico de la presente investigación.

Con todo esto volvimos nuevamente al campo, observamos, hablamos, escuchamos, registramos. Leímos los registros y nos dispusimos a pensar en ellos con los conceptos teóricos. Leímos y escribimos, re-leímos y re-escribimos, construimos cuadros, trazamos relaciones. Estos períodos de análisis se fueron intercalando con períodos de campo y de lectura teórica y períodos de elaboración conceptual y precisión de categorías. De este modo, se fueron haciendo inteligibles cada vez más aspectos desde el trabajo conceptual. Se fueron descartando esquemas iniciales y construyendo categorías que posibilitaron observar más cosas, u otras, en los materiales de campo.

Es aquí donde adquiere centralidad nuevamente la teoría. Puesto que si bien la tendencia en la etnografía es la de encontrar y conservar las categorías sociales, es siempre desde las *categorías teóricas o analíticas* que se ven y se incorporan las sociales como significativas para el análisis. Es desde el trabajo teórico que se van integrando los fragmentos analizados en concepciones cada vez más articuladas, mediante las cuales se arman nuevas tramas descriptivas y éstas a su vez exigen reestructuraciones en la conceptualización del objeto (Rockwell, 1987).

De este modo, observamos cómo la teoría no sólo acompañó al trabajo de campo, sino también al proceso de análisis.

Con todo, puede decirse que se ha hecho análisis etnográfico cuando  
se modifica sustancialmente la conceptualización inicial del objeto de estudio;  
cuando, a consecuencia de la construcción de nuevas relaciones, se puede dar  
cuenta del orden particular, local y complejo del fenómeno estudiado, cuando la

descripción final es más rica, más “densa”, que la descripción inicial. (Rockwell, 1987, p.16)

Y hacer una “descripción densa” es, a entender de Geertz (1987), hacer lo que hacen lxs antropólogxs sociales: etnografía, esto es, una descripción que desentraña las estructuras de significación.

Lo que en realidad encara el etnógrafo (...) es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son, al mismo, tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después. (Geertz, 1987, p.24)

La descripción densa es una interpretación de lo que las personas interpretan de lo que hacen, sienten y piensan. De allí que, a entender del autor, los escritos antropológicos son interpretaciones de interpretaciones, es decir, interpretaciones de segundo orden.

Sin embargo, para arribar a tal construcción es necesario reconocer que las personas con sus vivencias, o mejor dicho, con las interpretaciones que realizan de ellas, están configuradas por determinadas circunstancias históricas y contextuales. En otras palabras, para lograr la densidad de la que nos habla Geertz, es indispensable ajustar la lente, ampliar la mirada y recuperar a nuestras sujetas de estudio en tanto sujetas de determinados contextos de época (Achilli, 2005).

*De modo que la etnografía que aquí se presenta no es otra cosa que nuestra interpretación de lo que las sujetas interpretan, a partir de sus experiencias, acerca de la incidencia del trabajo profesional en sus decisiones de no ejercer maternidades, y su relación con las identidades que construyen estas mujeres profesionales, en tanto trabajadoras inscriptas en el actual contexto socio-económico de la ciudad de Rosario y zonas aledañas.*

## Capítulo 5- Ajustando la lente: Contexto socio-económico de investigación

Uno de los aspectos que caracteriza el enfoque antropológico de la investigación social es la recuperación de lxs sujetxs sociales en tanto sujetxs de determinados contextos socio-históricos (Achilli, 2005). Para nuestra problemática de estudio, esto implica poner en relación a las profesionales que eligen no ejercer la maternidad con las circunstancias socio-económicas condicionantes de la región y del momento actual. De allí que, en el presente capítulo realizaremos una breve descripción del contexto socio-económico donde se inscriben estas mujeres en tanto trabajadoras.

El proceso de reestructuración económica, originalmente gestado en países centrales, ha afectado fuertemente a los mercados de trabajo de los capitalismo periféricos, como es el caso de Latinoamérica. Con la finalidad de aminorar los costos empresariales, incrementar las ganancias para las empresas e incentivar la inversión extranjera, desde la década del 80, el mercado de trabajo y las relaciones laborales en la región se vieron afectados por la flexibilización y la precarización del trabajo. En este sentido, y a entender de Castillo Fernández, Baca Tavira y Todaro Cavallero (2016), emerge una nueva manera de interpretar la realidad laboral en América Latina, donde las desregulaciones, privatizaciones y predominio de las reglas del mercado pasaron a ser consideradas necesarias para el crecimiento y el bienestar.

No obstante, se configuró un nuevo entorno socio-laboral marcado por una creciente heterogeneidad y un notable deterioro de las condiciones de vida. Así, las formas de articulación de las economías de la región al mercado mundial y sus efectos en la estructura productiva impactaron al mercado de trabajo y acrecentaron la desigualdad social. Entre las consecuencias concretas de esta reestructuración económica se pueden citar: aumento del desempleo, creciente tercerización y formas viciadas de subcontratación, así como el deterioro de la calidad del empleo en términos de condiciones de trabajo, de remuneraciones, de estabilidad laboral y de protección social. Por otro lado, las formas atípicas de empleo, el sector informal y el trabajo independiente o pseudo-independiente, fueron desarticulando la clase trabajadora representada por el "obrero industrial" e individualizando el trabajo en detrimento de las relaciones laborales colectivas (Castillo Fernández, Baca Tavira y Todaro Cavallero, 2016).

En Argentina este programa neoliberal, iniciado con la última dictadura cívico-militar (1976-1983), se verá completado en los años 90 con el gobierno de Menem. Autores como Dabat (2012) sostienen que hacia fines del siglo, lo que antes fuera la clase obrera más

numerosa, calificada y organizada de América Latina, reduciría su tamaño en más de una tercera parte, al tiempo que más de la mitad de la población se ubicaría por debajo de la línea de pobreza. Nuestro país pasó entonces de ser una de las sociedades más igualitarias de América Latina, a una de las más desiguales.

Concretamente en Rosario y el Gran Rosario la implementación y consolidación de este modelo económico basado en privatizaciones, desregulación, apertura financiera y comercial y la transformación del sector público, provocó numerosos cierres de plantas fabriles y absorción de pequeñas y medianas empresas por otras más poderosas. La intensificación del proceso de concentración y transnacionalización de capitales derivó en que las empresas disminuyeran significativamente el número de personal, aplicaran suspensiones y redujeran salarios. De este modo, el incremento de la productividad de ciertos sectores económicos de la región – aquellos que controlaban el grueso de las exportaciones y de las actividades sustitutivas de importaciones- se logró a costa de la flexibilización y precarización laboral y el desempleo, llegando al 16.8 % hacia fines de los 90 (Guevara, 2000)

En contestación al modelo liberal y a sus trágicas consecuencias, hacia mediados de los 90 surge en la región una gran movilización social, que en Argentina culminó en el “argentinazo” del 19 y 20 diciembre de 2001 con la renuncia al gobierno de De la Rúa y con una sucesión de presidentes que evidenciaron la inestabilidad política que atravesaba el país. Tras esta crisis social, política y económica, hacia el 2003 y bajo los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner (2003-2015), comienza un nuevo proyecto político-económico centrado en dos aspectos. Por un lado, el subsidio de actividades protegidas y la reorientación de recursos hacia la recuperación de la producción industrial. Por otro, la activación del consumo, puesto que, y como afirmaba la OIT, en 32 años el poder de compra de los y las argentinas había caído un 60 % y quienes tenían empleo cumplían una jornada laboral superior a las 9 horas diarias, siendo una de las más extensas del mundo occidental (Rodríguez, 2006).

Para nuestra problemática de estudio, es fundamental destacar que el aumento significativo de la capacidad de compra, de los salarios y del empleo, así como de la economía del país –el PBI aumenta a una tasa del 8 % anual- no logró modificar la extensión de las jornadas laborales mencionadas por la OIT:

*“... estas todo el día en el consultorio y te quieres ir [...] a lo que voy es que sé que en otro momento, que en algún otro lugar del mundo, quizá yo laburando lo que laburo tendría*

*que ser multimillonaria, y acá vivo, vivo bien, no te lo voy a negar.” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p.61)*

Por el contrario, se advierte que el incremento de la productividad registrada en este periodo estuvo nuevamente asociado a una transferencia de ingresos desde el trabajo hacia el capital:

*“Y ya hace varios años que trabajo para una consultora [...] en promedio entre 10 y 11 horas de lunes a viernes y hago guardia los fines de semana [...] Estar de guardia significa que mi teléfono ese fin de semana quedo como teléfono de contacto por si surge algún tema porque las áreas productivas no cortan, son 24/7.” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p.137, el subrayado es nuestro)*

En otras palabras, el crecimiento de la productividad y de la economía se dará a costa de la intensificación de los ritmos de trabajo y extensión de las jornadas laborales. Una forma de trabajo flexible que ya estaba instalada, desde hace décadas, no sólo en el lugar de la producción sino también en la mentalidad de los y las trabajadoras.

Finalmente, hacia el 2015 la economía del país toma otro rumbo bajo el gobierno de Cambiemos. Un conjunto de medidas de ajuste caracterizaron el nuevo modelo económico de naturaleza radicalmente neoliberal: eliminación de impuestos al sector agropecuario, liberación de la restricción para la compra de divisas con una devaluación aproximada del 40 % y despidos de personal del Estado, pago a los Fondos Buitres, aumento de las tarifas de los servicios públicos mediante la quita de subsidios, desaprensiva apertura comercial y el mayor endeudamiento de la historia argentina (De Angelis y Porcari, 2016). Luego de cuatro años de aplicación sistemática de estas medidas y según datos del Indec, hacia fines del 2019 se observa una fuerte contracción de la economía argentina con una caída interanual del PIB del 2.1 %, inflación interanual de casi el 50 %, depreciación del salario del 8.4 %, índice de desocupación que roza el 9 % y niveles de pobreza e indigencia que llegan al 35.5 % y 8 % respectivamente. Del otro lado, los ganadores del sistema: los sectores dinámicos, competitivos a nivel global y superavitarios en divisas, pero que generan pocos empleos y escasos encadenamientos productivos, tales como la agricultura, finanzas y minería (Natanson, 2017). De este modo, y con una profundización del modelo económico dependiente del endeudamiento externo, las políticas de Cambiemos produjeron una gran escisión entre los sectores que se benefician con el modelo económico neoliberal – el sector agroindustrial,

servicios públicos y financiero- y los sectores menos competitivos, comerciantes y trabajadores (Farcy, 2018). Así lo corrobora, con una cuota de humor, una trabajadora de una multinacional agroindustrial de la región:

*“Yo valgo cada vez menos. Me despierto, cambió el dólar y valgo menos, bajó el costo de producción porque la mano de obra sale menos /ríe/.” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p.69)*

En síntesis, para comprender los significados que adquiere el trabajo profesional en las mujeres de estudio y, fundamentalmente, su relación con la decisión de no ejercer la maternidad y con los procesos de construcción identitaria, resulta fundamental entenderlas en tanto **trabajadoras inscriptas en un escenario de gran inestabilidad económica, precarización laboral y desempleo, donde la flexibilización laboral adquiere una intensidad como nunca antes en la historia del capitalismo.**

Este registro fue fundamental en el proceso de hablar con ellas, escucharlas y analizar su universo de interpretaciones. Proceso que desarrollaremos a continuación.

## **Capítulo 6- Escuchando, hablando, significando: Un análisis interpretativo del registro de campo**

A fin de desentrañar las estructuras de significación sobre la incidencia del trabajo profesional en la elección de no ser madre y su relación con los procesos de construcción identitaria femenina, en este capítulo tensionaremos los datos obtenidos en el trabajo de campo con el entramado teórico que fuimos tejiendo a lo largo del proceso de investigación. Para ello definimos una serie de ejes temáticos a partir de los cuales ordenar nuestras interpretaciones parciales acerca de las interpretaciones que las mujeres en estudio construyen sobre el trabajo profesional, la maternidad, su decisión de no ser madre y su identidad de género en tanto mujeres trabajadoras profesionales no madres de la ciudad de Rosario.

Es importante advertir sobre el carácter relacional de los ejes que aquí se presentan. De este modo, y en función de los objetivos específicos propuestos, esta discriminación responde sólo a una estrategia analítica que refiere a la desagregación y profundización de las diferentes dimensiones para luego visualizarlas en sus relaciones a fin de lograr una comprensión integral de nuestra problemática de estudio.

### **6.1- Representaciones sobre el trabajo profesional**

Desde los años setenta un conjunto de cambios económicos y socioculturales han socavado y modificado progresivamente instituciones, prácticas, actores y discursos sociales desde los que se configuraban las sociedades industriales o de la modernidad organizada. El acelerado proceso de globalización impulsado por la revolución tecnológica y el desarrollo de una economía capitalista informacional y global, la centralidad del mercado y el consumo como ejes de la organización de la vida social, la radicalización del proceso de individualización y el debilitamiento de los Estados para articular no sólo material sino también simbólicamente a lxs diferentes actores sociales, han conducido a la configuración de un nuevo tipo de sociedad denominada de distintos modos: modernidad tardía, modernidad líquida, sociedad red, sociedad postindustrial, etc. (Giddens, 1997; Bauman, 2003; Castells, 2001, Lechner 2002). Por su parte, las políticas neoliberales no hicieron más que profundizar la crisis del capitalismo organizado para dar paso a un capitalismo desorganizado que circula a escala internacional, donde la *flexibilización* se instituye como el paradigma de la producción y organización laboral.

La perspectiva teórica propuesta para abordar nuestro objeto de estudio parte de entender que si bien estas profundas transformaciones en la organización de la producción y las relaciones laborales afectan diferenciada y desigualmente a lxs sujetxs según sus trayectorias laborales, su formación, su pertenencia social y su género, no podemos desatender el contexto social, político, cultural y económico en el que se insertan las organizaciones laborales y lxs trabajadores.

A esta mirada integral se le suma profundidad cuando vamos más allá de las conceptualizaciones y estructuras de las instituciones y las sociedades, para dirigirnos hacia un análisis de la manera en que las trabajadoras dan sentido y otorgan *significados* en una situación particular a través de un repertorio cultural disponible. De allí que en el presente eje de análisis indagaremos acerca del lugar que ocupa el trabajo profesional en la vida de estas mujeres, su diversidad de significados y matices, a la vez que, incorporando la categoría de género como herramienta analítica que nos permite identificar las complejas articulaciones entre las relaciones de producción y las relaciones de género, comenzaremos a pesquisar sobre la manera en que los cambios en el mundo del trabajo y sus significaciones tensionan y resignifican la relación entre el ejercicio del trabajo profesional y el ejercicio de la maternidad.

### **6.1.1- Trabajo Profesional.**

Si hay algo que caracteriza a nuestro referente empírico es la diversidad profesional. Odontología, psicología, psiquiatría, diseño equipacional, análisis de sistema, traductorado de inglés e ingeniería -en sus ramas química, industrial y civil- constituyen el abanico de saberes y prácticas profesionales a partir de los cuales las sujetas de estudio se inscriben en el mercado laboral.

Las profesiones, en tanto ocupaciones que se destacan por poseer altos niveles de formación y conocimiento especializado, implican un modo particular de adquisición del saber, cierta legalidad y un reconocimiento de la capacidad necesaria para desempeñar una tarea específica dentro de un cierto campo de conocimiento. Pero para ello se necesita de una institución que asigne dicho reconocimiento legal, en tanto cumpla con los requisitos burocráticos que cada Estado exige para realizar tal actividad. (Tosi, 2014).

Sin lugar a dudas, la Universidad fue y es una de las instituciones donde se legaliza y legitima el saber y hacer profesional. En este sentido, la mayor parte de las profesionales entrevistadas son egresadas de la Universidad Nacional de Rosario y de la Universidad

Tecnológica de Rosario. Sólo una de ellas se formó en una Universidad privada de la ciudad, mientras que dos lo hicieron en instituciones públicas de Educación Superior no universitaria.

Con muy pocas excepciones, las mujeres entrevistadas pasaron a constituir la primera generación de profesionales de sus familias de origen. Y si bien no es nuestra intención describir sus trayectorias formativas, sus relatos dan cuenta del lugar central que adquirió la formación profesional en sus biografías...

*“En su momento mi objetivo era la facultad, primero una, después la otra...” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 199)*

*“Yo me acuerdo que yo estudiaba y si algún chico con el que salía me invitaba, ‘yo tengo que estudiar’, lo único que pensaba es en estudiar, yo tenía que recibirme para poder laburar...” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 62)*

*“Yo tenía en mente terminar mi carrera así que lo que durara ese período nunca se me cruzó por la cabeza tener un hijo, siempre fue terminar la carrera”. (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p.22)*

Recordemos que en Argentina la presencia femenina en las profesiones se inscribió en un complejo y conflictivo proceso de profesionalización de las mujeres que, desde sus comienzos, a principios del siglo XX, ha estado signado por obstáculos y prejuicios que dificultaron las trayectorias profesionales femeninas (Martin, Queirolo y Ramacciotti, 2019). Hubo que esperar a la década de los 60 para que la creciente feminización de la matrícula universitaria diera lugar al surgimiento de una nueva figura social: *la mujer profesional*. Un hecho sociohistórico y político que, como advierte Ana María Fernández (1994), se inscribe en las subjetividades femeninas, en tanto habla de ciertos anhelos, de un proyecto personal para sí y de un intento de procurar un lugar social para sí misma:

*“Mi profesión para mí es propia, es algo que no me lo va a sacar nadie, es como un logro personal.” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p.72)*

*“Para mí la profesión fue re importante [...] yo me fui (al exterior) para crecer” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 165)*

Finalmente, con mayores o menores obstáculos todas ellas -a excepción de Josefina que una vez obtenido el título de Traductora viajó al exterior- se han insertado en el mercado laboral local y trabajan de su profesión.

En un contexto regional y nacional caracterizado por el deterioro de la calidad del empleo en términos de condiciones de trabajo, de remuneraciones, de estabilidad laboral y de protección social, consideramos pertinente subrayar que, más allá de la heterogeneidad de modalidades y organizaciones laborales donde se inscriben, en términos generales las trabajadoras gozan de una serie de derechos, estabilidad y están conformes con la remuneración salarial que perciben por el trabajo realizado:

*“... no me puedo quejar, primero, gano el doble que cualquier persona normal, de salario promedio, de empleado de comercio, gano el doble que mi novio, me pagan todo en blanco, recibo bonos, tenemos descuento con la tarjeta, tengo una buena obra social...”*  
(Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 106)

Sin embargo, en los discursos aparecen indicios que nos invitan a profundizar en ciertos elementos que configuran el mundo del trabajo productivo actual...

*“Yo trabajo todo el día, estoy todo el día en el consultorio [...] sé que en otro lugar del mundo yo laburando lo que laburo tendría que ser millonaria, y acá vivo, vivo bien...”*  
(Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 61)

*“... vos tenes mucho más responsabilidad y otro tipo de obligaciones, justamente por tener un puesto superior, pero la realidad es que el reconocimiento económico no va acompañado.”* (Registro N° 11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 173)

Por otro lado, en algunos relatos se manifiesta otra característica propia de este momento sociohistórico y que refiere a la disponibilidad de tiempo que gran parte de las organizaciones laborales exige a sus trabajadores:

*“A mí el trabajo me lleva mucho tiempo, porque la jefatura también te insume un tiempo extra, que es que estes en tu casa y haya un inconveniente y alguien te llame”* (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p.34)

“C: *Y yo soy full time, así que tengo que estar a disposición de la empresa siempre, las 24 horas, de noche, fin de semana*’

I: *“¿Y en vacaciones?”*

C: *También, pero bueno ahí tenes que tener la capacidad de hacer una buena delegación y si no estar con el teléfono.*’ (Registro N°6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p. 69)

Es interesante advertir que esta exigencia *full time* o *full life* –como suele denominarse para referirse a la disponibilidad que los y las empleadas deben tener para con la empresa por fuera de los horarios habituales de trabajo- no es una característica de todos los tipos de trabajo, sino por lo general de los cargos jerárquicos. Por tanto, trabajar de modo *full life* podría ser entendido como un modelo de éxito en el plano laboral.

En otros casos trabajar “*full time*” refiere simplemente a la necesidad de trabajar todo el día para acceder a una remuneración digna. Así lo expresa Sara, trabajadora de una empresa multinacional:

“*Trabajo en promedio entre 10 y 11 horas de lunes a viernes y hago guardias los fines de semana [...] Estar de guardia significa que mi teléfono ese fin de semana quedó como teléfono de contacto por si surge algún tema porque las áreas productivas no cortan, son 24/7 [...] te llaman y te tenes que poner a laburar, lo puedo resolver a remoto.*” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 138)

“*A veces me siento esclavizada, esto de los fines de semana si bien es un poco más de plata a veces desearía no hacerlo más.*” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 138)

Además de la extensión de las jornadas laborales, la intensidad de los ritmos de trabajo caracteriza las actividades laborales de muchas de las entrevistadas:

“*Yo vuelvo del trabajo y vuelvo seca, vuelvo quemada. No es que yo me siento y hago mi trabajo así nomás, cumplo horas y después me vuelvo a mi casa, no. Le pongo mucha energía, mucha.*” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 102)

*“... las cosas nunca salen como estaba planeado. Y eso me desestabiliza [...] Maquino, no puedo dormir, me levanto a las 4 de la mañana y me pongo a trabajar.” (Registro N°6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p. 70)*

*“Yo hay veces que a la noche no puedo dormir porque digo: ‘oh me falta esto y hay que hacer’ [...] si yo sé que tenemos que hacer determinadas cosas o tenemos auditorías, cómo no me voy a preocupar por las auditorias.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 174)*

*“Vivimos en un campamento 14 días, trabajamos 12 horas pero por lo general nos quedamos más tiempo. Y tenemos 7 días de franco [...] Yo le dedico mucho tiempo a mi trabajo, cuando estoy de franco si tengo que dedicar tiempo, se lo dedico.” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p. 17)*

Por otro lado, el pluriempleo caracterizó las trayectorias laborales de las profesionales de la salud. Y si bien algunas de ellas actualmente optaron por centralizar su trabajo, otras llegan a trabajar hasta en cuatro o cinco organizaciones laborales diferentes:

*“Trabajo 2 millones de horas, lunes y jueves salgo de mi casa a las 7.30 de la mañana y vuelvo a las 8 de la noche. En general de corrido, algún día me cambio, si tengo un huequito en el medio, para sacarme la ropa del centro de salud y vestirme un poco más adecuada al consultorio, a veces no llego y voy derecho. Eso lunes y jueves. Los martes trabajo, martes trabajo todo el día en el hospital, de 8 a 5, así que salgo a las 5 y ahí ya tengo libre [...] Los miércoles sí, ahora es el día que menos cosas tengo, trabajo de 8 a 2, tengo toda la tarde libre. Y los viernes trabajo en el hospital a la tarde, hasta las 5 y a la mañana doy clases en la facu, doy toda la mañana clases, entonces tengo toda la mañana ocupada, tengo todo el día ocupado también. Trabajo bastante.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 116)*

Estos discursos están dando cuenta del modo en que **la flexibilización se instituye como el paradigma de la producción y organización laboral en el actual escenario neoliberal. Una nueva morfología del trabajo se consolida, la cual, siguiendo la lógica de la flexibilidad toyotista refiere, entre otras cosas y para la problemática de estudio, a la intensificación de los ritmos, tiempos y procesos de trabajo** (Castel, 1997; Garza Toledo, 2009). En este sentido, el recargo de tareas, la extensión de la jornada de trabajo y de los

lugares de trabajo (como el hogar), podrían leerse, siguiendo a Agulló (2011), como algunas de las tantas medidas de ajustes tendientes a aumentar la productividad y las ganancias para enfrentar la crisis económica de las sociedades posindustriales como la nuestra.

Por otro lado, y más allá de la diversidad de profesiones, puestos y organizaciones laborales donde se inscriben las sujetas de estudio, el trabajo constituye su sostén económico, en tanto, y como observa Blanch (1990), el empleo sigue siendo la vía privilegiada de acceso al circuito de producción-distribución-consumo de bienes y servicios necesarios para la supervivencia material. Sin embargo, y como advierte Tajer (2009), **la novedad radica en que a diferencia de otro momento sociohistórico la activa participación de las mujeres profesionales en el mundo del trabajo productivo no es una simple opción, sino que se constituye en una condición para el auto sustento propio**, sea que vivan solas o en pareja. Además, algunas de ellas ayudan económicamente a sus familias y sienten satisfacción de poder hacerlo:

*“... puedo ayudar a mi mamá, mi mamá es jubilada docente, o sea ayudo a mi vieja, mi hermana por x motivo necesita, la ayudo, me gusta tener toda esa disponibilidad...” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 61)*

Sin embargo, y como advierte Castel (1997), el trabajo aún en el actual contexto neoliberal permanece como referencia dominante no sólo económicamente, sino también psicológica, cultural y simbólicamente. De allí que en el próximo apartado dirigiremos nuestro análisis hacia la manera en que estas trabajadoras dan sentido y otorgan *significados* al trabajo profesional.

### **6.1.2- Significados del Trabajo.**

Entender al trabajo como constructor de humanidad, esto es y siguiendo a Hannah Arendt (2003), como aquella actividad a través de la cual hombres y mujeres crean el mundo, la cultura y, por tanto, su propia condición humana, es una noción que ha sido enfatizada desde las más diversas disciplinas. Así, para Freud “...ninguna otra técnica para la conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la que permite el trabajo. Al menos lo inserta en forma segura en el fragmento de la realidad, a saber la comunidad humana” (Freud, 2000, p.78). Se trata de un anclaje en la cultura, en términos de Carpintero (2005). El mismo

Marx (1990) destacó que el trabajo, si bien es una actividad orientada a un fin, también es interacción social y comunicación.

Pero el trabajo no sólo es constructor de humanidad sino también es un constructo humano y, por tanto, cultural, social, político, económico e histórico. De este modo, concebir el trabajo como un proceso sociocultural implica aludir a los símbolos y significados que las mujeres en estudio -trabajadoras profesionales que deciden no ejercer la maternidad- construyen en íntima relación con los procesos económicos, políticos y sociales más amplios que las atraviesa y donde trabajar adquiere una significación singular, histórica, que les es propia y que las diferencia de otro grupo social (Comas D'Argemir, 1996).

De allí que nos preguntamos: ¿qué lugar ocupa el trabajo profesional en la vida de estas mujeres?, ¿qué significados adquiere para ellas la experiencia de trabajar?

En tanto sujetas inscriptas en una sociedad de consumo, no es de sorprender que el trabajo, no sólo sea leído como una herramienta para satisfacer necesidades materiales, sino también para acceder a bienes y actividades del orden del placer...

*“El trabajo es la herramienta para hacer las cosas que quiero hacer [...] Como viajar, como hacer las actividades que quiero hacer porque me las tengo que pagar para poder hacerlas, o sea voy al gimnasio, voy a zumba, o si quiero ir a un encuentro (nacional de mujeres), con el trabajo me pago para poder ir al encuentro, salidas con amigas, entonces son todas actividades que las puedo llevar a cabo a través del trabajo. Entonces lo tomo como un intermediario.” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.6)*

De este modo, en las sociedades postindustriales donde el mercado y el consumo se constituyen en ejes organizadores de la vida social (Lechner, 2002), el trabajo viene a significar una suerte de **pasaporte al consumo y a la satisfacción inmediata asociada a él...**

*“Yo siento que mi trabajo además de que me gusta, me da cosas que también me gustan y me hacen feliz, porque me puedo ir de viaje, me puedo comprar lo que quiero, lo que me gusta, [...] lo cual que para hacer toda esa vida que a mí me gusta, no sé si será materialista o no, pero es también lo que me hace feliz.” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 61)*

Desde otra perspectiva, la participación femenina en el mundo del trabajo es vista como un proceso de carácter emancipador para las mujeres, en tanto asume la potencialidad de

favorecer su autonomía económica y, fundamentalmente, la construcción de relaciones laborales, familiares y sociales más equitativas (Goren, 2013). En este sentido, para las mujeres en estudio, la función económica del empleo también aparece asociada con **la autonomía financiera, ideológica y moral** (Blanch, 1990):

*“... no me gusta depender de nadie, de nadie, de nadie, ni de pareja, ni de familia, ni de madre, nadie, lo cual considero que la independencia económica hace que uno pueda tener esa libertad e independencia.” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 65)*

Además, y sólo a modo de adelanto puesto que será trabajado en el último eje de análisis, recordemos que precisamente el ingreso masivo de mujeres al mercado de trabajo condujo a convertir el trabajo productivo en un espacio para la construcción de identidades personales y colectivas significativo para las mujeres, a la vez que ha tendido a debilitar la familia como referente exclusivo de la identidad femenina. “A sus ojos el trabajo ya no está asimilado al “tripalium” de otrora, sino que representa un medio de realización, cuando no de desarrollo de la personalidad” (Badinter, 1981, p. 287). En este sentido, observamos cómo el trabajo es leído como un **espacio de sociabilización propio que posibilita la construcción de relaciones, integración social, roles y configuración de identidades personales** (Stecher, Godoy y Diaz, 2005), al margen de los lugares y roles que históricamente se les asignaron a las mujeres:

*“...no creo en la madre que se dedica 100 % a sus hijos y que no tiene su vida laboral independiente porque termina siendo su mundo porque es todo lo que hace, que es un montón, pero no tiene relación con otra gente, entonces como que se pierde mucho de uno mismo.” (Registro N°6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p. 77)*

Por otro lado, todas las entrevistadas acuerdan en que su trabajo les gusta y mucho, sin embargo la diversidad de matices aparece en lo que refiere al **lugar simbólico** que tiene en sus vidas:

*“Lamentable ocupa muuuchas horas de mi vida, porque te va llevando el ritmo de la vida misma, digamos, pero aun así trato de hacer otras cosas [...] es como que fui robándoles horas al trabajo [...] Mi papá trabaja desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde, sin parar, al rayo del sol, llueve, truene, es un trabajo que genera mucha plata pero a ese precio,*

*a ese esfuerzo. Entonces yo eso es lo que no quiero para mí.” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.6)*

*“A mí el trabajo me encanta, pero tiene una prioridad normal, digamos, no es que es todo en mi vida [...] Tiene la prioridad para hacer algo que me gusta y para vivir.” (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p.48)*

*“Y para mí es importante, es como una satisfacción haber elegido, que me guste lo que he elegido y poder dedicarme a lo que elegí que me gusta, me parece que eso es importante. Simbólicamente siento que hay un reconocimiento, siento que tengo una trayectoria, hace un lugar, es importante, sí.” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 35)*

*“Es sumamente importante. No te diría que es el único pilar de mi vida, porque no lo es, pero es sumamente importante [...] Tengo mucha vida social, salgo mucho, tengo muchos amigos, no es que sólo vivo para el trabajo, pero el tiempo que le puedo dedicar al trabajo se lo dedico.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 121)*

Mientras que para la mayoría de las profesionales el trabajo no sólo es importante, sino central en sus vidas:

*“... es de lo más importante, yo siempre digo que vivo para trabajar. No digo que esté bien, pero es como el motor que uno tiene [...] tengo una amiga que me dice: ‘no me hables más de trabajo, me tenes podrida de hablar de trabajo’ /ríe/, porque bueno, es lo que hago, me centro en eso.” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 191 y 198)*

*“Para mí el trabajo es el 90 % de mi vida.” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 60)*

*“... mi novio tiene una banda de música, y me dice ‘vos te tenes que encontrar un algo, no puede ser el trabajo lo único, así’, y a mí me gusta mi trabajo, no sé cómo explicarlo.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 103)*

*“Para mí el trabajo siempre fue lo más importante, y después todo lo otro [...] A mí el trabajo me completa [...] además mi vida está organizada en función de mi trabajo.” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p. 23)*

Esta centralidad también aparece asociada a la percepción de **utilidad social y personal** que desarrollan las profesionales a través de sus trabajos:

*“... yo cuando lo terminaba les mandaba un mail y me tenían que confirmar que el trabajo está bien hecho, o que lo ayudaba o, que era lo que quería, entonces yo siempre decía que cuando me contestaban que estaba perfecto, que le ahorra tiempo y ese tipo de cosas, como que yo los ponía en un cuadrado porque eso es lo que a mí me da como la motivación, bueno mirá pude resolverle este problema a esta persona [...] entonces esa satisfacción de sentir como que cumplo, sí, como que satisface la necesidad de información del otro lado, eso es lo que me gusta.” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 188)*

*“Yo me pregunto muchas veces esto también porque justamente le dedico mucho tiempo, qué estoy haciendo, por qué le estoy dedicando tanto a esto, y a mí me gusta lo que hago hacerlo bien, por eso me gusta seguir estudiando, y también me gusta buscar un propósito a las cosas. Fui analizando durante todos estos años por qué quiero hacer esto, por qué me meto en una industria, y en definitiva me gusta ayudar a que los procesos se hagan mejor. Una industria para una sociedad es muy importante, provee desde un servicio hasta un producto, provee puestos de trabajo, hay mucha gente entorno a una industria y un poco mueve las ciudades, a la gente, por una necesidad que surge de las personas también, y me gusta que dentro de una empresa se hagan las cosas bien, y bueno me gusta aportar a eso.” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 139)*

De este modo, a excepción de Azul y María Pía para quienes el trabajo, aunque importante, no ocupa un lugar central en sus vidas, para el resto de las mujeres entrevistadas, y en consonancia con los antecedentes consultados, **el trabajo profesional se construye como la principal fuente de sentido para la vida misma** (Blanch, 1990).

Y si bien la heterogeneidad de nuestro referente empírico da cuenta que la centralidad que adquiere el trabajo en profesionales que deciden no ser madres es más una tendencia que una regla universal, el análisis de sus discursos sí nos permite afirmar que el trabajo constituye un anclaje fundamental en nuestra cultura (Carpintero, 2005). Y esto no sólo por su función

económica, en tanto vía de acceso al circuito de producción-distribución-consumo de bienes y servicios para la supervivencia material y social; sino también porque posibilita la autorrealización y la configuración de identidades personales; estructura el tiempo y organiza los espacios sociales cotidianos; se constituye en eje vertebrador de la actividad personal; desarrolla habilidades y destrezas, como así también la percepción de utilidad personal y social; permite el acceso a estatus y prestigio social; espacio de sociabilización y producción de relaciones interpersonales; a la vez que destaca por su potencialidad para el logro de la autonomía financiera, ideológica y moral (Blanch, 1990; Stecher, Godoy y Díaz, 2005).

Pero además, y continuando con los autores, el trabajo es espacio de diferenciación entre los sexos y construcción de géneros. El género como relación de poder, pero también como elemento constitutivo de las relaciones sociales basado en las diferencias sexuales percibidas socioculturalmente (Scott, 1996), condujo a visibilizar que en el ámbito del trabajo el género ha tenido históricamente un papel central en la organización del proceso de trabajo, en la determinación de quién trabaja, en qué trabaja, cómo lo hace y qué valor social y monetario se le reconoce (Beechy, 1994; Borderías, 2008). Y para comprender estos aspectos es fundamental analizar los procesos de producción junto a los procesos sociales más amplios, pero también, y fundamentalmente, en relación a los ámbitos familiares. En este sentido, nos posicionamos en la tesis de la economía feminista, según la cual el estudio de los procesos de producción no puede realizarse al margen de los procesos de reproducción (Beechy, 1994).

### **6.1.3- El trabajo y la maternidad.**

A medida que el mercado de trabajo, profesional o no, se ha ido feminizando, en el ámbito familiar va desapareciendo el modelo “hombre proveedor de ingresos-mujer ama de casa” para dar paso a un nuevo modelo donde el hombre mantiene su rol casi intacto, pero la figura del ama de casa tradicional tiende a desaparecer. Sin embargo, esto no significa que la mujer abandone sus tareas de cuidadora y gestora del hogar, sino que de hecho asume un doble papel: el familiar y el laboral (Carrasco, 2001). Podría decirse entonces que para ingresar al mercado laboral las mujeres se cargaron dos trabajos encima.

La doble jornada laboral hace referencia a esta carga que soportan mayoritariamente las mujeres quienes, además del empleo, asumen tareas domésticas y de cuidado de manera casi exclusiva (Goren, 2013). Y es precisamente esta carga extra de trabajo la que actuará como condicionante central en las decisiones que las mujeres deberán tomar para acceder y permanecer en el mercado laboral. Así, dependiendo de las dinámicas familiares y del capital

económico, las mujeres podrán “optar” por trabajos a tiempo parcial o total, con horarios flexibles, en sus hogares y/o fuera de ellos.

*“Yo hice el traductorado porque pensaba ser madre y entonces trabajar independiente desde mi casa, entonces yo siempre decía: ‘ay el día de mañana voy a estar con la computadora y el cochecito’.” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 165)*

Numerosas investigaciones y mediciones del uso del tiempo dan cuenta de la vigencia de este acuerdo sexual con respecto al trabajo reproductivo. Pues si bien hay una tendencia a la corresponsabilidad, al menos para la mayoría de las mujeres entrevistadas los cuidados siguen recayendo exclusivamente en las mujeres:

*“Mirá yo lo veo con mi hermana, que el marido trabaja, es buena persona, los quiere, ama a sus hijos, pero mi hermana es la que levanta a los pibes, los cambia, los lleva, los trae, que al médico, que acá, que allá, que su trabajo, que si falta algo en la casa ella es la que se encarga...” (Registro N°2, Vanesa, Ingeniera industrial, 39 años, p.24)*

De allí que autoras como Esteban (2006) propongan entender la problemática de la “doble jornada” a partir del “trabajo del cuidado”. Trabajo que, además de ser una responsabilidad social absolutamente generizada, no está visibilizada ni reconocida socialmente. Esto se debería, a entender de la autora, a tres factores: a) al hecho de que sea la familia la principal institución donde se llevan a cabo, quedando asociadas estas funciones al ámbito de "lo privado"; b) a su difícil catalogación como trabajo, por el componente afectivo y elevado contenido moral, no reconociéndose como actividades que suponen tiempo y dedicación y requieren un conjunto de saberes y técnicas aprendidas a lo largo de la vida; y c) a la fuerte naturalización que sufren, de forma que se piensa que las mujeres por el hecho de serlo poseen naturalmente esos saberes y habilidades, sin verlo como consecuencia directa de una división sexual concreta del trabajo dentro de un determinado sistema de género.

Y una de las consecuencias del trabajo de cuidados que implica la maternidad es la de dejar a las mujeres en situación de **pobreza de tiempo** para dedicarse a actividades que potencien su desarrollo, participación y autonomía en otros ámbitos que no sea el doméstico, como el laboral. En este sentido es que preguntamos a las profesionales en estudio acerca de la disponibilidad temporal que tienen para ejercer ambos trabajos: el maternal y el profesional.

*“Si el pibe va al jardín a la mañana, yo me puedo acomodar para atender a la mañana y tener libre a la tarde, eso no es un problema.” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.16)*

En el campo observamos que aquellas profesionales que trabajan en promedio seis horas por día y/o lo hacen en el ámbito público donde cuentan con una serie de licencias y posibilidades de modificar horarios, sostienen que su trabajo no constituye un obstáculo en términos temporales para ejercer maternidades:

*“En este trabajo no hay un impedimento físico, digamos [...] los profesionales, en lo público, por lo menos en la Secretaría de Salud, podemos organizar los horarios [...] hay una flexibilidad horaria para manejar horarios. Además tenes artículos para esto, artículo para lo otro, que te permite participar, tenes horas al mes que te puedes pedir, te permite. Si vos lo compartis con el equipo, me parece que si hay buena onda en el equipo te permite que se organice y que pueda estar, si hay un acto, bueno ‘me tengo que ir antes’, ‘llego más tarde’ [...] Mientras que el servicio quede cubierto, lo organizamos.” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 43)*

El escenario se presenta muy diferente para quienes trabajan nueve o más horas por día, en tanto y como sostiene Eleonor Faur (2014), la extensión de las jornadas laborales de tiempo completo –característica de la mayoría de las modalidades de trabajo de las profesionales en estudio- constituye precisamente uno de los nudos críticos de conciliación de las esferas doméstica y laboral.

*“Los trabajos son siempre 9 horas, no lo veo compatible” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 192)*

Sin embargo...

*C: ‘...hay un montón de madres profesionales que laburan re bien y se dan el tiempo para cada cosa, y yo las admiro, profundamente.’*

*I: ‘¿Por qué las admiras?’*

*C: ‘Que puedan distribuirse los tiempos, yo siento que no me alcanzan los tiempos y estoy sola y no le debo a nadie nada y sin embargo siento que no me alcanza el tiempo, cómo*

*haría si tuviera un pibe, que el jardín, que la escuelita, que tenes que ir para la obra, yo la veo a mi hermana, la dedicación es full time.´.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 182)*

Actualmente la doble jornada suele denominarse doble presencia/ausencia para simbolizar el estar y no estar en ninguno de los dos lugares y, fundamentalmente, las limitaciones y dificultades que la situación comporta bajo la actual organización social. Situación que obliga a las mujeres a una práctica constante de pasar de un trabajo a otro, de unas características específicas de la actividad familiar a unos horarios y valores del trabajo asalariado, de una cultura del cuidado a una cultura del beneficio. Pasajes que exige interiorizar tensiones, tomar decisiones y hacer elecciones, que los varones no están obligados a realizar. En este sentido, la experiencia cotidiana de las mujeres es una negociación continua en los distintos ámbitos sociales: como cuidadoras responsables de las demás personas y como trabajadoras asalariadas con todas las restricciones y obligaciones que ello significa (Carrasco, 2001).

*“Y yo lo veo con una amiga que también es jefa, y yo le pregunto: ‘¿cómo haces?’ porque yo llego a mi casa con la cabeza que me explota, pero descanso y hago lo que tengo ganas y si no tengo ganas de hacer nada no hago nada. Pero ella llega a su casa y están los hijos, el marido, no sé cómo hace, yo no sé si podría [...] O sea no sé de dónde saca el ímpetu /ríe/.” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p.38)*

De este modo, para las mujeres entrevistadas la incompatibilidad que observan entre el ejercicio de la maternidad y el ejercicio profesional sólo puede ser superada mediante un arduo trabajo de gestión y organización de tiempos, espacios y actividades. Este tercer trabajo de compatibilizar ambas esferas es lo que la literatura entiende como tarea de conciliación (Faur, 2014). Tarea que además requiere de ciertas aptitudes y actitudes, de “poderes” especiales, que las sujetas de estudio admiran pero reconocen no poseer.

Por otra parte, en los últimos años comenzaron a desarrollarse investigaciones acerca de la incidencia de la doble presencia/ausencia en la salud mental. Puesto que si bien, para el grupo socioeconómico que nos interesa, las trabajadoras pueden delegar muchas de las tareas domésticas y de cuidado al sector privado -a través de contratación de empleadas domésticas, niñeras, jardines, escuelas, etc.- toda la bibliografía consultada da cuenta de la carga mental que sobrevive a esta delegación. Esto se debería a que las tareas de planificación, gestión y

administración del hogar siguen estando a cargo exclusivo de las mujeres madres y trabajadoras remuneradas:

*“Yo lo veo con mi hermana, con mis amigas [...] yo no sé si podría hacerlo, porque es mucho, es cansador, es agotador, te estresa, a veces te enferma, es desgastante, muy desgastante.” (Registro N°2, Vanesa, Ingeniera industrial, 39 años, p.25)*

Además, y como observa Tajer (2009), esta sobre-exigencia genera en las mujeres con altos logros en el plano laboral una sensación de fracaso por no poder lograr lo mejor en ambos mundos.

*“Hay chicas en mi trabajo que están en posiciones re contra altas y son madres y no pasó nada. Igual yo creo que deben tener un conflicto re grande de decir: ‘che estoy eligiendo mi carrera a compartir más tiempo con mi hijo.’” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 97)*

En este sentido, podríamos decir que la doble presencia-ausencia, lejos de armonizar las esferas del mundo productivo y reproductivo, produce en las mujeres una serie de sentimientos y sensaciones, como frustración, fracaso y hasta culpa, en tanto sienten que no cumplen con todo aquello que nuestra cultura espera de una “buena” madre, ni tampoco con los requerimientos que el mundo del trabajo productivo exige para ser una “buena” profesional (Tajer, 2009).

En resumen, para la mayoría de las mujeres entrevistadas la incompatibilidad entre el ejercicio de la maternidad y el trabajo profesional vendría dada por la imposibilidad de llevar a cabo el trabajo de organización y gestión de tiempos, espacios y actividades que implicaría la conciliación de ambos mundos.

Si ser una *superwoman* no es una opción, modificaciones en el ejercicio de su trabajo profesional podrían pensarse como una alternativa:

*“No sé dónde metería a los chicos /ríe/ No, no sé, trabajo mucho desde mi casa, pero estoy en mi casa y estoy en la computadora. Desde mi casa tengo reuniones con el resto de la gente, por skype. Con el chico no sé qué haría en este momento, no, no sé, tendría que cambiar, la facultad la tendría que terminar o decir: ‘acá hago un corte, me dedico a esto’. El*

*laburo también, los fines de semana no puedo estar de guardia, que me llamen a la madrugada, que a lo mejor me desperté por el chico, y estuve toda la noche sin dormir, y cuando logré dormir me llamaron...* (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 140)

*“Y tenes que estar con la criatura en algún momento, pero a lo mejor yo teniendo una pareja al lado que pueda compartir un montón de gastos, entonces podría trabajar menos y seguir con el mismo nivel de vida, pero no sé, no sé.”* (Registro N° 5, Ana, odontóloga, 40 años, p.61)

O directamente renunciar a él...

*“Ahora hay una que renunció porque no le permitieron hacer menos horas, y decidió renunciar a la carrera sabiendo lo que eso significa, que después no vas a entrar tan fácil al mundo laboral. Son carreras, son profesiones que para mí si te bajas del tren, es muy difícil subir de nuevo. No es que vos sos cuentapropista que te manejas tus horarios, o tenes un negocio y demás. Mi amiga tuvo que decidir bajarse porque no la dejaban trabajar menos horas, y decidió criar a sus hijos.”* (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 95)

*“... otra de las chicas que estaba trabajando, ella trabajaba en una fábrica y al ser madre bueno se le complicó y tuvo que renunciar. Porque todos los pedidos que ella hacía, de cambio de horario, no se lo deban, entonces también te llevan a tener que a veces tomar la decisión de dejar, y ahora estaba viendo de tener su emprendimiento propio.”* (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 179)

*“Tener un hijo para no verlo nunca, para qué lo tengo [...] Tendría que buscarme otro trabajo”* (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p. 71)

Sin embargo, observamos que esta posibilidad de realizar cambios en su trabajo profesional tampoco se presenta como una opción deseable. Se trata de mujeres que ejercen una profesión que les gusta y a la que le han dedicado gran cantidad de tiempo, estudio y esfuerzo, de modo que al menos en la actualidad y en un futuro cercano, no están dispuestas a renunciar ello:

*‘V: ‘Si yo llego a quedar embarazada no puedo trabajar más en obra por, por la crianza del chico. Tengo que arrancar de cero, buscarme un trabajo acá y no va a ser lo mismo, no va a ser el mismo crecimiento profesional, porque yo ya trabajé acá en un estudio, como Cadista, o lo que sea, y no es lo mismo. Aparte no es lo que descubrí que me gustaba hacer, por eso dejé de trabajar en un estudio y ahora me gustó el trabajo en la obra...’*

*I: ‘Pero de todas maneras si vos quisieras tener un hijo podrías renunciar a este trabajo’*

*V: ‘Sí, pero no. No quiero cambiar mi trabajo. Aparte todo el crecimiento que tuve no lo voy a tirar...’* (Registro N°2, Vanesa, Ingeniera industrial, 39 años, p.27-28)

Esta imposibilidad de conciliar la maternidad con el trabajo profesional que expresan la mayor parte de las entrevistadas estaría dando cuenta del carácter patriarcal de la organización laboral que predomina en la actualidad. Extensas jornadas laborales, intensificación de los ritmos de trabajo, disponibilidad *full time* y una flexibilización por parte de lxs trabajadores para adaptarse a tales requerimientos constituyen constreñimientos para alguien más: quién se encarga del trabajo doméstico. De este modo, el diseño de estos nuevos empleos exige que lxs trabajadores no tengan que dedicarse al trabajo de reproducción ni cuidar a otras personas. Por tanto, afirmamos, junto con Faur (2014), que el mundo del trabajo productivo sigue organizándose a partir de aquel orden social moderno que concebía los modos de producción y reproducción como compartimentos estancos, dicotómicos y segregados sexualmente.

*‘... el varón no se plantea si un hijo le restringe o no algo laboral porque nunca se lo restringió, tienen una mujer al lado que le va a criar al hijo, entonces si vos volves a tu casa o no volves [...] ningún hombre piensa que va a dejar de trabajar o le va a dedicar menos tiempo al trabajo porque va a tener un hijo’.* (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p. 81)

En otras palabras, el mundo del trabajo productivo continúa pensándose al margen y en tensión con la producción de la vida, a partir de un sujeto varón productor a tiempo completo que contará con una mujer ama de casa y madre, también a tiempo completo.

*‘Me parece que hay muchas cosas organizadas de algún modo, por ejemplo, las que deciden tener hijos, y la escolaridad y todo está pensado de algún modo para que la mujer no*

*trabaje, porque la jornada escolar, de 8 a 12, ¿quién puede trabajar de 8 a 12?” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p.39)*

De este modo, observamos que la incorporación de las mujeres en tanto trabajadoras asalariadas no ha logrado -aun- jaquear el modelo hegemónico laboral. Por el contrario, los antecedentes y el campo dan cuenta que son precisamente ellas quienes deberían adaptarse asumiendo la responsabilidad de conciliar ambas esferas de la vida.

*“Y la verdad que nueve horas fuera de tu casa y tener que dejar al chico en una guardería, y no le veo mucho sentido.” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 194)*

Sin embargo, desde la perspectiva de la Economía Feminista, esta problemática va muchos más allá de un asunto de “horas”, de un cambio en los tiempos de trabajo o del reparto del empleo. Dado que, en realidad y como sostiene Carrasco (2011), estos conflictos de conciliación están poniendo de relieve las tensiones, antes ocultas, generadas por la contradicción entre la acumulación del capital y la sostenibilidad de la vida. Desde este enfoque, para superar la dicotomía “trabajo reproductivo/trabajo productivo”, es necesario que nuestra sociedad ya no esté regida por la lógica del beneficio económico y los tiempos mercantiles, sino por la lógica de la sostenibilidad de la vida y los tiempos de cuidados. Una sociedad que centrada en el trabajo de cuidados pueda ir articulando los demás tiempos y espacios sociales, donde los horarios y jornadas laborales tendrían que irse adaptando a las jornadas domésticas necesarias y no al revés, como se hace actualmente. Una sociedad donde los tiempos mercantiles tendrían que flexibilizarse pero para adaptarse a las necesidades humanas, y no a los requerimientos del mercado, como observamos en la mayoría de las biografías estudiadas. Se trataría, en definitiva y siguiendo con la autora, de acabar con la organización social y los roles de mujeres y hombres heredados de la revolución industrial.

Pero además....

*“Y yo trabajo 11 horas, y además soy full time, no podría ser madre como yo pienso que debe ser.” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p. 71, el subrayado es nuestro)*

V: *‘Yo no podría tener hijos y seguir trabajando acá, tendría que renunciar, porque no podría dejar a mi hijo 14 días solo’*

I: *‘¿Y tu pareja podría ser padre (trabajan en el mismo lugar y con igual modalidad)?’*

V: *‘Sí, de hecho tiene dos hijas /ríe/.’* (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p.23)

De este modo, el trabajo de cuidados que implica la maternidad y no así la paternidad, nos conduce a pensar que la incompatibilidad de los trabajos que buena parte de las profesionales expresan no sólo se deriva de la vigencia de una organización laboral patriarcal en una sociedad regida por los principios del capitalismo, sino que también entran en juego las representaciones que las sujetas de estudio construyen sobre la maternidad.

En resumen, las trabajadoras profesionales estudiadas se inscriben en el mercado laboral de Rosario y el Gran Rosario. A pesar de la precarización laboral que caracteriza a dicho mercado, estas trabajadoras gozan de una serie de derechos laborales, estabilidad y están conformes con la remuneración salarial. El trabajo, en tanto herramienta para satisfacer necesidades materiales y acceder a bienes de consumo, no es una simple opción para ellas, sino que se constituye en una condición para el auto sustento propio, sea que vivan solas o en pareja. La función económica del empleo también apareció asociada con la autonomía financiera, ideológica y moral, evidenciándose de este modo el carácter emancipador de la participación femenina en el mundo del trabajo productivo.

Además, el trabajo es leído como un espacio de sociabilización propio que posibilita la construcción de relaciones, al tiempo que representa un medio de realización, de desarrollo de la percepción de utilidad personal y social y de configuración de identidades personales. En tanto estructurador de los tiempos y espacios cotidianos, el trabajo se constituye en eje vertebrador de la actividad personal, llegando incluso a construirse como la principal fuente de sentido para la vida misma en buena parte de las profesionales estudiadas.

En lo que refiere a la relación entre el trabajo profesional y la maternidad, observamos que la posibilidad de conciliar ambos trabajos depende de las modalidades laborales. En empleos de seis o menos horas diarias y que cuentan con una serie de licencias y posibilidades de modificar horarios, el ejercicio de la maternidad no constituiría un obstáculo en términos temporales para el trabajo profesional. El escenario se presenta muy diferente en la mayoría de los empleos que aquí se observaron, caracterizados por extensas jornadas laborales, intensificación de los ritmos de trabajo, disponibilidad *full time* y una flexibilización por parte

de los trabajadores para adaptarse a tales requerimientos, donde el ejercicio de la maternidad es incompatible con el ejercicio profesional.

Dicha incompatibilidad sólo podría ser superada mediante un arduo trabajo de gestión y organización de tiempos, espacios y actividades. Un trabajo de conciliación que requiere de ciertas aptitudes y actitudes, de "poderes" especiales, que las sujetas de estudio admiran pero reconocen no poseer. Si ser una *superwoman* no es una opción, modificaciones en sus empleos o directamente -debido a las características estructurales de los mismos- renunciar a ellos, se perfilan como alternativas. Sin embargo, observamos que tampoco son opciones deseables. Se trata de mujeres que ejercen un trabajo que les gusta, que es central en sus vidas y al que le han dedicado gran cantidad de tiempo, estudio y esfuerzo, de modo que al menos en la actualidad y en un futuro cercano, no están dispuestas a pagar un "impuesto reproductivo" tan alto. Impuesto que, por otro lado, no sólo habría que pagar por trabajar en organizaciones patriarcales donde la flexibilización se instituye como el paradigma de la producción y organización laboral, sino también por vivir en una sociedad donde los trabajos de cuidado aparecen asociados casi exclusivamente a la maternidad y no así a la paternidad. De allí que para comprender la incidencia que el desarrollo y trabajo profesional tiene en la decisión de no ejercer la maternidad, consideramos fundamental relevar los significados que las mujeres en estudio construyen acerca de la maternidad. Dimensión que abordaremos en el próximo apartado.

## **6.2- Representaciones sobre la maternidad**

*"La maternidad es, en primer lugar, traer gente al mundo, la gente tiene ganas de reproducirse, yo lo primero que pienso es en eso, es reproducirse, claro literal, de eso se trata..." (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 161)*

La maternidad ha sido y continúa siendo abordada desde diferentes disciplinas y perspectivas teóricas. Más allá de esta diversidad, la comunidad científica acuerda en que lejos de ser definida por su función biológica, la maternidad constituye una construcción sociocultural, en tanto ha sido significada de diferentes maneras en distintas culturas y momentos históricos. En este sentido, a continuación indagaremos en los significados que las mujeres de estudio asignan a una institución que no eligen, en una sociedad donde, paradójicamente y a pesar de algunas transformaciones, sigue siendo uno de los destinos

femeninos privilegiados. Más concretamente nos interesa pesquisar los posibles vínculos entre estos significados y el trabajo profesional.

### **6.2.1- La Maternidad como Trabajo de Cuidados.**

La literatura muestra que en Occidente el ordenamiento social y familiar, producto de las revoluciones francesa e industriales, ha colocado a la maternidad sobre el eje de los cuidados. En otras palabras, más allá de traer personas al mundo, como expresa Josefina, la maternidad estará definida por cómo se satisface aquello que el antropólogo Malinowski llamó "nurtura", y que refiere a todas aquellas prácticas y acciones orientadas a cuidar, querer y atender.

A diferencia de la mayoría de las sociedades no occidentales, donde el cuidado de la infancia no está a cargo únicamente de la madre, sino que es compartida entre mujeres o entre mujeres y niños, la familia o la comunidad (Hays, 1998), en la cultura occidental moderna la crianza infantil pasó a ser entendida como una tarea que quien mejor la cumpliera sería la madre, y de manera individual.

*"La madre es la que siempre tiene que estar pendiente, me parece que la mamá siempre tiene un lazo más fuerte con el hijo que, no sé por qué, no lo puede dejar, lo extraña."* (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p.23)

*"Para mí es un compromiso muy grande con otra persona, vos tenes que cuidarla, darle todo lo que necesite y tratar de enseñarle lo mejor posible para que haga su vida, darle herramientas para que crezca, y me imagino que para eso tenes que estar presente."* (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p.23)

*A: '...Sé lo que sería mi hermana de madre, excelente.'*

*I: '¿Por qué decis que sería excelente?'*

*A: 'No sé, por su personalidad, por cómo es ella, siempre atenta con todo el mundo, amorosa, dulce, nunca se enoja, es lo más. Y me imagino que si es así con todo el mundo, también con un hijo va a ser re aplicada y muy amorosa, muy paciente. '* (Registro N° 5, Ana, odontóloga, 40 años, p.62)

Resulta llamativo la vigencia de aquella forma de materner que se consolidó hace más de un siglo bajo lo que Hays (1998) denominó modelo de "maternidad intensiva" y que refiere a la actividad de crianza por parte de madres individuales de niños inocentes, centrada absolutamente en las necesidades de estos, sin precio y con métodos determinados por expertos, a la vez que implica –y como puede observarse en los discursos- una atención costosa, intensiva y altamente afectuosa.

*"Mucha responsabilidad, tener que ocuparte de una persona [...] me parece como demasiada responsabilidad."* (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 194)

Todas las entrevistadas acuerdan en que la maternidad, en tanto cuidado de otra persona, constituye una gran responsabilidad. Y en consonancia con los antecedentes consultados, dicha responsabilidad es explicada en base a lo que el conocimiento científico (médico, psicológico, pedagógico, entre otros) dice sobre lo que se necesita para vivir una niñez feliz y saludable. Así nos lo explica Ailé desde la psiquiatría:

*"Yo entiendo que la maternidad no tiene que ver con lo biológico y entiendo que tiene que ver con una decisión de acompañar, me sale acompañar pero no es acompañar, como de acompañar a otro a crecer, como de agarrarlo y acompañarlo a crecer. Y entiendo que en este agarrar al otro, Winnicott habla de que una de las funciones de la maternidad, de la madre cuando el niño es muy pequeño, es agarrarlo y que en ese agarrarlo le va dando estructura psíquica al niño, lo va armando psíquicamente porque el niño cuando nace no está delimitado, no está ordenado, es como una cosa, primero es un todo con la madre pero se va limitando a partir del agarrarlo. Bueno, yo creo que eso de agarrar al otro, en proceso y en distintos momentos, ser madre es eso, como un agarrar al otro y acompañarlo, y es mucho."* (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 122)

Sin embargo, parece no ocurrir lo mismo con la paternidad:

*"C: 'Joaquín (su pareja), porque él siempre me dice: '¿no quieres que tengamos?', pero así curtiéndome, bueno, dale, ¿quieres quedar embarazado vos? /ríe/, si quieres quedar embarazado vos, no tengo problema, yo si quieres te acompaño'. No es lo mismo la mujer que el hombre, yo pienso que si tengo que estar embarazada, 9 meses, y el otro se va a jugar el fútbol con Juanito y se va, o sea es distinto, y la mujer después que es madre tenes que estar*

*encerrada, dedicada al chiquito porque, por supuesto, le tenes que dar de comer, la atención es distinta que el hombre, yo no digo que no hay padres que acompañen y Joaquín, en ese sentido, ha sido un recontra compañero de su ex esposa, por lo que me dice, porque la ex mujer tiene re buena relación, pero no es lo mismo que la mujer, y yo siento que no estoy en condiciones de asumir una responsabilidad de ese tipo.'*

*I: '¿Y por qué pensas esto de que el varón acompaña y no puede hacer ese fifty-fifty que vos decis?'*

*C: 'Porque digamos es otro género, no es el que lo tiene en su panza, no es el que lo termina pariendo, no es el que le tiene que dar de mamar, es otra vinculación, también las madres te dicen: 'pero es la relación más genuina y amorosa que hay', puede ser, no digo que no, no sé, a lo mejor soy demasiado fría, probablemente.'*

*I: '¿O sea que vos pensas que la maternidad requiere mucho más dedicación que la paternidad?'*

*C: 'Sí, al menos mientras son chiquitos [...] Si vos quieres ser una madre correcta, porque a ver si quieres lo dejás y te vas, qué se yo.'*" (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 180)

*"A: 'Maternidad es de uno, madre hay una, sea la madre, el padre o el quiosquero, quien materna es uno, uno digo en términos de una persona, un individuo, pero yo creo que el otro es necesario, principalmente para contener al que materna, por lo menos al principio. Yo entiendo que la función del padre es el que acompaña a la madre mientras la madre materna, al principio.'*

*I: '¿O sea que no serían corresponsables los dos?'*

*A: 'Yo lo pienso en estructuración psíquica del niño, no en cuestiones legales, yo creo que al principio es la madre...'. "* (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 123)

Si bien los saberes del campo de la psicología y la psiquiatría hablan de roles y no de personas, los relatos de las mujeres estudiadas dan cuenta que hoy, como ayer, el cuidado de la niñez, al menos en los primeros años de vida, es una tarea individual que nuestra cultura prescribe a una única persona: la madre.

*"Yo me crié así, me crié sin un padre presente. Y como que para mí es más común eso, como que tu mamá es siempre la que te cría, porque es de la vieja escuela, puede haber algún que otro caso que la madre salga a trabajar y se quede el padre criando a los hijos, pero al fin*

*y al cabo es siempre la mamá la que está con los chicos. Me parece que es porque tienen ese lazo más fuerte de no poder dejarlo. Mi hermana sufre un montón cada vez que se va a trabajar, y eso que trabaja medio día, y dejarlos a los hijos.” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p.23)*

Parecería entonces que la madre cuida y el padre, cuanto mucho, acompaña. Luego, más avanzada la niñez, habría espacio para la corresponsabilidad:

*“... que después se va construyendo otra cosa cuando el niño va creciendo y después sí responsabilidades compartidas pero no con el bebé.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 123)*

Sin embargo, y como observamos anteriormente, las entrevistadas acuerdan en que tal corresponsabilidad no se ve en la realidad:

*“Todas mis otras amigas, cuyos maridos supuestamente son padres presentes, lo que hoy una sociedad pretende, que el hombre forme parte de la crianza y no sólo como dador económico, ni que tenga todo permitido como en otro momento, mis amigas laburan la misma cantidad de horas, y las que están con los niños son ellas, las que les dan de comer son ellas, las que los llevan al pediatra son ellas, las que saben si la maestra les pidió la tarea o no son ellas.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 131)*

En este sentido, coincidimos con Cipollone (2015) cuando advierte sobre la inequidad aún imperante entre los sexos que implica la desigual asignación de los cuidados que exige la infancia. Desigualdad que, como advertimos en el eje anterior, coloca a muchas de las profesionales entrevistadas en situación de inequidad con respecto a los varones en el ámbito laboral:

*“... el varón no se plantea si un hijo le restringe o no algo laboral porque nunca se lo restringió, tienen una mujer al lado que le va a criar al hijo, entonces si vos volves a tu casa o no volves, y en general cuando los chicos son chicos la necesidad la tienen siempre sobre la madre, si el tipo está, no está, es un apoyo a la madre pero no es fundamental, para mí, como el papel de la madre. Entonces ningún hombre piensa que va a dejar de trabajar o le va a*

*dedicar menos tiempo al trabajo porque va a tener un hijo*” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p.)

Además, la asociación entre maternidad y cuidado es tan directa que llegan a fusionarse. En este sentido, y en línea con algunos de los antecedentes consultados (Castañeda-Rentería, 2015), una de las entrevistadas advierte que pese a no tener hijos, realiza prácticas maternas, es decir, prácticas relacionadas con el cuidado de otras personas:

*“¿Qué es ser madre? Acompañar, cuidar, por más que tenga 40 años el otro, me parece que uno también puede tener ese rol sin ser madre, como que tenes todas las características [...] En distintos momentos, uno va cuidando a distintas personas de una manera, de preocuparte, de ocuparte, de sostener, que todo lo que hace una madre vos lo podes hacer sin ser madre, en distintos vínculos. Ser madre de tu madre, ser madre de tu hermano, ser madre de tu sobrino, podes tener ese mismo rol sin serlo.”* (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p. 51)

Pero más allá de esta concepción amorosa de los cuidados o de la maternidad, en los relatos aparecen expresiones verbales y no verbales que aluden al carácter obligatorio, repetitivo y agotador de las tareas de cuidado:

*“Cambiar pañales, darles de comer, bañarlos, todo lo que vos pienses que es cuidar a una criaturita [...] dedicarle toda esa energía...”* (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 87)

*“... todo el rol que tiene una madre en cuanto a la escuela, los quehaceres cotidianos, de llevar, de traer, a un idioma, un deporte...”* (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p. 51)

*“... lo que le pasa a muchas mujeres, están obligadas a hacer las cosas de la casa [...] con que que tiene que ir a inglés, que tiene que ir a la escuela, que tiene que ir acá...”* (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 109)

De este modo, a pesar del elevado contenido moral y afectivo del cuidado, las entrevistadas reconocen que se trata de un trabajo que requiere tiempo, dedicación y una serie de saberes y técnicas aprendidas a lo largo de la vida.

En resumen, y en coincidencia con los antecedentes consultados (Zicavo, 2013; Cipollone, 2015), pese a reconocer la existencia de diferentes formas de ejercer la maternidad, sigue prevaleciendo el modelo de maternidad intensiva. Además, la gran responsabilidad y dedicación que requiere este trabajo de cuidados *full time* y *full life* es explicada en base a lo que nuestra cultura, fundamentalmente a partir de la ciencia, establece sobre lo que se necesita para vivir una niñez feliz y saludable.

Sin embargo...

*“Si viviéramos en la aldea de los pitufos te diría: ‘ay que divino, yo tendría 17 hijitos’, y no vivimos en la aldea de los pitufos, entonces yo no entiendo como se hace la vista gorda con eso [...] O sea perdón, ¿vos tenes ganas de traer un pibe acá, a este mundo horroroso? [...] yo no pego más un ojo, ¡no dormís más!” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 161 y 163)*

El discurso de Josefina pone en cuestión las posibilidades de vivir una vida feliz y saludable en nuestra sociedad. Pero no se trata sólo de los “peligros” sociales que acecharían la vida humana, sino también, y fundamentalmente, del peligro de la vida humana para la vida del planeta:

*“Yo lo veo hasta por una cuestión de supervivencia de la raza, que digo, nos tenemos que ocupar hoy, yo ya nací, estoy viva, voy a aprovechar mi tiempo, disfruto todo, pero qué mundo les voy a dejar a los chicos que están naciendo.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 92)*

*“No me quiero imaginar cómo va a vivir un pibe dentro de 50 años, me deprime de sólo pensarlo...” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 163)*

*“Y porque hay cada vez más gente en el mundo. Es una cuestión de sustentabilidad y del daño que se le hace al planeta, está como colapsado, aunque haya gente que diga que no,*

*bueno yo soy de las que digo que sí.” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 162)*

De este modo, desde una mirada ecológica, **la maternidad en tanto reproducción de la vida humana termina significando un peligro para la reproducción de la vida del planeta.** Si bien esta representación no es compartida por la totalidad de las entrevistadas, ni tampoco aparece en los antecedentes consultados, creemos que el vínculo entre mujer, sostenibilidad de la vida y sustentabilidad del planeta constituye en la actualidad una problemática de estudio más que necesaria. Dado que esta dimensión excede claramente los objetivos de la presente investigación, sólo destacamos **el significado que adquiere la función biológica de la maternidad para algunas de las entrevistadas, para quienes el cuidado de la vida humana deviene, paradójicamente, en un des-cuido de la naturaleza.**

#### **6.2.2- La Maternidad como Renuncia.**

La responsabilidad, dedicación, entrega, tiempo y energía que requiere el trabajo de cuidados para las mujeres en estudio conduce a entender a la maternidad como una “renuncia”:

*“Ser madre implica una renuncia.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 123)*

Pero ¿renuncia a qué?, ¿a qué renuncia una mujer cuando es madre?

*“...tengo compañeras de la facultad que trabajan en YPF, en el yacimiento, que tienen dos pibes, o sea poder se puede, el tema es si decidís que lo vas a criar así y ya sos consciente que lo vas a criar así, o estas decidido a dejar tu carrera o lo que sea por otro.” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p. 72)*

De este modo, y como observamos en el eje anterior, para aquellas profesionales que tienen intensas y extensas jornadas laborales, ejercer la maternidad de manera intensiva, que es la forma en que se debería maternar o, al menos, la que ella elegirían, significaría realizar profundas **modificaciones en sus trabajos o** directamente, como expresa Clara, **renunciar** a ellos.

Sin embargo, para la mayoría de las profesionales ser madres significa renunciar a algo más...

*“A él (su pareja) no le modificó ser padre, él sigue haciendo su vida normal. Yo de ver cómo son los padres de mis compañeras de trabajo, mis compañeros que son padres, ninguno cambió su estilo de vida, yo veo que en el caso de las mujeres sí, ya no te podes juntar tanto con amigas, cambia todo.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 180)*

*‘I: ‘¿Cómo te imaginarias tu vida si tuvieras hijos?’*

*C: No sé /piensa/ Siento que sería más limitada, no puedo pensar todavía en las bondades que todo el mundo dice que tiene la maternidad [...] Me pesa todo lo que tendría que dejar de hacer [...] tiempo para mí, todo, la plata para mí /ríe/, las cosas que a uno le gusta, los tiempos de viaje, de pareja.´.” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p. 78)*

*“No quiero ni tener un gato porque quiero viajar. Tengo unas ganas de tener un gato que me muero, que estoy viendo cómo lo resuelvo, pero bueno, ¿¿te imaginas un hijo?!” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 165)*

Si bien todas las entrevistadas acuerdan con que “tener hijxs te cambia la vida”, para algunas de ellas ser madre implicaría literalmente **renunciar a su propia vida**:

*“Dejas de tener una vida para dársela a tus hijos.” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p. 72)*

Esta renuncia también es leída en términos de **pérdida de libertad**:

*“Vos tenes a alguien que va a depender de vos por muchísimos años, en términos concretos y reales. El pibito no puede cambiarse solo cuando es una cosa chiquita, después crece y lo tenes que andar corriendo porque se hace daño, qué se yo. Después es más grande aún, no te necesita 24\*7, pero hay algo de ese vínculo que va a estar para siempre y que no se rompe y que implica una dedicación a ese vínculo que te coarta tu libertad.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 123)*

*“Yo lo relaciono automáticamente con atadura [...] si yo tengo que definir a la maternidad, es algo que te ata...” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.11)*

En síntesis, para las mujeres en estudio **la maternidad significa una renuncia: para algunas al desarrollo profesional, para todas a la libertad y a una vida propia.**

Y este carácter limitante que representa la maternidad nos conduce inevitablemente a la forma en que fue concebida a mediados del siglo pasado por el feminismo de la denominada "Segunda Ola": una institución que junto con el matrimonio y la familia conforma una red de relaciones de poder que terminan colocando a la mujer en un claro lugar de subordinación, como, por ejemplo, en el ámbito laboral.

Fue precisamente Simone de Beauvoir, una de las mayores exponentes de este movimiento, quien entendió a la maternidad como una actividad alienante en tanto era prescripta como única posibilidad de realización femenina, limitándola entonces para ejercer y realizarse en otros espacios sociales que no sea el del hogar. Específicamente consideró a la capacidad reproductiva como una "incapacidad constitutiva", en tanto imposibilita a las mujeres de sustraerse a una determinación biológica que, a su vez, somete a su cuerpo y se reconfigura como imperativo cultural e incluso moral: el de ser –y ejercer como- madre (2015).

*"No creo en la madre que se dedica 100 % a sus hijos y que no tiene su vida laboral independiente porque termina siendo su mundo porque es todo lo que hace, que es un montón, pero no tiene relación con otra gente, con otra, bueno sí tiene relación con las otras madres de los amigos del hijo, pero no propia me refiero, entonces como que se pierde mucho de uno mismo."* (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p.77)

En este sentido, vuelve a llamarnos la atención el hecho de que a pesar que en la actualidad las mujeres pueden y "deben" ejercer otras funciones además de las maternas, para las profesionales en estudio la maternidad sigue siendo la institución que más sujeta a la mujer. En otras palabras, **cuando la mujer es madre se constituye en "sujeta de" la maternidad.**

*"Tengo una compañera que trabaja en Buenos Aires, que trabaja desde su casa, todos los días, porque tiene un nene chiquito [...] El otro día necesitaba preguntarle una cosa y estaba el nene con fiebre y no me podía contestar, pero bueno todos sabemos que Juli le da prioridad al nene..."* (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 195)

*"En el trabajo las que son de mi edad todas tienen hijos, entonces es como que siempre la excusa de no poder hacer una cosa o la otra pasara por ahí."* (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 38)

En resumen, si bien, como observan diferentes autoras del campo de la psicología (Fernández, 1994; Meler, 1994 y Tajer, 2009), la mujer madre y ama de casa *full time* ha dejado en la actualidad de ser el "capital femenino" que requiere nuestra sociedad y, por tanto, ha perdido fuerza en la constitución de las subjetividades femeninas, no por ello ha desaparecido su carácter alienante. Para las mujeres en estudio, y como lo expresara hace más de 70 años Simone de Beauvoir (2005), esto se debe a que la maternidad implica una renuncia a los placeres y a la vida personal. Una vida que, además y como observamos en el eje anterior, para buena parte de las entrevistadas está centrada en el trabajo profesional, de modo que ser madre implicaría también, y fundamentalmente para nuestra problemática de estudio, realizar profundas transformaciones en este ámbito, cuando no renunciar a él.

Por último, recordemos que esta perspectiva teórica antiesencialista, y más cercana a los planteos de la antropología crítica, vino a cuestionar el hecho que la potencia biológica reproductiva implicara para las mujeres una innata aptitud social maternal, al afirmar que la misma no era más que otro de los estereotipos femeninos impuestos por el sistema sexo-género (de Beauvoir, 2005). En otras palabras, no se trata de un rechazo a la maternidad, sino a la identificación de lo femenino con lo materno, expresada en el binomio "Mujer-Madre".

### **6.2.3- La Maternidad como Mandato.**

En el recorrido histórico que formó parte de la construcción teórica acerca de la maternidad, observamos que la consolidación del binomio "mujer-madre" fue resultado de profundos cambios políticos y económicos que se fueron sucediendo en el magma liberal occidental. En primer lugar, la ideología política de la Revolución Francesa condujo a la construcción de un nuevo orden político que excluyó a las mujeres de la ciudadanía en tanto las ubicó exclusivamente en el mundo privado, reino de los sentimientos, las pasiones y las necesidades. Por su parte, el desarrollo de la industrialización necesitó de un discurso moralizante tendiente a la reproducción eficiente de la mano de obra. En este sentido, aquel orden social que prescribía a las mujeres en la esfera privada y a los varones en la esfera pública sirvió también para ordenar el mundo de la producción: pues el capitalismo podía estar tranquilo, contaría con obreros y futuros obreros bien alimentados, atendidos, queridos y cuidados por sus esposas y madres.

*"Yo creo que hay muchas mujeres que son madres porque es lo que tienen que ser..."*  
(Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 124)

Ahora bien, para comprender cómo estos grandes procesos políticos y económicos se inscriben en el plano de las subjetividades femeninas, al punto que, como sostiene Ailé, una mujer "es" madre porque "debe" serlo, o, en otras palabras, para comprender cómo la institución socio-política-económica de la maternidad se instituye como esencia de la feminidad, es necesario apelar a su dimensión simbólica. Esto es, entender a la maternidad como un **mito social**, en tanto produce y reproduce un universo de significaciones imaginarias constitutivas de lo femenino que forman parte no sólo de los valores de la sociedad sino también de la subjetividad de las mujeres (Fernández, 1994).

Siguiendo a Fernández (1994), los mitos sociales forman parte de un universo de significaciones imaginarias sociales que operan como organizadores de sentido de los actos humanos estableciendo las líneas de demarcación de lo lícito y lo ilícito, lo permitido y lo prohibido, lo deseado y lo no deseado. Pero no se trata de que los mitos estén por fuera de lxs sujetxs produciendo efectos de influencia, sino que son constitutivos de ellxs, dando lugar a cuestiones del orden de lo no-consciente, implícitas, que, funcionando a nivel de las significaciones imaginarias, sustentan deseos e ilusiones, y de las cuales no podríamos dar demasiadas explicaciones:

*"El otro día fui al médico, y me pregunta: '¿Edad?', '39', le respondo; '¿cantidad de hijos?', jajajaja 'cero', le contesté; me miró."* (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p.)

De este modo, detrás de esta aparente naturalidad del accionar del médico que relata María Pía tienen lugar complejos procesos subjetivos – y a su vez sociales- que dibujan los bordes de lo posible. Lo posible de ser imaginado, actuado, pensado, deseado, en un momento histórico particular que, para la mayoría de las entrevistadas, no ha cambiado demasiado en la actualidad:

*"Yo creo que hay muchas mujeres que son madres porque es lo que tienen que ser, porque al día de hoy, si bien tenemos una sociedad que no es la de hace 50 años atrás, pero te siguen mirando raro si no sos madre."* (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 124)

*"La gente no se para a pensar si el otro quiere tener hijos o no, es como que tiene un chip en la cabeza que es que todas las mujeres van a ser madre."* (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p.74)

Por tanto, la vigencia del mandato de la maternidad ha sido manifestada por la mayoría de las entrevistadas, para quienes **la mujer no debe ser sólo madre, pero sí debe serlo.**

*“Me choca porque todo el mundo te dice ‘no, pero ya vas a ver’, ‘no, pero ya vas a querer’, ‘ya vas a cambiar’.” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p.74)*

Según Fernández (1994) el mito de la maternidad opera por insistencia y repetición de su narrativa través de múltiples puntos de irradiación del espacio social. Su eficacia simbólica está dada por la reticularidad y difusividad de los focos de emisión discursiva y por la repetición del contenido central del mito.

*“¿Todo el mundo te pregunta! Y tenes que andar explicando. Yo, depende de quién pregunte y de las energías que tenga ese día, le explico que no soy madre porque no me interesa.” (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p.50)*

Además, y siguiendo con Fernández (1994), el mito opera por violencia simbólica, ya que a través de su mecanismo de totalización y esencialización se apropia, invisibilizando y negando las diversidades de sentido que diferentes mujeres tienen en relación con la maternidad:

*“Me molesta porque tengo que andar explicando que no quiero tener hijos, entonces si digo que no quiero tener hijos es peor, porque te dicen; ‘¿Cómo no quieres tener hijos?!’, y de vuelta, viste [...] Como que me molesta que uno no lo pueda decir como una opción, o sea porque no deja de ser una opción válida.” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 197)*

Sin embargo, el hecho de que estas mujeres puedan expresar y vivir la maternidad no como mandato sino como opción, plantea algunos interrogantes acerca de la eficacia simbólica con la que opera en la sociedad actual el mito de la maternidad. Si para la mayoría de las entrevistas la maternidad constituye aun hoy un mandato social, ¿por qué no se ha hecho carne en ellas? ¿Se trata de mujeres excepcionales que desafían los mandatos sociales?

*I: ‘¿Sentiste en algún momento o sentís una suerte de presión social por ser madre?’*

*A: ‘Sé que está, no me importa.’ (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 63)*

*“Igual nunca me dejé influenciar por la sociedad, si no ya hubiese quedado embarazada hace un montón.” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p. 29)*

¿O la maternidad como mandato está perdiendo su fuerza simbólica?

*“Me da la sensación que antes la mujer no decidía, era como un mandato, la profesión era la maternidad, el desarrollo de la mujer era ser madre, y ahora la mujer tiene otros intereses, otros deseos, sin dejar de ser madre, en muchos casos.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 182)*

*“Y yo creo que en este momento estamos viendo como una transición [...] yo tengo muchas pacientes de veintipico de años que me me dicen: ‘no, porque yo no quiero ser madre’. Es como que es más común, por ponerle una palabra, hoy en día eso. Y también en charlas con madres de estas adolescentes, ‘bueno, si no es su deseo, si no lo ven’, es como que también lo consideran. Así que hoy creo que el tema mujer-maternidad está en transición. Que la realización en cuanto mujer viene por ese lado, todo eso está en cuestionamiento.” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.12)*

Si bien la mirada que tienen Carla y Azul acerca de nuestra sociedad no es la que predominó en el grupo estudiado, nos invita a pensar en la posibilidad de algunas transformaciones socioculturales que estarían habilitando nuevas formas de ser mujer que rompen con el binomio “Mujer-Madre”. Al respecto Meler (2018) observa que la elección de no ser madres por parte de mujeres de alto nivel educativo y con recursos disponibles, lejos de ser una excepción, constituye una tendencia social que, aunque incipiente, viene en ascenso en nuestro país. Los datos del Observatorio Latinoamericano de Censos de Población van en este sentido, en tanto la proporción de mujeres al final de su etapa reproductiva (40-44 años) y de nivel educativo alto que para el 2010 no tenían hijxs era del 14,6 %, un porcentaje que seguramente aumentará en el próximo censo.

Sin embargo, pensar en una u otra perspectiva sólo nos conduce a encerronas, en tanto, y como advierten Bourdieu y Waququant (1995), los enfoques subjetivistas explicarían el fenómeno social de no ejercer la maternidad como una agregación de las acciones individuales de estas mujeres, y los objetivistas, por el contrario, lo entenderían como determinado por la estructura social. De allí que, en la presente investigación nos posicionamos en un enfoque relacional entre, por un lado, el surgimiento de nuevas subjetividades femeninas que rompen

con el mandato de la maternidad, a la vez que generan cambios a nivel social, cultural y económico, y, por otro, una serie de transformaciones socio-culturales que estarían habilitando la constitución de estas nuevas subjetividades femeninas. Entendemos que desde esta perspectiva comienza a hacer sentido esta suerte de sin-sentido que observamos en el campo: para la mayoría de las profesionales estudiadas la maternidad es un mandato social, pero no para ellas, quienes eligen no ser madres.

En síntesis, la estrategia metodológica utilizada en la presente investigación nos permitió acceder al abanico de significados que las mujeres estudiadas fueron construyendo acerca de la maternidad: trabajo de cuidados *full time* y *full life*, renuncia a la libertad y al desarrollo y trabajo profesional, peligro para la sustentabilidad del planeta y mandato social. Algunos de los cuales se apoyan en el modelo de "maternidad intensiva" que prevalece entre las mujeres en estudio, pese a reconocer la existencia de diferentes formas de ejercer la maternidad.

De allí que la maternidad es asociado a un trabajo de cuidados *full time*, donde además del elevado contenido moral y afectuoso se destaca su carácter obligatorio, repetitivo y agotador. La desigual asignación de los cuidados de la infancia que implica esta concepción de maternidad, coloca a las trabajadoras en situación de inequidad con respecto a los varones en el ámbito laboral. De lo que se sigue, que para las mujeres estudiadas, la maternidad, y no así la paternidad, constituye un obstáculo para el desarrollo y trabajo profesional.

Por otro lado, la gran responsabilidad, dedicación, entrega, tiempo y energía que implica ejercer la maternidad de manera intensiva -forma en la que se debería maternar o, al menos, la que ellas elegirían- conduce a entenderla como una renuncia. Para quienes tienen intensas y extensas jornadas laborales, a su desarrollo y trabajo profesional. Para todas, a la libertad y a una vida propia. Y a pesar que en la actualidad las mujeres pueden y "deben" ejercer otras funciones además de las maternas, para las profesionales en estudio la maternidad sigue siendo la institución que más sujeta a la mujer. En otras palabras, cuando la mujer es madre se constituye en "sujeta de" la maternidad.

Finalmente, las profesionales estudiadas acuerdan en que el destino materno sigue siendo hegemónico en tanto la maternidad continúa operando como mandato social. Aunque no para ellas, quienes eligen no ser madres.

En razón de lo expuesto y atendiendo a los objetivos de la presente investigación, en el próximo apartado indagaremos de qué modo el contexto sociocultural actual opera como facilitador y/o obstaculizador en la decisión de no ser madres. Por otra parte, y retomando las

representaciones que las mujeres estudiadas construyen sobre la maternidad y el trabajo profesional, también se analizarán los condicionantes que estarían incidiendo en el proceso de decidir no ejercer la maternidad.

### **6.3- La decisión de no ser madre**

En términos generales podríamos definir a la maternidad como una serie de prácticas, acciones y sentimientos tendientes al cuidado de hijxs que adquieren significación en un contexto cultural específico atravesado, a su vez, por procesos sociales, económicos y políticos más amplios.

Los significados construidos en la modernidad tendieron a inscribir a la maternidad como destino o proyecto vital femenino, al tiempo que fundían el ser mujer con el ser madre. De allí que uno de los primeros interrogantes con que iniciamos este proceso de investigación refirió a si se "elige" no ser madre o se "renuncia" a ello. Esta pregunta nos parecía central dado que refiere al lugar que ocupa la maternidad en las biografías femeninas.

Sin embargo, a medida que avanzamos en el campo nos encontramos que los significados que las mujeres estudiadas asignaban a la maternidad distaban de los hegemónicos, aunque dicha institución siga operando como mandato sociocultural. Por tanto, aquí sostenemos que las profesionales estudiadas no renuncian a ser madres, sino que deciden no serlo.

En el presente apartado indagaremos los motivos que condujeron a tomar esta decisión a la vez que intentaremos comprender el proceso de decidir no ser madre en una cultura donde la maternidad no sólo se inscribe como mandato sino también, y fundamentalmente, como deseo...

*"Lo hemos hablado con amigas cuando ellas me dicen, porque yo sé que, leí mucho y creo que el tema del instinto /remarca/ maternal no existe, entonces ellas me dicen: 'no, pero yo tuve el deseo de ser madre', claro pero ese deseo de dónde nace. El deseo ese nace desde que nosotras somos chiquitas y a nosotras nos ponen a jugar a la mamá y al nene lo ponen con el autito. Entonces hasta qué punto es un deseo real, es muy muy difícil saber realmente."*  
(Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.9)

Sin embargo, y como se desprende del relato de Azul, en nuestra trama cultural aparecen intersticios a partir de los cuales algunas mujeres comienzan a cuestionar y a desplegar una serie de prácticas, saberes y sentimientos que desdisciplinan los cuerpos, desobedecen las normas sociales y desordenan el orden sociocultural moderno.

### **6.3.1- Cuando la maternidad no es deseada.**

A partir del entramado teórico construido en la presente investigación a fin de comprender la institución de la maternidad en la cultura occidental se observa que hacia principios del siglo pasado a la prescripción de ser madre se le suma una más: la de desear serlo (Badinter, 1981). Sin embargo...

*“Nunca me surgió el deseo de ser madre [...] no es un deseo y no tengo la necesidad puesta ahí.” (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p.49)*

*“No sé, no lo siento, no te lo puedo explicar, no siento ese deseo /remarca/ de tener un hijo” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.1)*

¿Por qué estas mujeres no desean ser madres?, ¿cómo se construye el deseo o el no deseo de maternidad?, son algunos de los interrogantes que surgieron de los primeros encuentros en el campo y que plantearon la necesidad de indagar teóricamente acerca de la maternidad como deseo. En este sentido, y muy lejos de construir un abordaje psicológico y psicoanalítico de la maternidad, es que desde la Antropología intentamos dialogar con algunos saberes disciplinares del campo de la Psicología a fin de enriquecer la comprensión de este nuevo y complejo hecho social: mujeres profesionales que no desean ser madres.

En su obra “¿Existe el amor maternal?” (1981), Elizabeth Badinter desarrolla desde una mirada crítica la teoría freudiana, según la cual la maternidad constituiría el destino, si no biológico, sí al menos saludable para cualquier mujer adulta. Específicamente el autor del inconsciente establecerá que la resolución del complejo de castración vendría dada por el advenimiento de un hijo. De este modo, el deseo que toda niña tiene de tener un pene sería suplantado en la adultez por el deseo de tener un hijo.

En este sentido, la maternidad, o mejor dicho, el deseo de maternidad, aparece como requisito *sine quo non* de la feminidad normal, léase sana. Esta premisa junto a otros postulados que refieren a la pasividad erótica de las mujeres y los modos en que se expresan en

sus subjetividades el masoquismo y el narcisismo, constituirán un corpus teórico que contribuirá fuertemente a la legitimación de aquel binomio Mujer=Madre construido en la modernidad.

Sin embargo, esta teoría no es una teoría sin más. Y esto no sólo por la importancia que tiene la psicología y el psicoanálisis en la comprensión de los fenómenos sociales, sino además, y como observa Badinter (1981), por la masiva difusión que durante la posguerra tuvo la teoría freudiana en la población occidental, fundamentalmente en Estados Unidos y Francia, de modo que ninguna mujer que gozara de buen juicio podía pensarse sin hijos.

*“Nunca me imagine con hijos” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p.62)*

*“... nunca ‘cuando me case y tenga hijos’, ni de chica proyectaba, consciente o inconscientemente, es como que nunca me hacía casada con hijos, llevando adelante una casa y viviendo esa experiencia con las criaturitas.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 90)*

*“...tener un bebé en mi panza ya es algo que yo no concibo, que crezca la panza, ir a controles, todo eso ya psíquicamente mi cabeza no lo estaría tolerando...” (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p. 49)*

Sin embargo, la existencia de estos discursos “femeninos” planteó la necesidad de una revisión de los postulados psicoanalistas tradicionales. De allí que, y como observa Tajer (2013), ya hace un tiempo que los estudios de género comenzaron a dialogar con el psicoanálisis a fin de sacar a la feminidad del campo anatómico para darles un estatus de construcción social. Esto ha llevado a serias reformulaciones de las concepciones psicoanalíticas, entre ellas la revisión de la idea de la constitución del deseo de hijo como modalidad privilegiada de constitución de la adultez normal en una mujer. Como sostiene Graciela Reid (2012), la construcción del deseo de hijo es mucho más complejo que como lo describiera Freud hace más de un siglo, puesto que no solo contiene los aspectos edípicos de la historia personal y los procesos identificatorios con las figuras parentales, sino que también incluye las identificaciones de género y los objetivos narcisistas en base a lo que cada cultura en cada momento histórico identifica como valioso. De modo que desde el propio psicoanálisis se concibe que lo que hace que una mujer se vea como madre no se agota en las

identificaciones con su propia madre o en el lugar que ocupe en la estructura edípica, sino que también entran en juego fuerzas sociales que operan en la subjetividad de las mujeres.

*“Me parece que tiene que ver con construcciones más personales del camino de cada uno, insisto sumado a la cuestión social, que yo creo que hay, esto a ver empírico completamente, mis amigas, mis pacientes mujeres donde aparece el deseo de encajar en una sociedad entonces tienen hijos por eso, por el deseo de encajar, hay un deseo pero no sé si de ser madre, tener un hijo, sino de encajar en la sociedad.”(Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 124)*

Concretamente nos referimos al mito social de la maternidad, cuya fuerza simbólica radica en inscribirse fuertemente en los valores de la sociedad y, por tanto, en las construcciones identitarias femeninas (Fernández, 1994).

En el apartado anterior observamos que una de las maneras con que opera este mito es a través de la violencia simbólica, ya que a través de su mecanismo de totalización y esencialización se apropia, invisibilizando y negando, de las diversidades de sentido que diferentes mujeres tienen en relación con la maternidad. Sin embargo, la diversidad de significados que nuestras sujetas de estudio construyen sobre la maternidad estaría dando cuenta, como advierte Fernández, que los procesos de violentamiento no producen sometimientos masivos. Puesto que si bien cada mujer se inscribe en cierto grado de sometimiento, producto de nuestra cultura patriarcal, también organiza consciente o inconscientemente formas de resistencia, de contraviolencia, de contrapoder:

*“Nunca tuve ese sentimiento o esa necesidad de demostrar que ser mujer es ser madre o que un hijo te completa tu vida. A mí el trabajo me gusta, me completa, y yo con mis sobrinos no necesito un hijo.”(Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera, 39 años, p. 23)*

De este modo, el hecho de que una mujer no desee ser madre podría leerse como una forma de resistencia al orden social organizado a partir del mito fundante de la feminidad moderna.

Pero si avanzamos en el desarrollo teórico de la autora (2008), observamos que este no deseo podría ser algo más que una forma de resistencia. Podría entenderse como un imaginario social “no instituido” que da cuenta de la existencia de deseos que no se anudan con el poder,

que desordenan las prácticas, desdisciplinan los cuerpos, deslegitiman sus instituciones y que en algún momento pueden instituir una nueva sociedad.

*“... de chica yo me acuerdo de haberle dicho a mi mamá: ‘mamá yo no tengo el instinto maternal’, mi mamá me decía: ‘no hija, ya se te va a despertar, eso en algún momento aparece’. Porque yo miraba y decía: ‘no quiero esto para mí’, pero no sabía ni de dónde venía, y después, ah bueno, capaz por esto a mí me pasaba, o empezar a pensar, bueno la vida tiene un montón de otros colores, por qué tengo que ir por acá nada más.” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.16, el subrayado es nuestro)*

*“El tema del debate por la legalización del aborto, con el lema de la maternidad será deseado o no será [...] y también lo de Pino, el tema de hablar del goce, y después sale Pecker a hablar con ese libro, es como que todo llevó a chicas que no estaban en contacto con el feminismo, con nada, a decir: ‘y qué es esto del goce, está bueno, no está bueno, qué me pasa a mí, qué me gusta, qué no me gusta’, y es como que se llegó a hablar de esas cosas. Si la ESI realmente se implementaría yo creo que se generarían más cambios aun... ” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.12)*

Desde esta perspectiva, la no maternidad podría leerse como una transformación de sentido -lo instituyente- que estaría operando con la resistencia de aquello consagrado – lo instituido-. Sin embargo, y como advierte Fernández (2004), hasta que este sentido no sea trastocado sigue funcionando para la sociedad contemporánea como régimen de verdad. Quizá por ello nuestras sujetas de estudio entiendan que a pesar de algunos cambios culturales que comienzan a tener lugar en nuestra sociedad, el destino materno sigue siendo hegemónico en tanto la maternidad continúa operando como mandato social.

### **6.3.2- De los motivos de la no maternidad.**

Según los antecedentes consultados la decisión de tener hijxs, lejos de responder a una única causal, viene dada por una serie de condicionantes que actúan diferencialmente en el proceso de elegir no ejercer la maternidad. Proceso que, además, cada mujer experimenta de manera singular.

Uno de los elementos que está presente en algunas biografías refiere a **vivencias familiares experimentadas en la infancia** (Ávila González, 2005):

*“Si te soy sincera puede tener que ver con el mal ambiente que viví en mi casa, mi papá y mi mamá se peleaban muchísimo [...] La realidad es que ellos estuvieron casados muchos años sin hijos y me imagino que eso fue desgastando la relación, y bueno mi papá se fue de mi casa muchas veces [...] Entonces bueno, me imagino que eso también debe tener que ver, pero la realidad que yo no me siento responsable para criar un chico, no me sentía antes, no me siento ahora.”(Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 193)*

*“Y creo que inconscientemente la situación de mi hermanito más chico que es una enfermedad que hay una en un millón [...] creo que eso también influyó bastante [...] creo que en el fondo, inconscientemente, si tuviera un hijo me daría miedo que tenga cualquier enfermedad, que no nazca sano, no lo podría tolerar, sinceramente no lo podría tolerar...” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p.88)*

*“Tengo una de mis hermanas que es bipolar, la segunda, y se reniega muchísimo, y a lo mejor algo de eso hay [...] Y yo he dicho: ‘si llego a tener un hijo así’, no sé a lo mejor internamente algo me hace pensar que si yo llego a tener un hijo así me muero, entonces directamente prefiero cerrar la persiana.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 178)*

*“... desde muy chiquita tuve ese sentido de más que hermana, maternal si quieres, de cuidado, de que no le pasa nada, de ser responsable desde muy chiquita de una personita, de una criaturita [...] Cuando mi mamá no pudo pagar más empezamos nosotros a hacer las tareas de la casa [...] Pero eso sumado a que mi papá se juntó con una, con su señora, y tuvo dos nenes más. En el primer embarazo, a ella le hacen lo del tajo y por 3 meses no se podía ni sentar. Entonces durante los primeros meses cuando yo iba a la casa de mi viejo, lo cuidaba a mi hermanito, lo ayudaba a levantarlo, porque ella no se podía ni levantar pobre. Entonces es como que yo desde muy chiquita tenía las responsabilidades de mi casa, ya había sido responsable de mi hermanito, y después estaban estos bebés que había que cuidarlos, y yo sé cambiar pañales, darles de comer, bañarlos, todo lo que vos pienses de lo que vos pienses que es cuidar a una criaturita, no es lo mismo que ser madre, no digo eso, pero yo ya lo aprendí desde que tenía 13, 14 años [...] Entonces es como muchos años de que yo ya viví de chiquita responsabilidades que tenían los adultos [...] Yo creo que eso fue moldeando mi necesidad de ser madre, que hoy en día tengo una postura sobre lo mismo con otros condicionantes, pero yo creo que esa experiencia de tan chica, el ser responsable de una casa, del día a día, de*

*cuidar de otra persona y demás no sé, como que yo siento que ya lo viví.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 88-89)*

De este modo, para algunas de las mujeres en estudio relaciones conflictivas familiares, separaciones de sus padres, enfermedades de hermanxs, como así también la obligación de desempeñar tempranamente las labores maternas de cuidado y atención a sus hermanxs constituyeron experiencias tempranas que las fueron alejando de la maternidad como proyecto de vida.

Otro de los elementos que suele estar presente a la hora de decidir ser o no ser madre tiene que ver con la **situación sexo-afectiva**. Al respecto, Castañeda- Rentería (2015) observa que según el discurso científico, entre las condiciones económicas y emocionales requeridas para ejercer una buena maternidad se encontraría la de contar con una pareja adecuada para ser el padre de sus hijxs. Sin embargo, en el campo pudimos observar que la pareja adquiere otro sentido: no se trata sólo de una condición para el buen ejercicio de la maternidad, sino que es parte intrínseca de la misma, en tanto la maternidad para algunas de las mujeres estudiadas es leída como proyecto de pareja y familia:

*“Nunca me pensé como madre. Por qué, no sé. Probablemente porque nunca, o sea con la pareja que tuve nunca llegó a una instancia de pensarlo [...] Para mí tiene que ver con que no encontré con quien, porque yo si pensara la maternidad tendría que ser con otro, el deseo de ser madre por ser madre, por no sé qué, no. Si fuera como un proyecto con otro, a lo mejor lo hubiera podido pensar, no sé, me da esa sensación.” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 36)*

*“Yo no podría pensarme madre sin una pareja, o sin otro, pero yo no sería madre soltera, nunca. Porque no tengo yo un deseo de maternidad en sí mismo, entonces si en algún momento querría tener un hijo sería pensando con otro, en estar acompañada, ponele una familia, con las características que quieras, pero no sé, madre soltera, yo tengo amigas ´me haría una inseminación porque´, ¡perfecto! yo no lo haría [...] Cuando digo deseo no digo el deseo de ser madre solamente, sino el deseo de ser madre, de tener una familia, de compartir con otro, deseo no de una sola cosa.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 123-124)*

Sin embargo, y en coincidencia con los antecedentes consultados (Zicavo, 2013b), vivir una relación sexo-afectiva estable no parece ser determinante, dado que la mitad de las mujeres estudiadas están en pareja y, algunas, desde hace años. De hecho la decisión de no tener hijos es una de los aspectos que comparten con sus compañeros y para muchas fue condición fundamental para la constitución de la pareja:

*“Yo la primera cita le dije: ‘te va a parecer desubicado lo que te voy a decir pero yo no tengo interés ni en casarme ni en tener hijos’, imagínate con los ojos así /abre los ojos/, pero bueno se lo largué de entrada.” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 195)*

*“Cuando empezamos a salir siempre le dije: ‘mirá que yo no tengo la decisión de la maternidad o sea no tengo la decisión de ser madre, o sea que si tu deseo es volver a ser papá [...] perfecto, pero vamos a tener que hacer caminos distintos.’” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 177)*

Por otro lado, y como observamos anteriormente, el significado que algunas de las mujeres entrevistadas asignan a la reproducción de la especie humana, en tanto daño al planeta, hace de la **sustentabilidad de la vida** un aspecto que estaría incidiendo en la decisión de no tener hijos:

*“Y también empecé a preocuparme por el medio ambiente, lo veo como una especie de conciencia ecológica, de tratar de colaborar y cada vez hacer más que la casita esta aguante porque nos va a matar a todos, qué huella dejamos, qué estamos haciendo, cómo estamos colaborando, cómo estamos impactando desde el punto de vista si quieres, desde una visión ingenieril, desde los recursos que requiere una nueva vida, todo lo que se necesita y hasta te diría que por momentos pienso que como vivo yo tiene que haber un montón de gente pobre, eso a mí me, no voy a resignar mis cosas, no voy a irme a vivir al medio de la montaña tampoco, no llegué todavía a ese nivel, pero es como que me choca ‘che, trabajamos y para pagar deudas, y para comprarte cosas’ y un montón de gente pobre que tiene que existir para vos comprarte esto (señala el individual) barato. También es cuestionamiento al sistema capitalista, entonces para mí es como una mezcla de cosas.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 93-94)*

*“Yo estoy sumamente comprometida con el medioambiente. Entonces yo he decidido no ser madre porque creo que somos una plaga horrorosa para el planeta y lo mejor que puedo hacer es no traerle más seres humanos al mundo [...] Es una cuestión de sustentabilidad y del daño que se le hace al planeta, está como colapsado [...] Entonces digo si no manejo, dejé de comer un montón de carne y decidí no reproducirme, estoy haciendo bastante ya...” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 153-162)*

En el campo también nos encontramos con que el **mantenimiento de la libertad y autonomía** constituye un elemento de peso en el proceso de decidir no ejercer la maternidad. Así lo explicitan dos de las profesionales estudiadas:

*“A: ‘...por como soy de querer disponer de mi tiempo, de que como a las 12, hago esto a tal hora, voy al gimnasio a tal hora, y de repente una personita que no te pidió venir, vos la trajiste, te descoordina todo eso, si yo no quiero eso para mí [...] No tengo ganas de ese tiempo que me tocaría a mí, cederlo.’*

*I: ‘¿Ceder tu tiempo?’*

*A: ‘Ese es el tema.’” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.10 y 12)*

*“No soy madre porque no sé si estoy dispuesta a renunciar a mi libertad por un hijo. Y entiendo que un hijo implica renunciar, más que otras cosas, a la libertad [...] Libertad de decidir por mí lo que quiero hacer cuando quiero hacerlo.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 122)*

Por otra parte, también vimos que para las mujeres en estudio la maternidad constituye ante todo un **trabajo doméstico y de cuidados full time y full life**. De sus relatos se desprende que a excepción de Josefina, para quien:

*“...no es que yo no quiero cambiar pañales, ni quiero dejar de salir con mis amigas, ni que me rompe las bolas, todo eso ya lo sabemos digamos.” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 163),*

el resto de las profesionales se muestran hostiles tanto al contenido como a la modalidad de este tipo de trabajo:

*“... hice un rechazo a todo eso que era recontra impuesto, que es muy similar a lo que le pasa a muchas mujeres, están obligadas a hacer las cosas de la casa. Entonces hay un rechazo ahí, no podría ver mi tiempo ocupado en lugar de venir a hablar con vos, con que tiene que ir a inglés, que tiene que ir a la escuela, que tiene que ir acá, naaa dejame de hinchar! De pedo que me manejo yo y me ocupo de mí, no tengo ganas de dedicarle esa energía, por más amor que te devuelvan, que te miren con los ojitos tiernos, no.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 109-110)*

*“... todo el rol que tiene una madre en cuanto a la escuela, los quehaceres cotidianos, de llevar, de traer, a un idioma, un deporte, todo eso no me atrapa, no me interesa [...] Lo veo en mis amigas, mi hermana tuvo dos hijos. Yo la acompañé un montón a mi hermana, en esto de acompañar, de cuidar, de llevar, de traer. Así que, ¡no! /ríe/ ¡Esto no es para mí!” (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p. 51)*

*“... siempre tuve la decisión de no ser madre. Ahora si vos me decís por qué, a lo mejor pudo haber incidido verla a mi mamá que fue ama de casa toda la vida, y abocada a sus hijos, a su marido, y yo dije “jamás voy a ser eso”; de hecho soy anti nada de la casa.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 178)*

Podríamos decir entonces que el trabajo de maternar es colocado en la antípoda del trabajo profesional, en tanto lejos de representar un medio de realización o de desarrollo de la personalidad, es asimilado al “tripalium”. Y más aún cuando pasa a formar parte de la ya extensa jornada laboral de muchas de las profesionales estudiadas.

Con respecto a las profesiones, nuestro referente empírico da cuenta de una gran diversidad: odontología, psicología, psiquiatría, diseño equipacional, análisis de sistema, tecnicatura química, traductorado de inglés e ingeniería -en sus ramas química, industrial y civil. Y si bien la mayoría de las mujeres de estudio pertenecen a esta última profesión (5 de las 12 entrevistadas son ingenieras), no contamos con datos cuantitativos que nos permitan establecer una conexión entre esta profesión y la decisión de no ser madre.

Sin embargo, al avanzar en el trabajo de campo fuimos observando que mujeres con otras profesiones compartían muchos aspectos que caracterizaban el trabajo profesional ingenieril: extensas jornadas laborales, puestos jerárquicos y de gran responsabilidad, desempeño en el ámbito privado, *full time*, etc. Razón por la cual comenzamos a sospechar que

la posible relación entre el ejercicio profesional y el no ejercicio de la maternidad se debía menos al tipo de profesión que a la modalidad y organización laboral.

En este sentido, observamos que en aquellas profesionales que trabajan seis o menos horas por día y/o tienen posibilidad de modificar horarios, la **dobles jornada laboral** no incidió en su decisión de no ejercer la maternidad:

Así lo expresa Azul, quien trabaja en su propio consultorio un promedio de 6 horas diarias:

*“...al menos como está dado mi trabajo, mío, mío, que tengo mi consultorio, tranquilamente podría manejar horarios, de decir: ‘bueno, va al jardín a la mañana, trabajo a la mañana’, o sea me re podría manejar en ese aspecto.” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.16)*

Por su parte, María Pía, que trabaja en una mueblería 6 horas, afirma:

*“No tiene nada que ver con la profesión, ni con el tiempo...” (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p. 51)*

Josefina, quien teletrabaja de manera independiente para empresas extranjeras:

*“Me conecto remotamente con la computadora [...] y de lunes a viernes capaz que trabajo 4 horas por día [...] no tengo jefe, tengo la libertad de manejar los horarios como se me da la gana [...] eso es lo que más me gusta en cuanto a las condiciones de trabajo (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 156),*

expresa que su trabajo no constituye un impedimento para ser madre, por el contrario:

*“Yo hice el traductorado porque pensaba ser madre y entonces trabajar independientemente desde mi casa, entonces yo decía: ‘ay el día de mañana voy a estar con la computadora y el cochecito.’” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 165)*

Catalina, jefa en un centro de salud municipal sostiene que:

“C: ‘... hay una flexibilidad horaria para manejar horarios. Además tenes artículos para esto, artículo para lo otro [...] podés organizar y te permite hacer un montón de cosas.”

I: ‘¿Digamos que es un trabajo que para vos no presenta obstáculos para ejercer la maternidad?’

C: No. Es más propio que, más subjetivo [...] En este trabajo no hay un impedimento físico, digamos, es más psíquico, es más de disponibilidad o no.’” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 43)

Mientras que en aquellas profesionales que trabajan diez o más horas diarias, realizan traslados, guardias y/o ocupan cargos jerárquicos, la **doble jornada laboral** constituye un elemento de peso en la decisión de no ejercer la maternidad:

“Y después hay madres que saben diferenciar y tienen su tiempo y el tiempo para los hijos. Pero yo eso, no podría, porque las 11 horas laborales no son mías, ¿son de la empresa! Sí me gusta lo que hago, pero no estoy de vacaciones. Llegas a tu casa, las 4 horas que tenes si no se las dedicas a tu hijo medio que no le dedicas tiempo, entonces, y si le dedicas tiempo a él no tenes tiempo para vos. Ese es mi, mi dilema [...] Y yo necesito tiempo para mí.” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p.77)

En el primer eje de análisis observamos que para buena parte de las profesionales estudiadas el trabajo doméstico y de cuidados que implica la maternidad es incompatible con el trabajo profesional. La conciliación sólo sería posible si realizan una serie de modificaciones en sus rutinas laborales o, directamente, renuncian a sus organizaciones laborales para desarrollarse en otras que les permitan tal conciliación. Una opción que, como ya vimos, no es elegida por la mayoría de estas mujeres en tanto están conformes con sus trabajos actuales.

Además, y en concordancia con los antecedentes consultados (Cipollone, 2015; Faur, 2014), la desigual carga afectiva y de trabajo doméstico en la división sexual del trabajo y la vigencia del modelo de maternidad intensiva, constituyen elementos socioculturales que incrementan notablemente la carga de la ya pesada doble jornada laboral:

“Pero si hoy yo estoy a las corridas y tengo sólo una perra a cargo no me quiero imaginar /ríe/, porque encima también mi pareja como que no lo veo muy canchero en el tema, como que todo va a cargarse en mí.” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 142)

*‘Tengo una compañera que tiene el mismo horario que yo y tiene tres hijos [...] Tiene el padre que no tenía horas de trabajo tan estricta como ella, y se hacía cargo cuando ella estaba trabajando y cuando él estaba de turno en ese horario, una suegra, un pariente. Yo tampoco tengo esa estructura familiar acá en Rosario, así que no. ’ (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p.71)*

Por su parte, algunas de las entrevistadas manifestaron explícitamente el rechazo a la carga mental que implica la doble jornada laboral:

*‘Tengo una amiga que es jefa de otro centro y ella tiene hijos y yo a veces digo ‘ay cómo hace cuando llega a la casa’, porque yo a veces llego con la cabeza así. Porque yo llego a mi casa y si tengo ganas hago algo y si no tengo ganas no hago nada /ríe/ [...] Yo eso digo: ‘ahhhhh’ /gesto de alivio/. Para mí es una libertad /ríe/. Y sí, no tengo otra responsabilidad, no quiero ni mascota, imagínate /ríe/.’ (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 38)*

*‘Yo no sé si podría hacerlo, porque es mucho, es cansador, es agotador, te estresa, a veces te enferma, es desgastante, muy desgastante.’ (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera, 39 años, p. 25)*

En resumen, la modalidad y organización laboral si bien no es determinante, incide en la decisión de no ejercer la maternidad de buena parte de las profesionales estudiadas. Concretamente observamos que a diferencia de las profesionales que trabajan menos de 6 horas diarias y tienen posibilidad de modificar horarios, para quienes trabajan más de 10 horas al día, realizan traslados y/o guardias, el trabajo profesional constituyó un elemento de peso en la decisión de no ser madre. Dicha incidencia vendría dada por la imposibilidad de ejercer ambos trabajos *full time*, de modo que muchas de ellas se vieron en la situación de elegir entre uno u otro.

*‘Y después yo me focalicé en mi profesión, o sea cuando quise desarrollarme profesionalmente yo ya tenía 27 años [...] arranqué con todo el tema del trabajo y después en el segundo trabajo, que laboraba casi 12 horas diarias o más a veces, también, en esa época ni siquiera estuve en pareja, nada, o sea estuve muy focalizada en eso y después cuando decidí tener mi casa, que también, me llevó un montón de tiempo, así que estaba dedicada a eso, no puse la mente en otra cosa, mis objetivos eran ser profesional, desarrollarme*

*profesionalmente, y tener mi propia casa, mi lugar en el mundo.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 178- 179)*

*“Mi trabajo ayudó en mi convicción de no querer ser mamá. Pero bueno ya fue, desde chica nunca me vi como madre, no, y después, el trabajo lo reforzó [...] O sea, si yo llego a quedar embarazada no puedo trabajar más en obra por, por la crianza del chico. Tengo que arrancar de cero, buscarme un trabajo acá y no va a ser lo mismo, no va a ser el mismo crecimiento profesional, porque yo ya trabajé acá en un estudio, como Cadista, o lo que sea, y no es lo mismo. Aparte no es lo que descubrí que me gustaba hacer, por eso dejé de trabajar en un estudio y ahora me gustó el trabajo en la obra, es como que vos ves lo que estás haciendo, lo que calculaste, lo que una vez te enseñaron es como que lo ves materializado. No podes criar un hijo a 1500 km de distancia.” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera, 39 años, p. 27)*

*“...estoy bastante enfocada en el laburo, pero creo que también estoy enfocada en el laburo porque tampoco tengo otras cuestiones familiares que me demanden, pero porque lo elijo así.” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 141)*

A entender de Foucault (2007), quien trabaja constituye en el neoliberalismo un *homo economicus*, sólo que ya no en tanto sujeto de intercambio, como fuera en la modernidad, sino que esta vez se presenta como una persona empresaria de sí misma. En términos económicos, el trabajo no sólo constituye una fuente de ingresos, sino que también comporta un capital, una idoneidad, una aptitud, es una suerte de máquina. De este modo, pensar el trabajo como capital y como renta conduce a que el capital definido como lo que hace posible una renta futura es un capital indisociable de quien lo posee: la aptitud de trabajar, la idoneidad, el poder hacer algo, no es inseparable de quién es idóneo y puede hacer ese algo. La idoneidad que se hace carne con la persona trabajadora es el aspecto en que ésta es una máquina que producirá ingresos.

Desde esta perspectiva, las trabajadoras estudiadas devienen en el neoliberalismo en empresarias que tendrán por fin aumentar su capital, esto es, aumentar su idoneidad, aumentar su capacidad de producir, que es aumentarse a sí mismas. Y para ello se basarán en el principio empresarial de la racionalidad estratégica. Principio que orienta la forma en que se asignan el tiempo y la energía, en tanto recursos escasos, a fines que, para buena parte del grupo en estudio, son antagónicos: el trabajo profesional y el trabajo maternal.

Por tanto, para muchas de las profesionales estudiadas, la elección de no ejercer la maternidad podría leerse, en parte, como el resultado de un cálculo que tiene por finalidad

aumentar su capital, su idoneidad, su desarrollo en tanto máquina productora, en tanto trabajadora profesional:

*“Y tener hijos, yo pensaba que iba a ser un freno para esto (trabajo profesional), quizá no eh. Por lo menos al principio, a lo mejor una vez que ya estás estabilizada no tanto, pero al principio que le tenes que meter una energía. Yo me acuerdo que yo tuve una edad que fue, una robotización mía, encima había aumentado como 15 kilos, porque era levantarme, trabajar, comer, dormir. Pero eso fue lo que después a mí me ayudó a crecer.” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p.63)*

Al igual que Ana, el resto de las mujeres estudiadas afirman que **no ser madre incidió positivamente en su desarrollo profesional y laboral:**

*“No ser madre me permite desarrollarme laboralmente, que en definitiva hasta este momento fue lo que elegí.” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 142)*

*“Y la dedicación horaria no hubiese sido la misma [...] yo veo la gente que son madres, no es que no trabajen pero la dedicación bajó muchísimo. Una de las chicas estaba de jefa en un laboratorio y cuando quedó embarazada la bajaron [...] Volvió de la licencia, le dijeron: ‘ah, está él’, ‘ah, bueno’, ‘pero quedate tranquila que te mantenemos el sueldo’, ‘ah, bueno’. Y también ella dijo: ‘bueno, listo, me relajó un poco más’. Y la realidad que lo necesitó. Lo que veo es que no creció.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 179)*

Para algunas profesionales no ejercer la maternidad les permitió continuar con sus estudios:

*“Si hubiera sido madre cuando terminé la facultad no sé si hubiese podido estudiar la segunda carrera.” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 196)*

Para otras, la condición de no maternidad las habilitó concretamente a realizar viajes con importantes repercusiones en su desarrollo profesional:

*“Totalmente, sí, 100 %, es lo que les digo a mis amigas cuando están mal porque se rompen el traste y no crecieron, y les digo: ‘bueno, yo crecí porque me fui, porque no tengo*

*familia propia, y valorá lo que tenes, que tenes tu familia, tu marido, tu casa, tu perra, tu pibe', y bueno, está bien es lo que elegiste, no está ni bien ni mal.* (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 165)

*Y por eso también es que me llevan o me fui a Buenos Aires. ¿Quién está sola? /ríe/ [...] Y a nivel profesional a mí me benefició y me encantó estar allá, sola [...] acá yo siempre fui vendedora, en título, por ahí hacer un montón de roles que no tienen que ver con el título, y allá era la encargada /remarca/ del local, estaba sola y hacía todo yo /remarca/* (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p. 51)

En otros casos, no ser madres representó una vía de acceso a cargos jerárquicos:

*... me da más posibilidades que si fuera madre no podría [...] Por ejemplo, aceptar el cargo que hoy estoy aceptando, si yo tuviera un hijo chiquito no lo podría aceptar. No es que no podría, no lo haría [...] A ver vos me preguntabas si me había sentido influida por ser mujer en el desarrollo profesional, si yo fuera madre sí se notaría la diferencia, porque si yo fuera hombre y tuviera un hijo no me molestaría tomar un cargo.* (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 130)

Por su parte, Catalina refiere a los beneficios en términos de salud mental que implica no cargar con el trabajo doméstico y de cuidados para su trabajo profesional:

*Sí, me parece que sí, que le dedico más o puedo descansar más [...] Porque yo llego a mi casa y si tengo ganas hago algo y si no tengo ganas no hago nada /ríe/ [...] O sea uno luego de la jornada laboral descansa o elige qué hacer, si va al gimnasio, si va al shopping, si cocinas, si no cocinas o te juntas con amigos o en pareja, o lo que fuere, es para vos.* (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 38)

Los antecedentes consultados muestran que en el actual contexto de flexibilización laboral, tanto en la región como en nuestro país, la maternidad constituye una fuente de desventaja para las trabajadoras (Pautassi, 2005). En concordancia con algunas investigaciones nacionales, gran parte de las profesionales entrevistadas entienden que la maternidad no colabora con la promoción de las mujeres en el mundo laboral. De allí que, todas ellas reconozcan que no ejercer la maternidad les permitió disponer de un tiempo y espacio material,

pero también subjetivo, para dedicarse a su carrera profesional laboral: desde trabajar gran cantidad de horas, continuar estudiando, traslados y estadías, acceder a cargos jerárquicos, hasta disponer de tiempo de ocio y descanso necesario para afrontar los retos del trabajo productivo. Aspectos que incidieron positivamente en su desarrollo y trabajo profesional.

Además, y en relación a nuestra problemática de estudio, la incidencia del trabajo y desarrollo profesional en la elección de no ser madre se visibiliza con claridad en aquellas trabajadoras *full time*. Sin embargo, si recorremos las trayectorias formativas y profesionales de las mujeres estudiadas, observamos que muchas biografías están atravesadas por elecciones – tales como traslados, viajes, estudios, cargos jerárquicos, etc.- que, siguiendo la lógica de lo que Foucault denominó racionalidad estratégica (2007), aumentaron su idoneidad profesional y, por tanto, las han alejado del proyecto de maternar.

Sin embargo, la competencia entre el trabajo profesional y el trabajo maternal no sólo tiene lugar en el plano material. Puesto que, para algunas de las mujeres estudiadas -y como se desprende de algunos antecedentes consultados (Zicabo, 2013b)- el trabajo profesional significa una fuente de satisfacción que compite libidinalmente con el trabajo de maternar:

*“El trabajo incide, no es determinante pero sí incide [...] Porque creo que si yo no tuviera, o sea si yo no trabajara, no tuviera tanta parte de mi vida en algo que me gusta [...] si yo tuviera un agujero negro gigante en mi vida en términos de no tengo nada que me guste, que me interese y que ocupe gran parte de mi tiempo, quizá hubiera estado más cerca de ser madre que ahora que no me pasa.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 129)*

*“Nunca sentí ese sentimiento o esa necesidad de demostrar que ser mujer es ser madre o que un hijo te completa tu vida. A mí el trabajo me gusta, me completa...” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera, 39 años, p. 23)*

En resumen, el proceso de decidir no ser madre responde a una serie de condicionantes entre los que se destacan la prioridad del desarrollo y trabajo profesional en una sociedad carente de políticas públicas referidas al trabajo y cuidado, donde las tareas de reproducción siguen recayendo en las mujeres. A esto se le suma, y como observamos en el eje anterior, la vigencia del modelo de maternidad intensiva que exige no sólo desplegar una serie de actitudes y capacidades de crianza, sino también una dedicación *full time* y *full life*, en detrimento de la autonomía y de la construcción de una vida propia. Muy lejos de representar un medio de realización o de desarrollo de la feminidad – como lo prescribió la ciencia y la sociedad

moderna- el trabajo doméstico y de cuidados que implica la maternidad es asimilado al "tripalium". Y más aún, cuando pasa a formar parte de la ya extensa jornada laboral de muchas de las profesionales estudiadas.

De allí que la incidencia del desarrollo y trabajo profesional es mayor, precisamente y como observamos en el primer eje de análisis, en aquellas mujeres donde esta dimensión adquiere centralidad, dado que organiza los tiempos y espacios cotidianos y se construye como la principal fuente de sentido para la vida misma. Dicho condicionamiento vendría dado por el gran espacio material, en términos de energía y tiempo –diario pero también biográfico- y simbólico que ocupa el trabajo profesional en detrimento del espacio requerido para el trabajo de materner. Aunque con menor incidencia, vivencias familiares infantiles, conciencia ecológica y situación sexo-afectiva también están presentes en la decisión de algunas mujeres. Estos últimos cobran mayor relevancia para quienes el trabajo profesional no es central en sus vidas.

De este modo, estos condicionantes sociales, económicos y subjetivos estarían configurando la decisión de no ejercer la maternidad. Ahora bien, cómo comprender la emergencia de este deseo no instituido, en términos de Fernández, de un deseo que no se alinea con el orden sociocultural actual. En otras palabras, ¿cómo explicar la decisión de no ser madre en una sociedad donde la maternidad se ha encarnado en los cuerpos femeninos a modo de *habitus*?

### **6.3.3- La no maternidad como elección: transformando el *habitus*.**

Como adelantamos en la presentación del entramado teórico, las categorías de *habitus* y *campo* pueden ser de gran ayuda para comprender el proceso mediante el cual estas mujeres desobedecen el destino cultural de la maternidad. Desde esta perspectiva la maternidad, en tanto una determinada disposición a actuar, percibir, valorar, sentir y pensar, que ha sido interiorizada por cada mujer en el curso de su historia personal, que es también social, constituye aquello que Bourdieu denominó *habitus*.

*"Hay muchas mujeres que son madres porque es lo que tienen que ser."* (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 124)

Este *habitus* o práctica socialmente incorporada que se ha encarnado de manera durable en el cuerpo, como una segunda naturaleza, una suerte de naturaleza socialmente constituida al

decir de Gutiérrez (1994), está en íntima relación con las estructuras sociales externas, con lo social hecho cosas, plasmado en condiciones objetivas o *campo* (Bourdieu y Wacquant, 1995). La relación entre *habitus* y *campo* es una relación de condicionamiento: el campo estructura al *habitus*, que es producto de la incorporación de la necesidad inmanente de este campo; pero también es una relación de conocimiento, en tanto el *habitus* contribuye a constituir el *campo* como mundo significativo, dotado de sentido y valía, donde vale la pena desplegar las propias energías. Así, toda vez que el *habitus* enfrenta condiciones objetivas idénticas o semejantes a aquellas de las cuales es producto, está perfectamente adaptado a ellas sin necesidad de hacer ningún esfuerzo de adaptación consciente, y podemos afirmar que el efecto del *habitus* es redundante con el efecto del *campo*. (Bourdieu y Wacquant, 1995)

De este modo, la noción de *habitus* puede explicar el hecho de que, sin ser propiamente racionales -es decir, sin organizar sus conductas a fin de maximizar el rendimiento de los recursos de que disponen, sin calcular, sin plantear explícitamente sus objetivos, sin combinar en forma explícita los medios con lo que cuentan para alcanzarlos, en fin, sin hacer combinaciones, planes o proyectos-, los agentes sociales serán razonables -que es diferente a racionales-, no cometerán "locuras". Precisamente porque, luego de un prolongado y complejo proceso de condicionamiento, han interiorizado las oportunidades objetivas que les son ofrecidas y saben identificar el porvenir que les corresponde. (Bourdieu y Wacquant, 1995)

*"El contexto te va llevando a tomar determinadas decisiones, a todos, entonces si bien yo acá la mayoría de mis amigas de la profesión hoy son madres, primero ninguna de ellas es solamente madre, entonces yo al día de hoy me puedo seguir encontrando con ellas, en la profesión, en, podemos juntarnos y tenemos tema de conversación que no sea sólo los pibitos. Pero mis amigas de Santa Fe, que se conocen de la escuela, que no tienen otra cosa en común hoy más que los pibitos, la que no tiene pibito queda afuera."* (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 129)

Además, y como nos advierten los autores, la lógica del *habitus* requiere de la complicidad del inconsciente, pues precisamente **el *habitus* es el principio no elegido de todas las elecciones**. Y en efecto, como esquema de percepción y de apreciación de prácticas, a través de la selección que opera entre las informaciones nuevas, el *habitus* tiende a rechazar aquellas informaciones susceptibles de cuestionar la información acumulada y, sobre todo, tiende a desfavorecer la exposición a tales informaciones:

“Si viviéramos en la aldea de los pitufos te diría: ‘ay que divino, yo tendría 17 hijitos’, y no vivimos en la aldea de los pitufos, entonces yo no entiendo como se hace la vista gorda con eso, pero como me dijo una amiga: ‘bueno Jose si todo el mundo pensaría eso nadie se reproduciría’, bueno de eso se trata, ‘¡que hay que pensar!’.” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 161)

“... también lo veo en las mujeres, ¿che te pusiste a pensar si realmente quieres ser madre?, pensatelo y listo, buenísimo, bárbaro, pero tampoco veo eso, hay que tener hijos sí o sí, hay que tener la casa, el auto, los pibitos.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 100)

De este modo, las profesionales estudiadas entienden que la maternidad muchas veces no es producto de una decisión pensada. Por el contrario, ser madre constituiría –al menos en un primer momento- el principio “no elegido” de las mujeres en el actual contexto sociocultural, en tanto la mayoría de ellas están destinadas a encontrar circunstancias similares a las cuales originalmente moldearon su *habitus* y, por tanto, a vivir experiencias que vendrán a reforzar sus disposiciones.

Sin embargo, y como advierten Bourdieu y Waqquant (2005), **el *habitus* no es el destino**. Siendo producto de la historia, es un sistema abierto de disposiciones, enfrentado constantemente a experiencias nuevas y, en consecuencia, afectado sin cesar por ellas. Y si bien su carácter perdurable se debe a que estas experiencias no son tan nuevas o que pueden ser transitadas con las disposiciones aprendidas, es posible que tenga lugar alguna mutación.

¿Y de qué modo nuestras sujetas de estudio han logrado transformar este *habitus*? A entender de los autores, la maternidad solo dejará de operar como mandato para ser producto de una decisión cuando:

a- Tenga lugar una profunda transformación de las relaciones objetivas, como en alguna situación de crisis (de instituciones, modelos sociales o cualquier mecanismo social). En este sentido, y sólo a modo de adelanto puesto que lo desarrollaremos en el siguiente eje de análisis, buena parte de las entrevistadas advierte que la ampliación de experiencias y espacios –fundamentalmente profesionales- que la modernidad tardía puso a su disposición (Giddens, 1995), jaquea el modelo Mujer=Madre, a la vez que les permite desplegar otras formas de ser mujer sin la necesidad de inscribirse como madres:

*“Yo creo que la presión social no es tan explícita, por lo pronto, si bien la presión social está, pero tiene que ver también, más allá de las fortalezas personales, la crianza, los ámbitos donde uno se mueva, yo me muevo en ámbito profesional donde tengo otras cosas aparte de un hijo, o tendría otras cosas aparte de un hijo, trabajo, mis amigos, qué se yo, intereses, cosas que si vos vivis en un contexto donde sólo se espera ser madre y no has armado otros vínculos, otras cuestiones, y antes era más difícil de armarlas, hoy es más sencillo porque hay un montón de cosas que están al alcance de nuestras manos para tener otros anclajes a la vida. Todos necesitamos anclajes a la vida, vos me preguntabas por mi trabajo, yo creo que mi trabajo es un anclaje, mis amigos, mi vida social, mis animales, la lectura, me gusta mucho leer recreativamente, son anclajes. Yo hoy no necesito un hijo porque tengo un montón de otros anclajes.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 128)*

b- Y/o cuando la agente social se dispone a reflexionar conscientemente acerca de su situación pasada, presente y futura, evaluando sus necesidades, limitaciones, deseos, la posición que ocupa en el campo y el modo en que llegó a ella. En otras palabras, cuando hace consciente las disposiciones y opciones con las que cuenta, a la vez que es consciente de que esta forma de percibir está determinada en parte por las condiciones económicas y sociales de su constitución:

*“Para mí el trabajo influye, dedicar 6, 7 años a una carrera universitaria, empezar a trabajar, hacer pasantías, después empezar a laburar, te encontras con situaciones, tenes presiones, tenes responsabilidades, va a moldear seguro tu decisión de ser madre, no, cuándo, cuántos hijos tener, económicamente te vas a poner a evaluar si los vas a poder mantener.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 107)*

*“Estando en Inglaterra un amigo mío, un conocido, puso en facebook, que vas a decir qué boludez, pero ahí fue cuando me sembró la duda: ‘¿Quieres salvar al mundo? No tengas hijos’, y yo que venía, ya vengo, de toda la vida me tiró mucho el medioambiente [...] y ahí lo empecé a pensar, y sumado a que no tenía pareja, y después con el paso de los años me dije: ‘¿yo a esta altura quiero realmente?’.” (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 161-163)*

*“Yo creo que adquirí una consciencia, una consciencia si se quiere social, y empecé a plantearme desde otro lugar el para qué tener hijos.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p. 92)*

Por su parte Azul, relata cómo el feminismo le permitió cuestionar las disposiciones que rigen el mandato de la maternidad:

*“Yo era Susanita, quería el combo, casamiento, todo [...] Y bueno en ese momento el tema de la maternidad era algo que venía con una, o sea uno jugaba a ser madre y todo eso [...] Y cuando empiezo a entrar en el tema del feminismo, ir a marchas, estar en estas reuniones, nos llevó a un crecimiento a todes los que estábamos ahí [...] yo tuve situaciones y personas que me hicieron pensar y cuestionarme ‘¿este es mi deseo real?, ¿yo me veo haciendo esto toda la vida?’ [...] Yo creo que el feminismo me permitió cuestionar y pensar las cosas, no de que todo viene así y me lo morfo. El feminismo duele por ese motivo. O sea, es verdad eso, duele, porque te desconoces de un montón de personas, porque chocas con los que vos más quieres, yo con mi mamá estallo. Entonces te duele por ese lado, pero a su vez te sana y te libera de un montón de cosas, te alivia en un montón de cosas [...] Mi decisión de no ser madre está atravesado por el feminismo.” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.9)*

Es interesante observar que todas las profesionales estudiadas se muestran muy hostiles a la maternidad como *habitus*, enfatizando la necesidad de reflexionar, pensar y evaluar tanto las condiciones presentes, pasadas y futuras, como los deseos acerca de la maternidad. Esta suerte de autosocioanálisis, en términos de Bourdieu y Waquant (1995), fue y, en algunos casos continua siendo, un proceso de reflexión en todas las biografías estudiadas. Es decir, todas ellas han hecho explícito conscientemente sus deseos, sus posibilidades y limitaciones, sus libertades y necesidades contenidas en un sistema de disposiciones y, con ello, han podido, no sin contradicciones, tomar distancias respecto a esas disposiciones y desarrollar otra práctica social.

Las mujeres tienen hoy en día la posibilidad nominal de elegir entre una gran variedad de oportunidades; sin embargo, en una cultura masculina, muchas de esas vías están en realidad cerradas. Más aún, para lograr las realmente existentes, las mujeres deben abandonar su identidad anterior, “prefijada”, más radicalmente que los hombres. En otras palabras, las mujeres experimentan la apertura de la modernidad tardía de forma más plena pero más contradictoria. (Giddens, 1995:137)

*“Yo entiendo que lo contextual nos va ayudando y en ese punto entiendo que hoy socialmente tenemos la posibilidad, a nivel contextual, si uno quiere, y si por suerte pudo o no, de armarnos de otros anclajes de otros contextos que no sea sólo la maternidad.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 129)*

La posibilidad de construir nuevos anclajes que la modernidad tardía pone a nuestra disposición estarían en la base de aquello que algunos antecedentes advierten como la novedad de estos tiempos: la posibilidad de elegir ser o no ser madres, en tanto las mujeres están habilitadas para interrogarse al respecto, decidir y actuar en consecuencia (Zicavo, 2013b).

A partir del análisis realizado sostenemos que la decisión de no ser madre de las sujetas de estudio no es producto de una única causal, sino que se trata de un proceso complejo y multidimensional en el que intervienen diversos condicionantes que actúan de manera diferencial en función de la diversidad de profesiones, modalidades de trabajo y subjetividades personales.

Entre estos condicionantes se destaca la prioridad del desarrollo y trabajo profesional en una sociedad carente de políticas públicas referidas al trabajo y cuidado, donde las tareas de reproducción siguen recayendo en las mujeres, sumado a la vigencia del modelo de maternidad intensiva que exige no sólo desplegar una serie de actitudes y capacidades de crianza, sino también una dedicación *full time* y *full life*, en detrimento de la autonomía y de la construcción de una vida propia. La hostilidad hacia el trabajo doméstico y de cuidados que implica la maternidad, se incrementa cuando pasa a formar parte de la ya extensa jornada laboral de muchas de las profesionales estudiadas.

De allí que la incidencia del desarrollo y trabajo profesional es mayor precisamente en aquellas mujeres donde esta dimensión adquiere centralidad dado que organiza los tiempos y espacios cotidianos y, fundamentalmente, se construye como la principal fuente de sentido para la vida misma. Dicho condicionamiento vendría dado por el gran espacio material, en términos de energía y tiempo –diario pero también biográfico- y simbólico que ocupa el trabajo profesional en detrimento del espacio requerido para el trabajo de materner. Aunque con menor incidencia, vivencias familiares infantiles, conciencia ecológica y situación sexo-afectiva también estarían presentes en la decisión de algunas mujeres. Estos últimos cobran mayor relevancia en aquellas para quienes el trabajo profesional no es central en sus vidas, tanto en términos materiales como simbólicos.

Por otro lado, observamos que más allá de la diversidad de profesiones, modalidades de trabajo y subjetividades personales, lo común en todas las mujeres estudiadas refiere a la búsqueda y mantenimiento de un estilo de vida que les es propio y con el que se sienten cómodas, de modo que no desean sacrificar actividades y tareas que consideran agradables – viajes, vacaciones, reuniones sociales, etc.-, y, además, les brindan autonomía, tales como estudiar y trabajar.

Ahora bien, las mujeres abordadas en la presente investigación destacan que el proceso de decidir no ser madres tiene lugar en una cultura donde la maternidad sigue siendo el destino privilegiado de la feminidad. Se trata de una sociedad, donde la maternidad en tanto mandato y deseo se va incorporando a modo de *habitus* en las subjetividades femeninas. Pensar a la maternidad como *habitus* nos permitió correr de los enfoques deterministas, y entenderla no ya como destino sino como un sistema abierto de disposiciones, enfrentado constantemente a experiencias nuevas y, en consecuencia, afectado por ellas.

En este sentido, sostenemos que la confluencia de los diversos condicionantes que aquí desarrollamos -vivencias infantiles, sostenibilidad del planeta, mantenimiento de libertad y autonomía, hostilidad hacia el trabajo doméstico y de cuidados, desarrollo profesional e imposibilidad temporal y subjetiva de cargar con el peso de la doble jornada laboral- permitirían desplegar una serie de disposiciones innovadoras de las que rigen el *habitus* de la maternidad y, por tanto, habilitar a nuestras sujetas de estudio a desarrollar “otra” disposición a actuar, percibir, valorar, sentir, pensar y desear.

De allí que la no maternidad como mutación del *habitus* (Bourdieu y Wacquant, 2005), como transformación de sentido, como lo instituyente que opera con la resistencia de lo sagrado, de lo instituido (Fernández, 2004), se inscribe –junto con el trabajo profesional- como un locus que deslegitima las identidades femeninas modernas. En otras palabras, estamos asistiendo a la construcción de una nueva identidad femenina, proceso que analizaremos en el próximo apartado.

#### **6.4- Mujeres profesionales no madres: Construyendo una nueva identidad femenina**

Toda identidad se construye a través de la diferencia, en relación con la otredad. Será a partir de la diferencia sexual o, mejor cabría decir, del modo en que la sociedad significa las diferencias entre los órganos sexuales masculino y femenino, que se construyen las identidades

femeninas y masculinas. Sin embargo, fue la teoría feminista quien visibilizó que la diferencia sexual no es una diferencia sin más. Puesto que a partir de ella se construyó un orden social jerárquico que, apoyado en la naturaleza, que es a su vez una construcción social (Bourdieu, 2010), justificó y legitimó la subordinación femenina.

Por tanto, partiendo de la base de que históricamente las identidades femeninas fueron construidas frente a las masculinas en una relación de subordinación, y del carácter socio-histórico de las mismas, atenderemos al modo en que los mandatos sociales de género y las relaciones de poder entre varones y mujeres generan formas de desarrollar comportamientos, afectos y deseos, configurando los modelos sociales de género. Modelos a partir de los cuales las mujeres conforman su identidad. En concreto, describiremos brevemente las representaciones que nuestras sujetas de estudio tienen sobre la mujer en la sociedad actual, y que aquí entendemos como "identidad femenina hegemónica", para luego enfocarnos en el modo en que se distancian de este modelo en el proceso de construcción de una "nueva identidad femenina".

#### **6.4.1- Identidad femenina hegemónica.**

En el recorrido teórico que acompañó nuestro trabajo de campo observamos que una serie de transformaciones políticas y económicas de la modernidad condujeron a que las mujeres de ese momento sociohistórico estructuren sus vidas en relación a los valores de la maternidad y la conyugalidad como áreas fundamentales de desarrollo vital. Mientras que el trabajo productivo, si bien fue realizado por muchas mujeres, no había llegado a formar parte en términos simbólicos de lo que podríamos denominar "la identidad femenina". Por tanto, gran parte de la autoestima de aquellas mujeres estuvo basada esencialmente en el buen desempeño de los roles maternos y domésticos, mientras que las realizaciones personales por fuera de estos roles tuvieron un lugar secundario en el sistema de valoración, en tanto quedaron por fuera de la fórmula  $M=M$ .

Al respecto, y en coincidencia con Meler (1994), en el campo observamos que esta forma de constitución del narcisismo ha perdido su fuerza en la actualidad. Esto responde a la pérdida del valor social de las funciones del rol femenino tradicional y a la propia comparación con los logros obtenidos por aquellas mujeres cuyas vidas transcurren en el espacio doméstico, referenciadas en no pocas ocasiones, y como advierten algunos antecedentes consultados (Castañeda- Rentería, 2015), por sus propias madres:

*“... verla a mi mamá que fue ama de casa toda la vida, y abocada a sus hijos, a su marido, y yo dije “jamás voy a ser eso”; de hecho soy anti nada de la casa.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 178)*

*“No creo en la madre que se dedica 100 % a sus hijos y que no tiene su vida laboral independiente porque termina siendo su mundo porque es todo lo que hace, que es un montón, pero no tiene relación con otra gente, con otra, bueno sí tiene relación con las otras madres de los amigos del hijo, pero no propia me refiero, entonces como que se pierde mucho de uno mismo.” (Registro N°6, Clara, Ingeniera, 35 años, p. 77)*

Como observa Fernández (1994), la mujer madre y ama de casa *full time* ha dejado de ser el “capital femenino” que requiere nuestra sociedad y, por tanto, ha perdido su fuerza en la constitución de las subjetividades femeninas actuales.

Por otro lado, también vimos que en nuestro país, a partir de mediados del siglo pasado, el aumento de la posibilidad de controlar la natalidad, el acceso a la educación, la entrada masiva al mercado laboral y la apertura al mundo profesional, configuró un modo de subjetivación específica. Se trata de un modo transicional, donde al mandato de la maternidad y la conyugalidad se le suma el laboral (Tajer, 2019). Este movimiento social condujo a convertir el trabajo productivo en un espacio para la construcción de identidades personales y colectivas significativo para las mujeres, a la vez que ha tendido a debilitar la familia como referente exclusivo de la identidad femenina, aunque como muestran algunos antecedentes (García, 1985) continúe siendo prioridad:

*“Para mí el patrón, el modelo, es que toda mujer tiene que estar casada, juntada y con pibes, pero que además trabaje, sea independiente.” (María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años)*

*“Se espera todo de una mujer /ríe/ Hoy en día se espera que trabaje, porque si está en la casa tampoco se la ve bien, se espera que tenga hijos y que le dedique mucho tiempo a sus hijos, se espera que sea buena esposa.” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 142)*

De este modo, para las profesionales estudiadas la mujer madre y trabajadora continúa siendo el modelo femenino hegemónico en nuestra sociedad. Situación que obliga a las mujeres

a una práctica constante de pasar de un trabajo a otro, de unas características específicas de la actividad familiar a unos horarios y valores del trabajo asalariado, de una cultura del cuidado a una cultura del beneficio, que les exige interiorizar tensiones, tomar decisiones y hacer elecciones a las cuales los varones no están obligados. En este sentido, la experiencia cotidiana de las mujeres es una negociación continua en los distintos ámbitos sociales –como cuidadoras responsables de las demás personas y como trabajadoras asalariadas- que se traduce en la imposibilidad de sentirse cómodas en un mundo construido según el modelo masculino (Carrasco, 2001).

Sin embargo, el malestar de este doble trabajo parece incrementarse dado que, y como se advierte en los relatos de las trabajadoras, tiene lugar una particularidad propia de este momento social: ya no basta con ser buena madre y además trabajadora, sino que ahora se debe lograr la excelencia en ambos espacios. Según Tajer (2009) esta coexistencia de ideales antagónicos en su concreción condena a las mujeres con altos logros en el plano laboral, a una sobre-exigencia que les genera una sensación de fracaso por no poder lograr lo mejor en ambos mundos. Y si bien esta sobre-exigencia no es vivida por nuestras sujetas de estudio, sí forma parte de las representaciones que construyen acerca de la mujer:

*“... hay chicas ahí en mi trabajo que están en posiciones re contra altas y son madres [...] yo creo que deben tener un conflicto re grande de decir che estoy eligiendo mi carrera a compartir más tiempo con mi hijo.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p.97)*

*“Hay una concepción, que se espera de la mujer que sea madre y que acompañe al niño como único, como mujeres que no trabajan. Pero, eso a nivel organizacional o institucional. Y después, bueno sí, sería de una sociedad como de avanzada que las mujeres sean modernas, libres, trabajadoras, independientes, eso también está, pero que vayan a la escuela, que los cuide.” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 39)*

*“Está el estereotipo de la madre superpoderosa que puede con todo [...] con los hijos, con el trabajo...” (Registro N°6, Clara, Ingeniera, 35 años, p. 75)*

*“La mamá luchona [...] Una mamá, que por ahí es profesional, que sale a trabajar y a la vez tiene a sus hijos que los tiene que criar sola. Y para mí es un sacrificio terrible que hagan eso, por más que tengan la ayuda de su marido.” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera, 39 años, p. 24)*

Sin embargo...

*“¿De qué sociedad me hablás? ¿Los pañuelos verdes o los pañuelos celestes? /ríe/ [...] yo creo que hay una gran porción de la sociedad, sobre todo los jóvenes que están viendo las cosas de otra manera [...] Y te encontras con lo otro, católica, que adora tener hijos, incubadora de hijos, llevadora de la casa, que tiene un trabajo bien y ahí se terminó el rol de la mujer en la sociedad.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p.110)*

*“Yo creo que ha aflojado bastante, antes sí la mujer tenía que dedicarse a la crianza de sus hijos, bueno antes, mucho antes, no era usual que haya mujeres profesionales, ahora es como normal ver una mujer, bueno ingeniería antes eran más hombres que mujeres, ahora hay muchas mujeres. Y no siento que se trate tanto de ‘¿quieres ser madre?’, en las entrevistas a veces, yo he ido a entrevistas laborales, te consultan pero ya no es restrictivo, en algunos casos había épocas en que era restrictivo.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 181)*

*“... hoy creo que el tema mujer-maternidad está en transición. Que la realización en cuanto mujer viene por ese lado, todo eso está en cuestionamiento [...] Con el tema de la legalización del aborto [...] y también lo de Pino, el tema de hablar del goce, y después sale Pecker a hablar con ese libro, es como que todo llevó a chicas que no estaban en contacto con el feminismo a decir: ‘y qué es esto del goce, está bueno, no está bueno, qué me pasa a mí, qué me gusta, qué no me gusta’ y es como que se llegó a hablar de esas cosas. Si la ESI realmente se implementaría yo creo que se generarían más cambios aun, al hablar.” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.12)*

En resumen, para las mujeres de estudio **la identidad femenina en nuestra sociedad se construye casi exclusivamente a partir de dos anclajes: la maternidad -y la conyugalidad- y el trabajo remunerado. Por su parte, las exigencias que requieren en la actualidad ambos trabajos hacen de la doble presencia-ausencia un espacio cargado de contradicciones que sólo podría ser salvado por una *superwoman*. Figura que por otro lado, y como vimos en los ejes de análisis anteriores, no forma parte del horizonte identitario de las mujeres estudiadas.** Sin embargo, y como venimos observando, algunas de las profesionales advierten sobre un incipiente debilitamiento de este modelo, producto en parte

de la incidencia de discursos, saberes y prácticas cuestionadores de los mandatos tradicionales de género.

Y es precisamente, siguiendo a Martucelli (2007), a partir de un trabajo constante de distanciamiento y de implicación sucesivos entre, por un lado, los discursos y prácticas sociales tradicionales y, por otro, las historias personales, que tendrá lugar la construcción de las identidades de nuestras sujetas de estudio.

Por otra parte, si bien reconocemos las diferencias que este grupo social manifiesta en cuanto al tipo de profesión, la organización laboral donde se desarrollan, las relaciones sexoafectivas que construyen, así como diferentes historias de vida, experiencias familiares, gustos, deseos, miedos, proyectos, en fin todo aquello que hace a sus singularidades, aquí nos centraremos en sus rasgos comunes: principalmente el ejercicio profesional y la elección de no ser madres en un determinado contexto socio-histórico, pero también edad, clase socioeconómica, orientación sexual, etnia, nacionalidad y lugar de residencia.

De este modo, entendiendo a la identidad a partir de la articulación entre el plano social y el plano individual (Hall, 2003), centrándonos en los comunes pero sin desconocer la heterogeneidad de este grupo social, a continuación indagaremos en la emergencia de un nuevo tipo de identidad femenina. Aquella que construyen las profesionales no madres de la ciudad de Rosario estudiadas.

#### **6.4.2- Hacia una nueva identidad femenina: profesionales no madres.**

Para comprender el modo en que las mujeres profesionales que deciden no ejercer la maternidad construyen sus identidades es pertinente atender a dos dimensiones. En primer lugar, a la intensificación de la contradicción entre la producción económica y la reproducción social en el capitalismo financiarizado y globalizador del momento actual. En tanto, al promover la desinversión estatal y empresarial del bienestar social, atraer a las mujeres al mercado laboral e intensificar el ritmo y las jornadas laborales, termina externalizando los cuidados a las familias y, al mismo tiempo, reduciendo su capacidad para encargarse de ellos. (Fraser, 2020)

Segundo, la radicalización del proceso de individualización como forma de construir identidades, dado que, y como sugieren Stecher, Godoy y Díaz (2005), el proceso en que las personas incrementan su autonomía y asumen la tarea de construir "reflexivamente" su identidad y dar forma a sus biografías, esto es, la construcción del "sí mismx", tiene lugar en un contexto de destradicionalización. Sin embargo, y como advierten lxs autores, esta

radicalización del proceso de individualización no significa la ausencia de tradiciones u orientaciones sociales para la acción, sino más bien que éstas son cambiantes, muchas veces contradictorias y asumidas por las personas como opciones más que como obligaciones. De este modo, y como vimos en el eje de análisis anterior, el valor normativo que adquieren hoy las tradiciones provienen menos de sí mismas que de la decisión reflexiva de las personas de adscribirse a ellas.

### Mujeres profesionales que no ejercen la maternidad: en búsqueda de autonomía y libertad.

Esta forma particular de construcción identitaria en un escenario abierto pero, al menos para las mujeres, también contradictorio, habilita la constitución de otro tipo de subjetividades caracterizado más por su diversidad que por un patrón posible de definir. Se trata, siguiendo a Tajer (2009), de modos innovadores de subjetivación del género femenino, que incluyen una amplia gama de modalidades de construcción subjetiva en la cual **la maternidad y la conyugalidad se plantean como opción y ya no como mandato** en la construcción del proyecto de la feminidad.

*‘M: No, no, en pareja nunca estuve. No, tampoco nunca puse ahí, digamos, siempre puse en un montón de lados la cabeza.’*

*I: ‘¿En qué lados?’*

*M: ‘En el trabajo, o en la familia o, como que cuando uno está bien sólo, a mí me pasa eso, que haces cosas solo, te vas a tomar a un bar un porrón solo.’ (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p. 49)*

*‘No estoy en pareja, y hace un buen tiempo que no estoy en pareja estable, digamos, sí tengo cosas por ahí /ríe/ [...] No se dio, tampoco es algo que me preocupe [...] pero, no sé, si se diera conocer a una pareja, podría ahí armar algo.’ (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 36)*

De este modo, **para las mujeres en estudio la conyugalidad se presenta como una opción**. Opción que, además, no es elegida por muchas de ellas.

Por otro lado, y como también se desprende de algunos antecedentes consultados (Zicavo, 2013b), el hecho de que buena parte de las entrevistadas estén en pareja da cuenta de otra transformación: **si antes la pareja era el medio para formar una familia -en sentido**

**tradicional, esto es con hijxs- hoy ha cobrado otro lugar en la sociedad y en las biografías de las mujeres estudiadas, pudiendo ser un fin en sí mismo como proyecto de vida.**

Con respecto a la maternidad, ya vimos que si bien para las mujeres en estudio esta institución continua siendo hegemónica en nuestra sociedad, también es vivida como una opción. Opción que, esta vez, no es elegida por ninguna de ellas.

Sin embargo, y en consonancia con otras investigaciones (Castañeda- Rentería, 2015), en sus relatos aparece una variada gama de justificaciones, argumentaciones y hasta dudas respecto a la elección de no ejercer la maternidad:

*V: '...aparte todo el crecimiento que tuve no lo voy a tirar a la basura /ríe/'*

*I: '¿Por un hijo?'*

*V: 'Por un hijo /risas/ Suena egoísta, pero bueno.'*

*I: '¿Por qué decis que suena egoísta?'*

*V: 'No, sería egoísta si yo lo tengo al hijo y lo dejo solo, por ejemplo.'*" (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera, 39 años, p. 28)

*"Mucha gente dice: 'pero vos no quieres tener hijos porque sos egoísta'. Al revés, pienso que hoy tener hijos es una actitud egoísta, porque vos /remarca/ quieres tener hijos para sentir ese amor, todo lo que te dan los nenes, es una actitud más egoísta eso que lo que yo estoy haciendo de decidir no tener hijos."* (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p.93)

*"No me preocupa eso que te dicen: 'cuando seas vieja quién te va a cuidar'. Y no importa, junto plata para pagarme algo y ya está, no me preocupa, me ocupo yo [...] Más egoísta el pensamiento del que tiene los hijos y piensa que están obligados a que te tienen que cuidar."* (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera, 39 años, p. 29)

*"Yo creo que es mucho para mí tener una persona para toda la vida. No lo podes devolver, si no te gusta no lo podes devolver [...] ¿Y si a mí no me gusta? Pero después pienso si eso no es una actitud cobarde, de no hacer algo que uno quiere hacer por miedo a arrepentirse."* (Registro N°6, Clara, Ingeniera, 35 años, p. 80)

*“Yo le conté (a su pareja) eso de que vos me habías preguntado si no había cambiado de opinión. Y yo le dije: ‘No, si hace desde los 18 años que tenga esta postura’. Entonces él me dice ‘pero capaz no está bueno que vos digas que está decidió rotundamente, porque vos no sabes los deseos de la vida, las vueltas de la vida. Y es una mochila que me pongo al pedo, opina él /remarca esta aclaración/, de que después si surge ese deseo que qué se yo, de dónde viene el deseo, supongamos que pasa ‘ah viste vos, siempre dijiste que no y ahora’. Y es verdad, más que nada porque te pesa el doble tu cambio de opinión por la mirada del otro. Entonces me parece que está bueno pensarlo así. Hoy, no es mi deseo y es una elección.”* (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.1)

*“Es verdad que uno en algún momento se puede sentir solo, y es verdad que está el tema de por qué negarle eso a mi pareja, pero yo no lo veo factible, yo no digo que dentro de 10 años se me prenda la lamparita y diga: ‘ay quiero un pibe’, obvio que voy a estar re vieja, pero yo lo que siempre le digo a mi novio cuando hablamos de esto es ‘si yo en algún momento me llegara a dar esas ganas de tener hijos voy por la adopción’.”* (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 198)

*“Yo quiero viajar, quiero viajar, y la gente te dice: ‘pero podes viajar igual, después o antes’, sí pero el argumento que no se me quiebra es el del futuro del planeta, ¿me entendés? Porque todos los otros tienen una vuelta, bueno no necesitas padre, podes tenerlo sola, bueno podes seguir viajando o viajar antes o después, para todo hay algo, pero contra eso no hay. Y si vos me decis, más punto a mi favor, que hay gente que dice que ya es tarde, o sea perdón, ‘¿vos tenes ganas de traer un pibe acá?’, yo les digo a mis amigas ‘no pego más un ojo, ¡no dormis más!’ O sea te vas a bailar, no quiero entrar en tema morbo pero, no te agradezco, es una apuesta a un dolor que yo no pasaría. Me dirás cobarde, bueno está bien.”* (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 163)

Estos sentires y discursos estarían dando cuenta de la tensión constante que viven las mujeres profesionales insertas en una sociedad donde las ideas de corte patriarcal sobre lo que deben hacer y cómo deben ser las mujeres siguen vigentes. De allí que advertimos que para este grupo de mujeres, **la construcción identitaria femenina apartada del binomio “mujer-madre” es un proceso no exento de incertidumbres, dudas, elaboración de justificaciones y estrategias para resistir a los mandatos maternales.**

Por otra parte, la ruptura del binomio Mujer-Madre está asociado a otro aspecto que apareció con fuerza en el campo: libertad, independencia y autonomía como valores centrales en la construcción identitaria femenina.

Al respecto, Beatriz Schmukler (García, 1985) sostiene que la concepción tradicional de maternidad –que recordemos, es la que prevalece entre las entrevistadas- impide el desarrollo de la madre como un ser autónomo, es decir como persona capaz de reconocer sus intereses y deseos, sobre todo cuando éstos suponen no tener en consideración la necesidad del otro o, aún peor, cuando afectan negativamente la vida de quienes la rodean. La moralidad de la madre es una moralidad relacional, construida en base a tomar en consideración los deseos de quienes están cerca suyo. Dentro de esta concepción, donde la madre es en tanto es para otros, se dificulta la posibilidad de reconocimiento y legitimidad de sus propias necesidades y deseos, al mismo tiempo que se ve absorbida por las demandas de las demás personas:

*“Mi mamá siempre trabajó, pero siempre trabajó en mi casa, y tengo por ahí una formación de que ella siempre le dedicó todo a sus hijos, y no, no me gustaría tener eso [...] Llega un momento que dejas de tener una vida para darle la vida a tus hijos [...] Es como que tu vida desaparece para tener la vida de tu hijo.” (Registro N°6, Clara, Ingeniera, 35 años, p.72 y 80)*

En este sentido, lo observado en el campo va en consonancia con las conclusiones a la que arriba Cipollone (2015):

Las mujeres han mutado su Ideal del Yo en lo que respecta a su ser mujer, surgiendo nuevos deseos que van tomando lugar en su subjetividad, entre los cuales la maternidad ha perdido su atractivo tradicional para algunas de ellas. Las posibilidades que les otorga este nuevo posicionamiento, al constituirse como “sujetas”, adueñándose de su autonomía, les hace temer la pérdida de la misma por causa del ejercicio de la maternidad, y la entrega afectiva y psíquica que ésta supone [...] La centralidad del ideal maternal merma en el sistema de ideales del Yo, lo cual no excluye la presencia de motivaciones conflictuales. (El subrayado es nuestro, p. 2)

De hecho, cuando le preguntamos a Catalina qué le sucede a ella respecto al modelo contradictorio de mujer que prevalece en la actualidad, responde:

*“Yo encajo en la parte de mujer libre e independiente /ríe/ No tengo niños que cuidar.”*  
(Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 39)

En suma, **si el mito de la maternidad, con ayuda del mito del amor romántico, hizo de las mujeres “seres para otrxs” (Lagarde, 2001), la no maternidad constituye para el grupo estudiado una suerte de pasaporte a la autonomía y la libertad y, por tanto, a constituirse como seres para sí mismas.**

Por otro lado, que el yo, el ego, esté en el centro de la propia vida –requisito que además deviene fundamental para ser libre, desde la perspectiva de Simone de Beauvoir (2005)- fue visto como una actitud y aptitud egoísta por la moralidad moderna patriarcal. Sin embargo, la presencia de expresiones tales como “quizá parezca egoísta”, “más egoísta es quien piensa...”, “me dirán cobarde”, etc., da cuenta que este tipo de “egoísmo” sigue siendo reprobado en las mujeres y, por tanto, de las dificultades que aun conlleva inscribirse en nuestra sociedad como *Mujeres sin M de Madres*.

A su vez, esta autonomía e independencia también viene dada por otro elemento que caracteriza a las mujeres del actual contexto socio-histórico: el trabajo productivo. Éste, a diferencia de la maternidad y la conyugalidad, no es vivido como opción, sino como condición para el auto sustento propio, sea que la mujer viva sola o en pareja.

*“Siempre te tenes que buscar una profesión, porque ya sin profesión no podes hacer nada.”* (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera, 39 años, p. 25)

Además, en el primer eje de análisis observamos cómo la función económica del empleo aparece asociada con la autonomía financiera, ideológica y moral (Blanch, 1990):

*“... no me gusta depender de nadie, de nadie, de nadie, ni de pareja, ni de familia, ni de madre, nadie, lo cual considero que la independencia económica hace que uno pueda tener esa libertad e independencia.”* (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 65)

Sin embargo, esta autonomía no sólo viene dada por la función económica del trabajo profesional, sino también, y quizá fundamentalmente, por su significado en tanto espacio propio y de realización personal:

*“Mi profesión para mí es propia, es algo que no me lo va a sacar nadie, es como un logro personal.” (Registro N° 6, Clara, Ingeniera Química, 35 años, p.72)*

Un espacio a partir del cual estas mujeres ocupan un lugar social, cumplen una función social y son reconocidas por ello:

*“Y para mí es importante, es como una satisfacción haber elegido, que me guste lo que he elegido y poder dedicarme a lo que elegí que me gusta, me parece que eso es importante. Simbólicamente siento que hay un reconocimiento, siento que tengo una trayectoria, hace un lugar, es importante, sí.” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 35)*

*“... fui analizando durante todos estos años por qué quiero hacer esto, por qué me meto en una industria, y en definitiva me gusta ayudar a que los procesos se hagan mejor. Una industria para una sociedad es muy importante [...] y bueno me gusta aportar a eso.” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 139)*

Por su parte, Bauman (2001) advierte sobre el incremento de la autonomía y la realización personal en tanto fuentes de sentido en las sociedades contemporáneas. Al respecto, Guy Bajoit, citado por Stecher, Godoy y Díaz (2005), observa que:

La plenitud personal se está convirtiendo en el valor principal, el principio último de sentido que funda la legitimidad de las conductas en todos los campos de la vida social [...] Estaríamos así pasando de un modelo cultural industrial, fundado en los principios centrales del progreso y la razón, a un modelo cultural identitario, fundado en los principios de independencia y autorrealización individuales... (p. 92)

A partir del material registrado se concluye entonces que **para las mujeres en estudio el trabajo profesional y la elección de no ejercer la maternidad están íntimamente vinculados a lograr autonomía y realización personal, valores centrales en la constitución de las identidades contemporáneas, pero que históricamente han sido negados en las mujeres.**

**En suma, estamos asistiendo a otra forma de ser mujer que se aleja del modelo femenino moderno. Y esto no sólo por su carácter de “no madres” y de “profesional”, sino también por el hecho de apropiarse de atributos que otrora eran exclusivos de la**

**masculinidad: autonomía e independencia. Elementos indispensables para la construcción de un proyecto de vida centrado en sí mismas y no ya en otras personas.**

Cotidianidad: entre el Trabajo Profesional y el Ocio

Al indagar en la cotidianidad de estas mujeres, no nos sorprendió que sus días estén organizados en función de su trabajo profesional. El trabajo en tanto estructurador del tiempo y organizador de los espacios sociales cotidianos (Blanch, 1990), fue una constante para todas las mujeres en estudio, más allá de sus modalidades laborales.

*“...mi vida está organizada en función de mi trabajo.” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p. 23)*

Es sobre él que se van vertebrando otro tipo de actividades:

*“Tengo horarios por ahí rotativos [...] Si es a la mañana el trabajo, a la tarde tomo sol en la terraza, porque tengo pile /sonríe/, ahora en el verano, y después salgo a caminar. Y a veces me junto con amigas [...] o me voy a tomar un porrón sola” (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p. 52)*

*“A mí me gusta viajar, cuando llegan mis días de vacaciones me gusta irme a la playa, tomarme mis buenas vacaciones. Y después acá (en su casa, cuando está de franco) me gusta pasar el tiempo con mis sobrinos y con mi pareja vamos al cine, salimos a comer...” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera, 39 años, p. 25)*

*“Y yo me levanto [...] me voy a trabajar, si es martes o jueves corto, trabajo con uno o dos pacientes y después me voy al gimnasio, vuelvo al medio día. Esto que te digo que soy re metódica, 12 – 12.15 estoy comiendo, generalmente me tiro un ratito a dormir [...] y después vuelvo a trabajar y después que salgo de trabajar voy a zumba, amo zumba, es mi hora feliz posta, o voy a la biblioteca (comunitaria).” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.14)*

*“Yo trabajo y tengo mi casita linda, con las cosas que quiero y viajo, es lo único que hago y lo único que me gusta hacer. Y en eso me gusta gastarme la plata.” (Registro N° 7, Uma, Ingeniera industrial, 37 años, p.93)*

*“Amo viajar y también me gusta hacer cosas en mi departamento, me gusta pintarlo, hacer todas esas boludeces, siempre busco algo para hacer, para armar, un silloncito, lo pinto [...] me gusta salir con mis amigas, no soy muy nochera eh, pero decir: ‘bueno vamos a pasar el día a una pile’, me encanta, bueno los finde de semana con la familia.” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 64)*

*“Voy a trabajar, vuelvo y ahí veo, qué pinta, qué tengo ganas de hacer. Me gusta juntarme con amigas, amigos, salir, tranqui, la salida tranqui, tampoco bailar y eso [...] Salir a caminar, mirar series, la típica, y me voy encontrando con la gente.” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 40)*

*“Me gustan mucho los idiomas, bueno ahora volví a estudiar idiomas...” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 143)*

*“Cocino, me gusta mucho cocinar, amo la cocina. Me gusta mucho reunirme con amigos, invitar a mi casa, agasajar gente, soy muy de cocinar, anfitriona [...] me gusta mucho leer, policiales, ciencia ficción, así que no tiene nada que ver con la profesión, como que me desengancho. Bueno ahora me gusta la música electrónica, estoy haciendo un curso de Dj para entender la música electrónica.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 131)*

Y si bien en la presente investigación nos centramos fundamentalmente en la no maternidad y el trabajo profesional en tanto pilares a partir del cual ir construyendo la identidad de las sujetas de estudio, lo cierto es que en dicha construcción también entran en juego aquello que Zicavo denominó “demanda de ocio” (2013b). Esto es, un conjunto de actividades tales como vacaciones, viajes, reuniones familiares y sociales, entretenimientos, cursos y consumos de diverso orden que estas mujeres demandan para sí y a las que, como observamos en el eje anterior, buena parte de ellas tampoco están dispuestas a renunciar en pos de la maternidad:

*“Yo tampoco estaría dispuesta hoy a renunciar a mi vida social, creo que hoy me costaría más renunciar a mi vida social que a lo laboral, porque si yo tendría un hijo ahora no renunciaría a trabajar, trabajaría menos pero seguiría trabajando porque tengo que mantenerme, yo y el niño, pero sí probablemente tendría que renunciar a gran parte de mi vida social...” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 129)*

*“No quiero ni tener un gato porque, porque quiero viajar. Tengo unas ganas de tener un gato que me muero, que estoy viendo cómo lo resuelvo, ¿te imaginas un hijo? No.”* (Registro N° 10, Josefina, Traductora de Inglés y Técnica Química, 39 años, p. 165)

Aunque la mayoría de estas actividades refieren al plano social, también nos encontramos con una suerte de demanda de espacio y tiempo para ser vivido en la intimidad:

*“... los domingos después de las 6 de la tarde es como que son muy míos, como que me vuelvo medio para adentro, quiero estar en mi casa, tranquila, miro una película, leo un libro, tomo mate, sola...”* (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.14)

*“Y yo necesito tiempo para mí [...] Cuando vuelvo de trabajar, yo soy tranquila, o sea a mí me gusta sentarme, relajarme, tomarme unos mates, escuchar nada o sí o escuchar la tele y no estoy escuchando nada /ríe/ [...] En mi casa tenemos espacio para estar los dos por separado pero también tenemos espacio para estar juntos, necesito compartir, pero también tengo mi lugar para “no me hablen hoy”.”* (Registro N°6, Clara, Ingeniera, 35 años, p.77)

A partir de lo expuesto, entendemos que **sobre la actividad profesional, que estructura y organiza los ritmos, espacios y tiempos cotidianos de estas mujeres, se vertebran una serie de actividades de ocio, desarrolladas tanto en el plano social como íntimo. Sin embargo, pensamos que éstas podrían ser algo más que simples productos de consumo de un cierto sector social. Podríamos leerlos en tanto registros textuales, tal vez no primarios pero sí importantes, que también son utilizados para pensarse, sentirse y vivirse como mujeres. Quizá se trate de otra forma de ser mujeres, más distanciada del sacrificio, el altruismo y de la entrega a “lxs otrxs”, y más cercana al disfrute, al “egoísmo” y a la entrega a ellas mismas.**

Desde esta perspectiva se comprende entonces que, salvo algunas excepciones:

*“Hago muchas cosas que no me gustan [...] Cosas que a veces no tengo ganas de hacer, no tengo ganas de ir, pero por compromiso lo hago...”* (Registro N°6, Clara, Ingeniera, 35 años, p.78),

las actividades que realizan estas mujeres, en su amplia mayoría están motorizadas por el deseo y no por las demandas sociales:

*“Lo que no me gusta, no lo hago [...] No me gusta limpiar, no limpio; no me gusta ir al gimnasio, no voy [...] Dejé de ir a algunas reuniones, cuesta a veces decir que no, pero creo que fui aprendiendo, muchos años de análisis, a decir que no a lo que no quiero...” (Registro N° 3, Catalina, Psicóloga, 45 años, p. 41)*

*“Toda mi vida como que haces cosas por el qué dirán o esto o el otro, después de mucho años de análisis, después de llorar bastante [...] Es como que vos decís: ‘no, yo esto no tengo ganas, no lo hago’, es como de empezar a priorizarse uno.” (Registro N° 4, María Pía, Diseñadora Equipacional, 39 años, p. 53)*

Por otro lado, la satisfacción obtenida a partir del trabajo y desarrollo profesional y las actividades de ocio conduce a que estén conformes con la vida que llevan:

*“No cambiaría mi forma de vida, viví mucho tiempo con las deudas, la deuda de recibirme, la deuda de tener un trabajo que fuera, sin sentir la sensación de inestabilidad [...] Y es como que me costó mucho, fue mucho esfuerzo, me costó mucho ser propietaria de una casa, me costó mucho todo, entonces éste es mi momento para disfrutar.” (Registro N°11, Carla, Ingeniera Industrial, 39 años, p. 184)*

Sin embargo, y atendiendo a la extensión de las jornadas laborales de buena parte de las profesionales estudiadas, algunas de ellas manifestaron el deseo de trabajar menos cantidad de horas para poder realizar otras actividades del orden del placer:

*“Yo siempre le digo a mi novio, el día que vos agarres un buen laburo yo trabajo 6 horas, porque a mí me encanta mi trabajo, está todo bien, si yo algún día tengo que trabajar más horas por algún proyecto está perfecto, pero uno debería poder hacer otras cosas.” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 196)*

*“Quiero seguir laburando, pero por ahí quiero bajar un cambio, dedicarme a otras actividades más distendidas, no tan intelectuales, usar un poco mi cuerpo /ríe/ tengo un cuerpo que mucho no lo uso. A veces me duelen mucho las cervicales, y claro si estoy 12 horas.” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 145)*

Más allá de esta demanda de disminución de la carga laboral por parte de algunas de las entrevistadas, **todas coinciden en manifestar que están contentas con sus estilos de vida.** Tal es así, que cuando preguntamos por sus proyectos, expresaron el deseo de continuar con la vida que han construido:

*“Yo si me tengo que proyectar a mí me gusta mi vida, hoy me gusta mi vida, o sea que quisiera mantener lo que tengo...” (Registro N° 1, Azul, Odontóloga, 35 años, p.15)*

*“Vos sabes que eso es una macana, no soy de proyectar, como que en su momento mi objetivo era la facultad, primero una, después la otra, y cuando terminó eso me quedé tipo ‘¿y cuál es mi objetivo?’, ‘bueno, encontrar mi vocación’, y la encontré, y ahora como que ya está, mi objetivo son las próximas vacaciones /ríe/.” (Registro N° 12, Rosario, Analista de Sistemas, 38 años, p. 199)*

*“Me imagino siguiendo formándome, laburando, progresando y viajando.” (Registro N° 5, Ana, Odontóloga, 40 años, p. 66)*

*“Me veo trabajando /ríe/. Un proyecto mío era hacer gestión que bueno ahora se estaría concretando, así que no es tan a futuro. Más que nada mis proyectos tienen que ver con lo laboral, si bien me veo nuevamente en pareja en algún momento [...] Siempre rodeada de amigos, insisto me gusta mucho la vida social.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 132)*

*“Me veo trabajando en la misma profesión, no sé si en obra, por ahí ya de acá a un par de años me gustaría estar en un trabajo cerca de mi casa, que vaya y vuelva a mi casa, eh, nada, rodeada de mis sobrinos /ríe/, en pareja, en lo posible con el mismo /ríe/, poder seguir viajando, alguna que otra propiedad [...] pero si no estoy bien con mi vida.” (Registro N° 2, Vanesa, Ingeniera Civil, 39 años, p. 26)*

En algunos casos, la concreción de estudios superiores también formó parte de sus proyectos:

*“Este año lo tengo ya bastante completo de proyectos, quiero terminar la facultad, el título intermedio de analista (su segunda carrera, íntimamente ligada a su trabajo actual),*

*quiero rendir la certificación en idiomas...” (Registro N° 9, Sara, Ingeniera Química, 35 años, p. 145)*

*“Me gustaría hacer mi tesis de maestría, tener el título.” (Registro N° 8, Ailé, Psiquiatra, 37 años, p. 132)*

En síntesis, para las mujeres estudiadas la identidad femenina en nuestra sociedad se construye casi exclusivamente a partir de dos anclajes: la maternidad -y la conyugalidad- y el trabajo remunerado. Por su parte, las exigencias que en el capitalismo actual requieren ambos trabajos hacen de la doble presencia-ausencia un espacio cargado de contradicciones que sólo podría ser salvado por una *superwoman*. Sin embargo, el actual escenario, abierto pero contradictorio para las mujeres, habilita que las normas sociales sean asumidas más como opciones que como obligaciones, y de este modo las mujeres estudiadas logran construir reflexivamente su propia identidad, distanciándose del modelo hegemónico. Así, la conyugalidad y la maternidad son vividas como opciones. Diferente es lo que ocurre con el trabajo profesional, el cuál más que como opción, es vivido como condición, material y simbólica, para la autonomía de estas mujeres. Aunque el peso que aun tienen en nuestra sociedad los estereotipos de género y, fundamentalmente, la maternidad como destino privilegiado femenino, conduce a que este proceso de distanciamiento no esté exento de dificultades, resistencias e incertidumbres.

Por otro lado, observamos que estas elecciones y condiciones están íntimamente vinculados a lograr autonomía y realización personal, valores centrales en la constitución de las identidades contemporáneas. De allí que, la elección de no ejercer la maternidad y sí el trabajo profesional da cuenta de la conformación de otro tipo de identidades femeninas, donde la autonomía y la realización personal constituyen elementos indispensables para la construcción de un proyecto de vida centrado en sí mismas y no ya en otras personas. Estamos asistiendo a la configuración de una nueva forma de ser mujeres, más distanciadas del sacrificio, el altruismo y de la entrega a “lxs otrxs”, y más cercanas al disfrute, al “egoísmo” y a la entrega así mismas.

Por último, cuando indagamos en la cotidianidad de estas mujeres observamos que sobre la actividad profesional y laboral se van vertebrando una serie de actividades del orden del placer que devienen importantes para las mujeres en estudio. La satisfacción que encuentran en la vida que han construido conduce a que sus proyectos, entre los cuales el de descendencia ha sido descartado, refieran más a la continuidad de sus estilos de vida, centradas

en el trabajo y desarrollo profesional y en el disfrute de una serie de actividades de ocio. Saberes y prácticas que, además y fundamentalmente, requieren de un "tiempo y espacio propios".

En este sentido, advertimos que hablar de lo propio, lo íntimo, el deseo y la carrera profesional nos condujo a un terreno que históricamente ha sido negado a las mujeres. El "cuarto propio" de hace casi un siglo hoy pareciera hablar de un "tiempo y espacio propios", de trabajo pero también de ocio, que las profesionales estudiadas demandan en el proceso de construcción de sus identidades de género.

## **Capítulo 7- Concluyendo el proceso de trabajo: Consideraciones y recomendaciones finales**

Con un posicionamiento teórico-político crítico a los saberes androcéntricos, desde la Antropología y en diálogo con otras disciplinas, atendiendo a la transversalidad disciplinar de los estudios de género, hemos construido conocimiento acerca de la incidencia del desarrollo y trabajo profesional en la decisión de no ejercer maternidades, y su relación con los procesos identitarios que construyen mujeres trabajadoras profesionales de la ciudad de Rosario. Para ello, en el inicio del proceso de trabajo nos propusimos una serie de objetivos a fin de indagar en las diferentes dimensiones, aspectos y procesos que atraviesan y son atravesados por este hecho social contemporáneo. A continuación los retomaré para expresar, a modo de conclusión, el proceso de construcción resultante de la presente investigación.

Nuestro primer objetivo refirió a describir y analizar las representaciones que estas mujeres construyen sobre la maternidad y el trabajo profesional. En lo que refiere a esta última dimensión, resulta fundamental advertir que las trabajadoras profesionales estudiadas, en su mayoría, primera generación de profesionales y egresadas de la universidad pública, se inscriben en el mercado laboral de Rosario y el Gran Rosario. A pesar de la precarización laboral que caracteriza a dicho mercado, estas trabajadoras gozan de una serie de derechos laborales, estabilidad y están conformes con la remuneración salarial. En este contexto, el trabajo, en tanto herramienta para satisfacer necesidades materiales y acceder a bienes de consumo, no es una simple opción para ellas, sino que se constituye en una condición para el auto sustento propio, sea que vivan solas o en pareja. La función económica del empleo también apareció asociada con la autonomía financiera, ideológica y moral, evidenciándose de este modo el carácter emancipador de la participación femenina en el mundo del trabajo productivo. Además, el trabajo es leído como un espacio de sociabilización propio que posibilita la construcción de relaciones, al tiempo que representa un medio de realización, de desarrollo de la percepción de utilidad personal y social y de configuración de identidades personales. En tanto estructurador de los tiempos y espacios cotidianos, el trabajo se constituye en eje vertebrador de la actividad personal, llegando incluso a construirse como la principal fuente de sentido para la vida misma en buena parte de las profesionales estudiadas.

Por otra parte, en lo que refiere a la relación entre el trabajo profesional y la maternidad, aspecto que, en parte, motorizó la presente investigación, en el campo observamos que la posibilidad de conciliar ambos trabajos depende de las modalidades laborales. En empleos de seis o menos horas diarias y que cuentan con una serie de licencias y posibilidades

de modificar horarios, el ejercicio de la maternidad no constituiría un obstáculo en términos temporales para el trabajo profesional. El escenario se presenta muy diferente en la mayoría de los empleos que aquí se observaron, caracterizados por extensas jornadas laborales, intensificación de los ritmos de trabajo, disponibilidad *full time* y una flexibilización por parte de las trabajadoras para adaptarse a tales requerimientos, donde el ejercicio de la maternidad es incompatible con el ejercicio profesional. Dicha incompatibilidad sólo podría ser superada mediante un arduo trabajo de gestión y organización de tiempos, espacios y actividades. Un trabajo de conciliación que requiere de ciertas aptitudes y actitudes, de "poderes" especiales, que las sujetas de estudio admiran pero reconocen no poseer. Si ser una *superwoman* no es una opción, modificaciones en sus empleos o directamente -debido a las características estructurales de los mismos- renunciar a ellos, se perfilan como alternativas. Sin embargo, observamos que tampoco son opciones deseables. Se trata de mujeres que ejercen un trabajo que les gusta, que es central en sus vidas y al que le han dedicado gran cantidad de tiempo, estudio y esfuerzo, de modo que al menos en la actualidad y en un futuro cercano, no están dispuestas a pagar un "impuesto reproductivo" tan alto. Así, para este grupo de profesionales se confirma nuestra hipótesis de que la maternidad -y los trabajos de cuidados que implica- constituye un obstáculo para el desarrollo profesional, y la tarea de intentar conciliar ambos mundos no se perfila como una opción deseable y elegida.

Por último, el trabajo de cuidados que implica la maternidad y no así la paternidad, nos condujo a pensar que la incompatibilidad de los trabajos que buena parte de las profesionales expresan no sólo se deriva de la consolidación de la flexibilización como paradigma de la producción en organizaciones laborales patriarcales, sino que también entran en juego las representaciones que las mujeres estudiadas construyen sobre la maternidad. Al respecto, advertimos que pese a reconocer la existencia de diferentes formas de ejercer la maternidad, entre las mujeres en estudio prevalece el modelo de "maternidad intensiva". De allí que la maternidad es asociado a un trabajo de cuidados *full time*, donde además del elevado contenido moral y afectuoso se destaca su carácter obligatorio, repetitivo y agotador. La desigual asignación de los cuidados de la infancia que implica esta concepción de maternidad, coloca a las trabajadoras en situación de inequidad con respecto a los varones en el ámbito laboral. De lo que se sigue que, para las mujeres estudiadas la maternidad, y no así la paternidad, constituye un obstáculo para el desarrollo y trabajo profesional.

Por otro lado, la gran responsabilidad, dedicación, entrega, tiempo y energía que implica ejercer la maternidad de manera intensiva -forma en la que se debería materner o, al menos, la que ellas elegirían- conduce a entenderla como una renuncia. Para quienes tienen

intensas y extensas jornadas laborales, a su desarrollo y trabajo profesional. Para todas, a la libertad y a una vida propia. Y a pesar que en la actualidad las mujeres pueden y "deben" ejercer otras funciones además de las maternas, para las profesionales en estudio la maternidad sigue siendo la institución que más sujeta a la mujer. En otras palabras, cuando la mujer es madre se constituye en "sujeta de" la maternidad.

Una mirada ecológica también estuvo presente en el campo: la maternidad, en tanto reproducción de la vida humana, termina significando un peligro para la reproducción de la vida del planeta. Al respecto creemos que el vínculo entre mujer, sostenibilidad de la vida y sustentabilidad del planeta constituye en la actualidad una problemática de estudio más que necesaria. Dado que esta dimensión excede claramente los objetivos de la presente investigación, sólo destacamos el significado que adquiere la función biológica de la maternidad para algunas de las profesionales estudiadas, para quienes el cuidado de la vida humana deviene, paradójicamente, en un des-cuido de la naturaleza.

Finalmente, y más allá de cambios culturales que comienzan a tener lugar en nuestra sociedad, las profesionales estudiadas acuerdan en que el destino materno sigue siendo hegemónico en tanto la maternidad continúa operando como mandato social. Aunque no para ellas que no desean ser madres y deciden no serlo. Esta suerte de "contradicción" que encontramos en el campo condujo a preguntarnos por el modo en que el contexto sociocultural actual opera como facilitador y/o obstaculizador en la decisión de no ser madres y, en este escenario, analizar cómo influye el desarrollo y trabajo profesional en dicha elección. Para abordar esta dimensión nos posicionamos en un enfoque relacional entre, por un lado, el surgimiento de nuevas subjetividades femeninas que rompen con el mandato de la maternidad, a la vez que generan cambios a nivel social, cultural y económico, y, por otro, una serie de transformaciones socio-culturales que estarían habilitando la constitución de estas nuevas subjetividades femeninas. Concretamente, entender que en nuestra sociedad la maternidad, en tanto mandato y deseo, se va incorporando a modo de *habitus* en los cuerpos femeninos, nos permitió pensarla no ya como destino, sino como un sistema abierto de disposiciones, enfrentado constantemente a experiencias nuevas y, en consecuencia, afectado por ellas.

En la presente investigación observamos algunos elementos novedosos que podrían dar cuenta de la transformación del *habitus* de la maternidad. En primer lugar, y atendiendo a la violencia simbólica con la que operó tradicionalmente el mito de la maternidad, el abanico de significados que las mujeres estudiadas despliegan sobre la maternidad, distanciándose del sentido tradicional y, fundamentalmente, el hecho de que vivan la maternidad no como mandato, sino como opción – opción que además no es deseada ni elegida- da cuenta que en la

actualidad el mandato de la maternidad está perdiendo su fuerza simbólica. Segundo, buena parte de las entrevistadas advierten que la ampliación de experiencias y espacios, fundamentalmente profesionales, amplía el universo de significaciones imaginarias constitutivas de lo femenino. En este sentido, el trabajo profesional constituye una experiencia novedosa que jaquea el modelo Mujer=Madre, a la vez que permite desplegar otras formas de ser mujer sin la necesidad de inscribirse como madres. Por último, y entendiendo que el *habitus* es precisamente el principio no elegido de todas las elecciones, la posibilidad de reflexionar conscientemente acerca de su situación pasada, presente y futura, evaluando sus necesidades, limitaciones, deseos, la posición que ocupa en su entorno laboral, familiar y social, y el modo en que llegó a ella, fue otro de los elementos novedosos observados en la presente investigación. Esta suerte de autosocioanálisis fue y, en algunos casos continua siendo, un proceso de reflexión en todas las biografías estudiadas. En otras palabras, todas ellas han hecho explícito conscientemente sus deseos, sus posibilidades y limitaciones, sus libertades y necesidades contenidas en un sistema de disposiciones y, con ello, han podido, no sin contradicciones, tomar distancias respecto a esas disposiciones y desarrollar otra práctica social que se distancia de la maternidad. Al respecto cabe destacar el rol que los feminismos han tenido en dicho proceso de reflexión. Puesto que si bien, una sola de las entrevistadas manifestó explícitamente “mi decisión de no ser madre está atravesada por el feminismo”, todas ellas están inscriptas en una sociedad donde circulan masivamente discursos, saberes y prácticas cuestionadores de los mandatos tradicionales femeninos.

En síntesis, la inscripción de las mujeres en nuevos espacios sociales -como el profesional-, el debilitamiento de la eficacia simbólica del mito de la maternidad y la posibilidad de reflexionar, cuestionar y decidir, constituirían aspectos socioculturales novedosos que podrían explicar esta tendencia que, aunque incipiente, viene en aumento en nuestro país: trabajadoras profesionales que eligen no ejercer la maternidad.

Por otro lado, cuando indagamos en los motivos que condujeron a estas profesionales a no maternar, observamos que la decisión de no ser madre, lejos de responder a una única causal, constituye un proceso complejo donde entran en juego una serie de condicionantes que actúan diferencialmente y que cada mujer experimenta de manera singular.

En algunos casos, vivencias familiares experimentadas en la infancia las fueron alejando de la maternidad como proyecto de vida. Por su parte, para quienes conciben a la maternidad como un proyecto de pareja y familiar, su situación sexo-afectiva estuvo presente en el proceso de decisión. Mientras que el significado que algunas de las mujeres entrevistadas asignan a la reproducción de la especie humana, hizo de la sustentabilidad del planeta un

elemento de peso en tal decisión. Además, también se destaca la hostilidad hacia el trabajo doméstico y de cuidados que implica la maternidad: colocado en las antípodas del trabajo profesional, lejos de representar un medio de realización o desarrollo de la personalidad, es asimilado al *tripalium*.

Más allá de estos condicionantes, que cobraron mayor relevancia en mujeres para quienes el trabajo profesional, aunque importante, no constituye el anclaje principal en sus vidas, en la presente investigación nos centramos en la incidencia que el desarrollo y trabajo profesional tiene en el proceso de decidir no ser madre.

Al respecto observamos que la modalidad y organización laboral incidió en la decisión de no ejercer la maternidad de buena parte del grupo estudiado. Concretamente vimos que a diferencia de las profesionales que trabajan menos de 6 horas diarias y cuentan con una serie de licencias y posibilidad de modificar horarios, para quienes se desempeñan en empleos caracterizados por extensas jornadas laborales, intensificación de los ritmos de trabajo y disponibilidad *full time*, el trabajo profesional constituyó un elemento de peso en la decisión de no ser madre. Además, observamos una relación directa entre la modalidad laboral y el lugar simbólico asignado al trabajo profesional: para quienes trabajan *full time*, el trabajo no sólo organiza los tiempos y espacios cotidianos, sino que se construye como la principal fuente de sentido para la vida misma. De lo que se concluye que el condicionamiento del trabajo y desarrollo profesional en la decisión de no ejercer la maternidad vendría dado por el gran espacio material, en términos de energía y tiempo –diario pero también biográfico- y simbólico que ocupa el trabajo profesional en detrimento del espacio requerido para el trabajo de materner. Ante la imposibilidad de ejercer ambos trabajos, y siguiendo el principio de racionalidad estratégica, se vieron en la situación de elegir entre uno u otro. En este sentido, entendemos que para buena parte de las profesionales estudiadas, la elección de no ejercer la maternidad podría leerse, en parte, como el resultado de un cálculo que tiene por finalidad aumentar su capital, su idoneidad, su desarrollo en tanto máquina productora, en tanto trabajadora profesional.

Por otro lado, si bien la incidencia del trabajo y desarrollo profesional en la elección de no ser madre se visibiliza con claridad en aquellas trabajadoras *full time* y para quienes el trabajo profesional es central en sus vidas, al recorrer las trayectorias formativas y profesionales de todas las mujeres estudiadas observamos que están atravesadas por elecciones –tales como traslados, viajes, estudios, cargos jerárquicos, etc.- que, siguiendo este principio de racionalidad estratégica, aumentaron su idoneidad profesional, al tiempo que las fueron alejando del proyecto de materner. De allí que todas ellas reconozcan que no ejercer la maternidad les

permitió disponer de un tiempo y espacio material, pero también subjetivo, para dedicarse a su carrera profesional laboral: desde trabajar gran cantidad de horas, continuar estudiando, traslados y estadías en el exterior, acceder a cargos jerárquicos, hasta tiempo de ocio y descanso necesario para afrontar los retos del trabajo productivo. Aspectos que incidieron positivamente en su desarrollo y trabajo profesional.

A esto se le suma un aspecto que si bien se presentaba tímidamente en los inicios de la investigación, fue cobrando fuerza a medida que nos adentrábamos al campo. Puesto que más allá de la diversidad de profesiones, modalidades de trabajo y subjetividades personales, lo común en este grupo de profesionales refiere a la búsqueda y mantenimiento de un estilo de vida que les es propio y con el que se sienten cómodas, de modo que la decisión de no ser madres también estaría respondiendo a su deseo de no sacrificar actividades del orden del ocio y el placer.

En resumen, el proceso de decidir no ser madre responde a una serie de condicionantes entre los que destacamos la prioridad del desarrollo y trabajo profesional en una sociedad donde la flexibilización laboral intensifica el carácter patriarcal de buena parte de las organizaciones laborales, escasean las políticas públicas referidas al cuidado y las tareas de reproducción siguen recayendo en las mujeres. A esto se le suma la vigencia del modelo de maternidad intensiva que exige no sólo desplegar una serie de actitudes y capacidades de crianza, sino también una dedicación *full time* y *full life*, en detrimento de la autonomía y de la construcción de una vida propia. Por otro lado, el modo en que estos elementos entran en juego en el proceso de construcción identitaria de las mujeres estudiadas, constituyó otro de los objetivos de la presente investigación.

Al respecto, observamos que para el grupo estudiado la identidad femenina en nuestra sociedad se construye casi exclusivamente a partir de dos anclajes: la maternidad -y la conyugalidad- y el trabajo remunerado. Por su parte, las exigencias que en el capitalismo actual requieren ambos trabajos hacen de la doble presencia-ausencia un espacio cargado de contradicciones que sólo podría ser salvado por una *superwoman*. Figura que, en tanto concentra los valores altruistas de la mujer moderna: sacrificio, entrega y dependencia, junto a los esperados para la mujer postmoderna: independencia, profesionalismo y libertad, responde más a un cuento de ficción que a los reales deseos y prácticas de las mujeres estudiadas.

Para comprender el modo en que estas mujeres se distancian de la identidad femenina hegemónica, atendimos a otra de las características del actual escenario social: la radicalización del proceso de individualización en un contexto de destradicionalización. Así, observamos que

las trabajadoras profesionales van construyendo su identidad de manera reflexiva, donde las normas sociales son asumidas más como opciones que como obligaciones.

Concretamente vimos que la conyugalidad se presenta como una opción, que, además, no es elegida por muchas de ellas. Por otro lado, el hecho de que buena parte de estas mujeres estén en pareja da cuenta de otra transformación: si antes la pareja era el medio para formar una familia -en sentido tradicional, esto es con hijos- hoy ha cobrado otro lugar en la sociedad y en las biografías estudiadas, pudiendo ser un fin en sí mismo como proyecto de vida. Por su parte, la maternidad también es vivida como una opción, que esta vez no es elegida por ninguna de ellas. Sin embargo, las justificaciones y argumentaciones que encontramos en sus relatos respecto a dicha elección, estarían dando cuenta de la tensión que viven las trabajadoras profesionales insertas en una sociedad donde las ideas de corte patriarcal aun siguen vigentes. De allí que advertimos que para este grupo de mujeres, la construcción de identidades femeninas apartadas del binomio "mujer- madre" es un proceso no exento de incertidumbres, dudas, elaboración de justificaciones y estrategias para resistir a los mandatos maternales. Diferente es lo que ocurre con el trabajo profesional, el cual más que como opción, es vivido como condición, tanto material como simbólica, para la autonomía de estas mujeres.

Por otro lado, observamos que estas elecciones y condiciones están íntimamente vinculados a lograr autonomía y realización personal, valores centrales en la constitución de las identidades contemporáneas. De allí que, la elección de no ejercer la maternidad y sí el trabajo profesional da cuenta de la conformación de otro tipo de identidades femeninas, donde la autonomía y la realización personal constituyen elementos indispensables para la construcción de un proyecto de vida centrado en sí mismas y no ya en otras personas. Estamos asistiendo a la configuración de una nueva manera de ser mujeres, más distanciadas del sacrificio, el altruismo y de la entrega a "lxs otrxs", y más cercanas al disfrute, al "egoísmo" y a la entrega así mismas.

Por último, cuando indagamos en la cotidianidad de estas mujeres observamos que sobre la actividad profesional, que estructura y organiza los ritmos, espacios y tiempos cotidianos de estas mujeres, se vertebran una serie de actividades de ocio. Esto es, un conjunto de actividades motorizadas por el deseo, tales como vacaciones, viajes, reuniones familiares y sociales, entretenimientos, cursos y consumos de diverso orden, que estas mujeres demandan para sí y de las que no están dispuestas a renunciar en pos de la maternidad. De allí que pensamos que dichas actividades podrían ser algo más que simples productos de consumo de un cierto sector social. Podríamos leerlos en tanto registros textuales, tal vez no primarios pero sí importantes, que nuestras sujetas de estudio también utilizan para pensarse, sentirse y vivirse

como mujeres. La satisfacción que encuentran en la vida que han construido conduce a que sus proyectos, entre los cuales el de descendencia ha sido descartado, refieran más a la continuidad de sus estilos de vida, centrados en el trabajo y desarrollo profesional y en el disfrute de una serie de actividades de ocio. Saberes y prácticas que además, y fundamentalmente, requieren de un "tiempo y espacio propios".

Hablar de lo propio, del deseo, de la autonomía y de la realización personal, nos condujo a un terreno que históricamente ha sido negado a las mujeres. De este modo, aunque las experiencias femeninas hayan cambiado, haciendo posible, en parte, la existencia de estas mujeres como objeto y sujetas de estudio y, por tanto, de la investigación que aquí se presenta, la demanda por algo propio continua vigente. El "cuarto propio" de hace casi un siglo hoy pareciera hablar de un "tiempo y espacio propios", de trabajo pero también de ocio, que las profesionales estudiadas demandan y construyen para inscribirse en la historia como *Mujeres*. *Mujeres* que ya no se escriben con M de Madres.

Por último y atendiendo a que la construcción de conocimiento que aquí se presenta representa menos un producto final que una llegada provisoria que abre nuevos interrogantes para continuar investigando, nos preguntamos por aquellas trabajadoras profesionales que sí deciden ser madres. En este sentido, consideramos pertinente indagar en la incidencia del ejercicio de la maternidad en el desarrollo del trabajo profesional.

Por otra parte, en la presente investigación observamos que la relación conflictiva entre el trabajo reproductivo y el trabajo productivo, expresado en la dificultad que tienen las trabajadoras profesionales para ejercer con simultaneidad ambos tipos de trabajo, se intensifica en aquellas organizaciones laborales donde la flexibilización se instituye como el paradigma de la producción. Una nueva forma de producir y trabajar que, si bien coloniza las actividades económicas del mundo, en la provincia de Santa Fe se concentra en la Región del Gran Rosario. Región que desde la década de los 60 constituye uno de los polos industriales más importantes del país, y que hoy aloja a grandes empresas de capitales extranjeros, donde, además, se inscriben buena parte de las trabajadoras profesionales hasta aquí estudiadas.

A raíz de lo expuesto, comenzamos a trabajar sobre la relación entre el ejercicio del trabajo profesional y el ejercicio de la maternidad en mujeres que trabajan en empresas del Gran Rosario. Línea de investigación que consideramos pertinente y necesaria para seguir construyendo conocimiento sobre *Mujeres Trabajadoras Profesionales* de nuestra región.

## Capítulo 8- Inventario de materiales: Referencias bibliográficas

Achilli, E. (2000). Antropología e identidad disciplinaria. En *Revista de la Escuela de Antropología*, 5, 9-16 .Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Humanidades y Artes. Escuela de Antropología. Rosario, Argentina.

Achilli, E. (2002). Notas sobre el proceso de construcción de un proyecto de investigación. Documento de Trabajo de Cátedra: Metodología (orientación sociocultural); Escuela de Antropología; Facultad de Humanidades y Artes; Universidad Nacional de Rosario. Argentina.

Achilli, E. (2005). *Investigar en Antropología Social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario, Argentina: Laborde.

Aguado, A. (2005). Ciudadanía, Mujeres y Democracia, en *Historia Constitucional*, (6). <http://hc.rediris.es/06/index.html>

Alfei, B.; Crespo, G.; Sigal, V. (1992). Las carreras profesionales: hombres y mujeres en el mercado del trabajo. En *Revista Propuesta Educativa*, año 4, n.º 7, 37-52. Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila.

Álvarez, A. y Gómez, I. (2011). Conflicto trabajo-familia, en mujeres profesionales que trabajan en la modalidad de empleo. *Pensamiento Psicológico*, 9 (16), 89-106. Instituto de Psicología, Universidad del Valle, Cali, Colombia. [https://C:/Users/USER/AppData/Local/Packages/Microsoft.MicrosoftEdge\\_8wekyb3d8bbwe/TempState/Downloads/Dialnet-ConflictoTrabajoFamiliaEnMujeresProfesionalesQueTr-3668771%20\(3\).pdf](https://C:/Users/USER/AppData/Local/Packages/Microsoft.MicrosoftEdge_8wekyb3d8bbwe/TempState/Downloads/Dialnet-ConflictoTrabajoFamiliaEnMujeresProfesionalesQueTr-3668771%20(3).pdf)

Arendt, H. (2003). *La condición humana*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Archuf, L. (2005). Problemática de la identidad. En Archuf, L. (Comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades*, (pp. 21-44) Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Ávila González, Y. (2005). Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres. *Desacatos* (17), 107-126. <http://www.scielo.org.mx/pdf/desacatos/n17/n17a7.pdf>

Bach, A. (2010). El rescate del conocimiento, en *Temas de Mujeres* 6, 5-30. [http://filo.unt.edu.ar/wp-content/uploads/2015/11/TEMAS\\_MUJERES\\_06\\_1-BACH.pdf](http://filo.unt.edu.ar/wp-content/uploads/2015/11/TEMAS_MUJERES_06_1-BACH.pdf).

Bach, A. (2014). Fertilidad de la epistemología feminista en *Separate Aude– Belo Horizonte*, 5 (9), 38-56. <file:///C:/Users/USER/Downloads/7176-28049-1-PB.pdf>

Badinter, E. (1981). *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona, España: Paidós.

- Bauman, Z. (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal
- Bayardo, R. (Junio 1997): Antropología, Identidad y Políticas Culturales. *NAyA*, Año 2 (14). <http://www.equiponaya.com.ar/articulos/identi01.htm>
- Beechy, V. (1994). Género y trabajo. Replanteamiento de la definición de trabajo. En Borderías, C.; Carrasco, c. y Alemany, C., *Las mujeres y el Trabajo. Rupturas conceptuales* (pp. 425- 450). España: Icaria.
- Bestard-Camps, J. (1991). La familia: entre la antropología y la historia, en *Papers: Revista de Sociología*, 36, 79-91. Barcelona, España: Ed. Univ. Autónoma de Barcelona.
- Blanch, J. (1990). *Del viejo al nuevo paro. Un análisis psicológico y social*. Barcelona: PPU.
- Bloj, C. (2002). El campo antropológico: ocupaciones, dilemas e identidades del oficio, en *Ankuleg. Gizarte antropología aldizkaria*, 6, 105-112. Asociación Vasca de Antropología. San Sebastián, España.
- Borderías, C. (2008). El papel de las instituciones en la segmentación sexual del mercado de trabajo en España. *Revista de Trabajo*, (6), 15-35.
- Bourdieu, P. (2010). *La dominación masculina*. Barcelona, España: Anagrama.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). Habitus, illusion y racionalidad. En *Respuestas por una Antropología Reflexiva* (pp.79-100) México: Grijalbo
- Boza, M. (2011). Paradigma socioconstruccionista. <http://innomente.blogspot.com.ar>.
- Carrasco, C. (2001). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? En *Mientras Tanto*, (82). Barcelona, España: Icaria.
- Carrasco, C. (2006). La economía feminista: una apuesta por otra economía. En Vara, M. (Ed.), *Estudios sobre género y economía*. Madrid, España: Akal.
- Carpintero, E. (2005). La actualidad de las formas de trabajo y sus efectos en la subjetividad en *Las condiciones laborales actuales y sus efectos en la subjetividad*. Rosario, Argentina: Centro Cultural La Toma.
- Castañeda-Rentería, L. (2015). Nuevas sujetas, ¿nuevas identidades?: mujeres profesionistas no madres. Ponencia en *XXXI Congreso Internacional LASA*. Puerto Rico. [https://www.researchgate.net/publication/279448336\\_Nuevas\\_sujetas\\_nuevas\\_identidades\\_mujeres\\_profesionistas\\_no\\_madres](https://www.researchgate.net/publication/279448336_Nuevas_sujetas_nuevas_identidades_mujeres_profesionistas_no_madres)
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salario*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Castilla, M. (2009). Individualización, dilemas de la maternidad y desarrollo laboral: continuidades y cambios. *Intersecciones en Antropología*, 10 (2), 343-358. Facultad de



Dabat, A. (2012). El rumbo de la economía argentina bajo el kirchnerismo. *Economía Unam*, 9 (26) 43-67. <http://www.scielo.org.mx/pdf/eunam/v9n26/v9n26a2.pdf>

Daich, D. (2011). La administración burocrática del cuidado. Justicia penal y conflictos de familia. *Revista Debate Feminista*, 44 (22). México

De Angelis, C. y Porcari, C. (Julio de 2016). ¿Del “Kirchnerismo” al “Macrismo”? Una evaluación de los primeros meses del nuevo gobierno argentino. En *Grandes transformaciones sociales, nuevos desafíos para la Sociología*. Ponencia en XII Congreso Español de Sociología, Gijón, España. <https://studylib.es/doc/1807495/gt-41-opini%C3%B3n-p%C3%ABblica-y-demoscopia>

De Beauvoir, S. (2005). *El segundo sexo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.

De Souza Minayo, M. (2004). *El desafío del conocimiento: Investigación cualitativa en salud*. Buenos Aires, Argentina: Lugar.

Esteban, M. (2006). El estudio de la salud y el género: las ventajas de un enfoque antropológico y feminista. *Salud colectiva*, 2 (1), 9 – 20. ISSN: 1669-2381. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=73120102>

Farcy, D. (Mayo de 2018). La región en el marco de la crisis global. *Autogestión para otra economía*, (6), 7-9.

Faur, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Argentina: Siglo Veintiuno.

Faur, E. y Grimson, A. (2016). Mitos sobre la familia y el cuidado de los hijos en *Mitomanías de los sexos. Las ideas del siglo XX sobre el amor, el deseo y el poder que necesitamos desechar para vivir en el siglo XXI*, (pp. 171-198). Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Federeci, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.

Fernández, A. (1994). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires- Barcelona -México: Paidós.

Fernández, A. (2008). *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires: Biblos.

Figueroa, G. (2016). *Mujeres e investigadoras. Experiencias femeninas en el espacio científico rosarino a finales del siglo XX* (tesis de pregrado). Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

Fox Keller, E. (1991). Introducción. *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia, España: Alfons el Magnanim. (Traducción de Sánchez, A.). <http://www.e-revistas.uji.es/index.php/asparkia/article/viewFile/891/800>

Foucault, M. (2007). Clase del 14 de marzo de 1979. En *Nacimiento de la Biopolítica*, (pp.249-274). Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Fraser, N. (2020). Las contradicciones del capital y de los cuidados. En *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*, (pp. 73-91). Madrid, España: Traficantes de Sueños.

Freud, S. ([1932/1936] 1991). *Nuevas Conferencias de Introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936)*. Vol. XXII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Freud, S. ([1923/1925] 1993). *El yo y el ello y otras obras (1923-1925)*. Vol. XIX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Freud, S. ([1930] 2000). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires, Argentina: Alianza.

Gallo, M. (Octubre de 2017). La economía argentina durante el período 2004- 2017: ciclo expansivo, restricción externa y retorno de la valorización financiera. En *El impacto de las políticas neoliberales*. Ponencia llevada a cabo en II Congreso de Economía Política Para la Argentina, Universidad Nacional de Avellaneda, Argentina. Recuperado de <http://nulan.mdp.edu.ar/2757/1/gallo-2017.pdf>

Ganem, J.; Giustiniani, P.; Peinado, G. (2014). El trabajo remunerado y no remunerado en Rosario. La desigual distribución de los tiempos entre varones y mujeres. *Revista Estudios Sociales Contemporáneos* (11), 88-100.

García Frinchaboy, M. (1985). *Mujeres profesionales e inserción laboral. Un estudio acerca de las estrategias de acceso a la esfera profesional y de compatibilización entre el mundo doméstico y mundo extradoméstico*. (Documento de Trabajo). Prisma, Buenos Aires, Argentina.

Garrido, J. y Sacco, N. (2018). Tendencias de nuliparidad definitiva en países de América Latina y el Caribe: ¿hacia la desuniversalización de la maternidad? *Conyuntura demográfica*, (13), 25-31. <https://www.academica.org/nicolas.sacco/138.pdf>

Garza Toledo, E. (2009). Hacia un concepto ampliado de Trabajo. En Neffa, J.; Garza Toledo, E. y Muñoz, L. *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades*, (111-140). Bs. As: Clacso.

Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. México: Editorial Gedisa.

Giddens, A. (1995). La trayectoria del yo. En *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, (pp. 93-139). Barcelona, España: Península.

- Goldman, E. (1977) [1917]. *Matrimonio y amor*. Barcelona: Anagrama.
- Gómez, B., y Tena, O. (2018). Narrativas de mujeres en torno a su experiencia de no maternidad: resistencias ante tecnologías de género. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 4, e310. <http://dx.doi.org/10.24201/eg.v4i0.310>
- González, M. y Jurado Guerrero, T. (2006). Remaining childless in affluent economies: a comparison of France, West Germany, Italy and Spain, 1994–2001 Rester sans enfant dans des sociétés d'abondances: une comparaison de la France, l'Allemagne de l'Ouest et l'Espagne, 1994–2001. *Eur J Population* 22, 317–352. <https://doi.org/10.1007/s10680-006-9000-y>
- Goren, N. (2013). Inequidades laborales. Las brechas de género en el trabajo y los salarios. Centro de Estudios Mujeres y Trabajo de Argentina.
- Goren, N. y Trajtemberg, D. (2010). Caracterización de la Inserción laboral de las mujeres en el período 2003-2009. Informe N° 1. Centro de Estudios Mujeres y Trabajo de Argentina.
- Goren, N. y Trajtemberg, D. (2019). La diferencia como desigualdad: brecha salarial según género. *Programa de Género y Políticas Públicas: Observatorio de género y políticas públicas*. José C. Paz, Argentina: Edunpaz.
- Gouldner, A. (1979). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Guber, R. (1991). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Argentina: Legasa.
- Guevara, G. (2000). Rosario en los ochenta y los noventa. En Pla, A. (coord.) *Rosario en la Historia (de 1930 a nuestros días) Tomo 2*, (pp. 223-331). Rosario, Argentina: UNR Editora.
- Gutiérrez, A. (1994). *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina.
- Hall, S (2003). Introducción: ¿Quién necesita 'identidad'? En Hall, S. y Du Gay, P., *Cuestiones de identidad cultural*, (pp. 13-39). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Harding, S. (1998). ¿Existe un método feminista? en Bartra, E. (Comp.) *Debates en torno a una metodología feminista*, (pp. 9-34). Universidad Autónoma Metropolitana. México. <http://cuentaconmigo.org.mx/articulos/harding.pdf>
- Hays, S. (1998). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona- Buenos Aires-México: Paidós.
- Hopenhayn, M. (2001). *Repensar el trabajo. Historias, profusión y perspectivas de un concepto*. Buenos Aires: Norma.

Knibiehler, I. (1996). Madres y nodrizas, en Silvia Tubert (Comp.) *Figuras de la madre* (p. 95-120). Madrid: Cátedra. Universidad de Valencia. Instituto de la Mujer.

Lagarde, M. (2001). *Claves feministas para una negociación en el amor*. Managua, Nicaragua: Puntos de Encuentro.

Lagarde, M. (2004). Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción. En *Congreso Internacional SARE 2003: "Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado"*, (pp. 155-160). EMAKUNDE/Instituto Vasco de la Mujer. [http://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/pub\\_jornadas/es\\_emakunde/adjuntos/sare2003\\_es.pdf](http://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/pub_jornadas/es_emakunde/adjuntos/sare2003_es.pdf)

Lamas, M. (1995). La perspectiva de género. En *La Tarea*, (8), 14-20. Guadalajara, México. Recuperado de <http://www.latarea.com.mx/articu/articu8/lamas8.htm>

Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana*. Santiago de Chile: LOM.

Maffia, D. (2007). Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia, en *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12 (28), 63-98. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4136262>

Manni, L. (2010). Cambios en las representaciones sociales e identidades genéricas de mujeres profesionales. *La Aljaba Segunda época*, 14, 135-156. Departamento de Educación-AIGE. Universidad Nacional de Luján. [www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1669-57042010000100008&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1669-57042010000100008&script=sci_arttext)

Martin, A.; Queirolo, G y Ramacciotti, K. (2019). Mujeres y profesiones en la historia: un recorrido introductorio. En *Mujeres, saberes y profesiones. Un recorrido desde las ciencias sociales* (pp. 11-22). Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Martín, C.; Salamanca, A. (Marzo-Abril 2007). El muestreo en la investigación cualitativa. *Nure Investigación*, (27). <http://www.sc.ehu.es/plwlumuj/ebalECTS/praktikak/muestreo.pdf>

Martucelli, D. (2007). *Gramáticas del individuo*. Buenos Aires, Argentina: Losada.

Marx, K. ([1867] 1990). *El Capital. Crítica de la economía política. Libro I: El proceso de producción del capital*, 3. México: Siglo XXI.

Mead, M. (1993). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Buenos Aires, Argentina: Planeta Agostini.

Messing, K. (2002). Comprender el trabajo de las mujeres para transformarlo. En *El trabajo de las mujeres. Comprender para transformar* (pp.129-266). España: Los libros de las Cataratas.

Morin, E. (1984). *Ciencia con consciencia*. Barcelona, España: Anthropos.

Natanson, J. (Enero 2017). El macrismo realmente existente. *Le monde diplomatique*, pp. 2-3.

Observatorio Latinoamericano de Censos de Población (2017) ¿Quiénes son las mujeres sin hijos en Argentina? <https://observatoriocensal.org/2017/02/15/quienes-son-las-mujeres-sin-hijos-en-argentina/>

Pautassi, L. (2005). Legislación laboral y género en América Latina. Avances y omisiones. En *Reunión de Expertos “Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales”*, CEPAL, Santiago de Chile, 28 y 29 de Junio 2005. [https://dds.cepal.org/eventos/presentaciones/2005/0628/Laura\\_Pautassi.pdf](https://dds.cepal.org/eventos/presentaciones/2005/0628/Laura_Pautassi.pdf)

Piña, C. (1984). Lo Popular: Notas sobre la identidad cultural de las clases subalterna. Documento de Trabajo. Programa FLACSO- Santiago de Chile- N° 223. <http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1984/001004.pdf>

Quiroga Díaz, N. y Gago, V. (2018). Una mirada feminista de la economía urbana y los comunes en la reinención de la ciudad. En *Economía Feminista. Desafíos, propuestas, alianzas* (pp. 77-109). Buenos Aires, Argentina: Madreselva.

Quiroz López, M. (2012). *Percepciones e implicancias de mujeres profesionales con trayectorias laborales exitosas: postergación indefinida de la maternidad* (tesis de maestría). Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, Chile. <http://repositorio.uahurtado.cl/bitstream/handle/11242/5404/MGPOQuiroz.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Reid, G. (2012). Ninguna y todas quieren ser madres hoy. Nuevas prácticas, nuevas representaciones de la maternidad. En Tajer, D. (comp.) *Género y Salud. Las políticas en acción* (pp. 119-136). Buenos Aires, Argentina: Lugar.

Rockwell, E. (1987). Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1985). Departamento de Investigaciones y de Estudios Avanzados del IPN. México.

Rodríguez, G. (2006). Trabajo y trabajadores en la provincia de Santa Fe. Del neoliberalismo a la salida de la convertibilidad. En Águila, G. y Videla, O. *El tiempo presente* (pp.47-92). Rosario, Argentina: Prohistoria Ediciones.

Sabsay, L. (2005). Representaciones culturales de la diferencia sexual: figuraciones contemporáneas. En Archuf, L. (Comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades*, (pp. 155-170). Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Scott, J. (1996): El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Lamas, M. (Comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, (pp. 265-302). México: PUEG.

Scott, J. (2009). Preguntas no respondidas. En *Debate Feminista* (40), 100-110. DF, México. [http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/vols\\_completos/040\\_DF.pdf](http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/vols_completos/040_DF.pdf)

Solé, C. y Parella, S. (2004). «Nuevas» expresiones de la maternidad. Las madres con carreras profesionales «exitosas». *RES* (4), 67-92. Universidad Autónoma de Barcelona. <https://recyt.fecyt.es/index.php/res/article/view/64943>

Spink, M. (1999). Investigación cualitativa en salud: superando los horrores metodológicos, en Bronfman, M. y Castro, R. *Salud, Cambio Social y Política. Perspectivas desde América Latina*, (pp. 35-48). México: Edamex.

Tajer, D. (2009). Modos de subjetivación: modos de vivir, de enfermar y de morir. En *Heridos corazones. Vulnerabilidad coronaria en varones y mujeres* (pp. 47-68). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Tajer, D. (2013). Diversidad y Clínica Psicoanalítica. Apuntes para un debate. En Fernández, A. y Siqueira Perez, W. (comp.) *La Diferencia Desquiciada. Géneros y Diversidades sexuales*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Tosi, A. (2014). La Teoría y su aplicación práctica en el Trabajo de Campo: Trayectorias Laborales y Profesionales en egresados universitarios. Ficha de Cátedra Trabajo de Campo Área Laboral B, Facultad de Psicología, U.N.R. Rosario, Argentina.

Vozzi, F.; Lafuente Duarte, R. (2017). Desigualdad de género en el mercado laboral argentino actual. Ponencia en *13 Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. Buenos Aires, Argentina.

Zangaro, M. (2010). Subjetividad y trabajo: el management como dispositivo de gobierno. En *Trabajo y Sociedad XV* (16), 163-177. Santiago del Estero, Argentina.

Zicavo, E. (2013a). Dilemas de la maternidad en la actualidad: antiguos y nuevos mandatos en mujeres profesionales de la ciudad de Buenos Aires. En *La Ventana* (38), 50-87.

Zicavo, E. (2013b). Mujeres que optan por no tener hijos: un abordaje cultural. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina. <http://cdsa.academica.org/000-038/397.pdf>